

POR TIERRAS DEL PROFETA

Karl

May



17

EN BUSCA DEL PELIGRO

de

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos «chots», y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

En busca de peligro

Por tierras del Profeta I - 17

ePub r1.2

Titivillus 02.04.16

Título original: *Auf der Suche nach der Gefahr*
Karl May, 1896

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



POR TIERRAS DEL PROFETA I

Resumen de los episodios anteriores

El autor, llamado Kara Ben Nemsí (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido, con su fiel criado Halef Omar, desde el desierto del Sur de Argelia a Arabia y Turquía, entre constantes y peligrosas aventuras. Amo y criado, en unión de Omar Ben Sadek, guía árabe, y de Osco, rico comerciante montenegrino, han salido en persecución de Barud el Amasat, de Manach el Barcha y otros criminales, que en las fragosidades de los Balkanes forman la hermandad de la Kopcha^[1], bajo la dirección de un bandido llamado el Chut o Amarillo. Camino de Ostromcha (Albania) se encuentran con un supuesto santón llamado el Mübarek, que tiene embaucada a toda la comarca, unas veces disfrazado de mendigo cojo y otras haciéndose pasar por un iluminado de Alá. El autor logra descubrir las añagazas del Mübarek y su complicidad con los bandidos del Chut, y lo entrega en manos de la justicia.

CAPÍTULO 1

Desenmascarado

La administración de justicia en Turquía tiene, como sabe todo el mundo, sus peculiaridades, mejor dicho, sus lados sombríos que resaltan tanto más cuanto más alejada y distante está la comarca en que aquélla se administra. Dadas las circunstancias especiales de aquellas regiones, no es de extrañar que en las habitadas por las diversas tribus indómitas de los arnautes, que viven en lucha perpetua, las palabras *código* y *justicia* resulten vacías de sentido.

Próximo a Ostromcha da comienzo el país de estos eskipetaros, que no conocen más ley que la del fuerte contra el débil. Y nosotros, si no queríamos sucumbir a ella, teníamos que ejercerla también en provecho propio. Así lo habíamos hecho ya aquella tarde, con buen éxito, y fuimos decididos a presentarnos con no menor energía en la sesión judicial que nos esperaba.

Cuando salimos para el “juzgado” empezaba a caer la noche. Por el camino topamos con mucha gente, que, no habiendo encontrado sitio en el patio, se conformaba con vernos pasar.

Cuando entramos en el recinto, cerraron las puertas, lo cual me dio mala espina. El Mübarek había puesto en juego todo el influjo que tenía y aquel encierro era el resultado.

Era tanta la muchedumbre que nos costó trabajo llegar hasta los jueces. Habían agregado un banco al sillón presidencial, pero el aparato del apaleo aun seguía en su sitio. Los candiles, rebosantes de nueva provisión de aceite, y provistos de estopa nueva, daban con sus llamas un aspecto fantástico a aquel extraño cuadro. Los señores jurados se hallaban aún en el interior de la casa, donde fueron a anunciarles nuestra llegada. Los kavases se apostaron a nuestro lado, cerrándonos la salida al portalón. Como éste había sido previamente atrancado, el proceder de la policía nos puso en guardia.

Un silencio sepulcral reinaba en el “salón” cuando aparecieron los cinco jueces, ante los cuales presentaron armas los kavases.

—¡*Oh Allah!* —exclamó Halef con tono irónico—. ¡Qué va a ser de nosotros! ¡Me tiemblan las carnes de miedo!

—Lo mismo me pasa a mí.

—¿Quieres que dé a probar el látigo a esos imbéciles que se figuran asustarnos con sus sables desenvainados?

—No hagas tonterías; recuerda que tu precipitación anterior nos ha traído a este lance.

El juzgado tomó asiento; el kocha en el sillón y los demás en el banco. Una mujer

logró abrirse paso por entre el gentío y fue a colocarse detrás del sustituto; era Nohuda, el tierno Guisante, que realizaba su belleza con el orín de hierro de la fuente maravillosa. Sin duda el sustituto era el dueño legal de sus encantos. Observé que la cara del marido era tan insípida como la de su esposa.

Al lado del kocha estaba el Mübarek con un papel sobre las rodillas, y entre el viejo y el otro juez reparé en un pucherito con una pluma de ave, por donde colegí que hacía veces de tintero.

El kocha movía la cabeza de un lado para otro y carraspeaba ruidosamente, señal de que iba a dar comienzo la sesión. En efecto, con voz chillona y forzada, dijo:

—En nombre del Profeta y del Padichá, a quien Alá conceda mil años de vida, hemos reunido este *kasa* para entender en dos delitos, que se han cometido hoy en nuestra jurisdicción. Selim, avanza y habla. Tú, que eres el principal acusador, di lo que te ha pasado.

El kavás dio unos pasos de frente y empezó su relato, que resultó una sarta de disparates mayúsculos. Hallándose en activo servicio había sido asaltado por nosotros en medio del bosque, y gracias a su arrojo y a su hábil resistencia había escapado con vida.

Cuando hubo terminado le preguntó el kocha:

—¿Cuál de los delincuentes es el que te maltrató?

—Ese mismo —respondió el kavás señalando a Halef.

—Pues una vez averiguada su personalidad y su culpa pasaremos a deliberar el castigo que le corresponde.

Empezaron a cuchichear entre sí, y al cabo de un rato pronunció el kocha la sentencia en esta forma:

—El *kasa* ha condenado al culpable a cuarenta palos en las plantas de los pies y a cuatro semanas de calabozo. Así se hará en nombre del Padichá, a quien Alá colme de bienes.

Halef echó mano al látigo, mientras yo me esforzaba por no soltar la carcajada.

—Pasemos al segundo atentado —volvió a decir el funcionario—. Mavunachi, sal a declarar.

El barquero obedeció en el acto, más aterrado que yo. Mas antes que comenzara el relato me acerqué cortésmente al kocha y le dije:

—¿Tienes la bondad de levantarte?

El hombre obedeció instintivamente y entonces yo le di un empujoncito y me arrellané en su sillón, diciéndole:

—Muchas gracias. Conviene siempre que el humilde acate al superior y le demuestre su respeto. Has obrado dignamente.

Es una lástima no poder reproducir la cara del kocha, cuya cabeza comenzó a oscilar con tal fuerza que temí fuese a perder su domicilio natural; quiso hablar, pero el espanto le paralizó los órganos vocales, y para expresar la indignación que le producía mi conducta no le quedó otro recurso que hablar por gestos, extendiendo los

largos brazos y llevándose las manos esqueléticas a la inquieta cabeza.

Nadie dijo una palabra; los kavases no se movieron, en espera del castigo fulminante que iba a lanzar sobre mí el consternado kocha. Este, recobrando al fin el uso de la palabra, estalló en una serie de interjecciones y acabó por gritar:

—¿Cómo te atreves? ¡Tu audacia... no tiene nombre! ¿Qué idea te ha dado para tocar...?

—Hachi Halef Omar —le interrumpí—. Echa mano al látigo, y a quien se atreva a decirme la menor palabra descortés bréalo a latigazos hasta que no le quede hueso sano; ya lo sabes.

El pequeño hachi enarboló el látigo, diciendo con voz amenazadora:

—¡Emir, a tus órdenes! ¡A la menor señal tuya, despejo el local!

Desgraciadamente la falta de luz nos privó del gusto de ver cómo se retrataban el asombro y el terror en todo el auditorio. El kocha no sabía qué hacer hasta que el Mübarek le habló al oído; entonces vociferó con voz de trueno:

—¡Kavases, prended a ese hombre en el acto, y encerradle en la cueva!

Los polizontes se acercaron a mí con los sables desenvainados, mas yo los recibí apuntándoles con los revólveres y diciendo:

—¡Atrás! El que me toque es hombre muerto.

Los agentes de la autoridad se esfumaron entre el gentío, y yo quedé aislado y libre como por ensalmo.

—¿Por qué te enfureces así? —pregunté entonces al *kocha*—. ¿Por qué estás en pie? Siéntate. Que se levante el Mübarek y te ceda el asiento.

Sonó un murmullo general; que yo injuriara al kocha cabía en lo posible; pero que me atreviera a meterme con el santón era una osadía sin precedentes, y merecía la desaprobación popular.

Esto encalabrinó al kocha, que sacando fuerzas de flaqueza me respondió:

—Quienquiera que seas, tamaña osadía será castigada severamente. El Mübarek es un santo, el favorito de Alá, el ser milagroso de la comarca; si así le conviniera mandaría llover fuego del cielo para devorarte.

—¡Calla, *kocha bacha*, y no digas sandeces! ¡El Mübarek es tan santo y tan milagroso como tú; además es un criminal, un embaucador y un infame de cuerpo entero!

El público, al oírme, gruñó con actitud amenazadora, pero aun más se exaltó el Mübarek, quien, extendiendo hacia mí el brazo, exclamó furioso:

—¡No hagáis caso de ese yaúr, de ese perro infiel a quien maldigo! ¡El infierno se abrirá para tragarlo! Los espíritus infernales...

No pudo acabar la frase, pues Halef se la cortó con un vigoroso latigazo, que obligó al viejo a dar un salto mortal como el mejor acróbata.

La hazaña era temeraria, como pudimos comprobar al instante. Después de unos minutos de expectación, el público estalló en gritos de cólera, y empujando a los que tenía delante, amenazó rodearnos. La cosa se ponía fea para nosotros; mas yo,

acercándome de un salto al Mübarek, grité con voz de trueno para que todos me oyeran:

—¡Silencio y calma! ¡Estoy dispuesto a probar mis acusaciones! ¡Halef, acerca ese candil!... ¿Veis, imbéciles, quién es el Mübarek y cómo os engaña? ¡Aquí tenéis las muletas!

Y al decir esto eché la diestra al cuello del santón y le apreté el gáznate, mientras con la izquierda le arrancaba el caftán, poniendo al descubierto las muletas que llevaba, una a cada lado, y provistas de muelles para poder desdoblarlas. Al propio tiempo vimos que el caftán tenía por dentro distinto color del de fuera, y que tenía grandes bolsas. Metí la mano en una y topé con un objeto peludo que a la luz resultó ser una peluca de pelo largo y enmarañado como el del mendigo.

El santón estaba al principio tan aterrado que no opuso la menor resistencia; mas de pronto empezó a pedir auxilio y a manotear como un poseído.

—¡Osco, Omar! ¡Venid a sujetar a este pillo! ¡Y no os andéis con miramientos, que es de cuidado!

Los dos interpelados le tomaron por su cuenta, y yo pude disponer de las manos. Como Halef alumbraba nuestro grupo, todos habían podido presenciar la escena con perfecta claridad, y estupefactos guardaban un silencio de muerte.

—Este canalla que suponíais santo es un aliado del Chut, o acaso el mismo Chut en persona —continué yo—. Su morada es un escondrijo de bandidos y ladrones, como os demostraré más tarde. Este viejo recorría el país con una colección de disfraces, espionando el momento oportuno para la ejecución de toda clase de crímenes. Como veis, él y el mendigo son una sola persona. Lleva las muletas sujetas bajo los sobacos y por eso al chocar una con otra producían el extraño ruido que os inspiraba tan supersticioso terror y respeto. Aquí tenéis la peluca que usaba el tullido, y que acabará de convenceros de su impostura.

Fui vaciando todos los bolsillos y explicando a la concurrencia el empleo de los diversos objetos que sacaba:

—Ved, esta caja contiene polvos de diversos colores para aderezarse el rostro. Aquí está el trapo para limpiarse y que envuelve una botellita de agua por si le llegaba a faltar en algún paraje. Ved aquí dos bolas de caucho, que le servirían para hincharse los carrillos cuando hacía de mendigo. Mirad el color distinto del caftán por dentro. Cuando se vestía de mendigo lo volvía del revés y se lo enrollaba a la cintura como un mísero paño. ¿Habéis logrado ver al mismo tiempo al tullido y al Mübarek? ¡Nunca! Como que era imposible, siendo ambos una sola persona. ¿Y no apareció en la comarca el viejo al mismo tiempo que el mendigo? Pues ya tenéis bastante explicado el enigma.

Mis argumentos eran de tal fuerza que escuché entusiastas demostraciones de aprobación.

Por último saqué un paquetito, y envuelto en trapos apareció un brazalete hecho con cequíes de oro venecianos. En algunas de las monedas se veía claramente en el

anverso la imagen de San Marcos en actitud de entregar al dux la bandera de la cruz, y en el reverso otro santo, que me era desconocido, rodeado de estrellas y del epígrafe *Sit tibi, Christe, datus, quem tu regis, iste ducatus*.

—Aquí aparece un *Belesik* de doce monedas de oro, envuelto en un harapo — continué yo—. ¡Cualquiera sabe a quién pertenecerá! Preguntad, a ver si encontramos a la dueña.

—¿Doce monedas? —exclamó una voz de mujer a mi espalda—. Enséñame el brazalete, pues a mí me robaron uno precisamente la semana pasada.

La que hablaba era Nohuda, el Guisante, que después de contemplar la alhaja exclamó radiante de gozo:

—¡Alá sea bendito! ¡Es el mío, el que heredé de mis padres hace muchos años! —Y dirigiéndose al sustituto añadió—: Convéncete de que es mi pulsera y declárala de mi propiedad.

—¡Por Alá, que es cierto! —afirmó el marido a su vez.

—Pues no te queda sino hacer memoria de si la visita del Mübarek coincidió con su desaparición —observé yo.

—La del Mübarek no, pero si la del mendigo. Le llamé a casa para darle las sobras de la comida; pero aunque tenía la pulsera sobre la mesa, la metí en la caja cuando el tullido entraba en la habitación. Él debió de verlo, porque cuando días después fui a ponerme mi brazalete ya no lo hallé.

—Pues ya conoces al ladrón.

—¡Ya está probado, fue ese mal hombre! ¡Ganas me dan de sacarle los ojos con las uñas! ¡Ya me las pagarás!...

—¡Silencio! —exclamé yo, interrumpiendo el desahogo de la indignada Nohuda, ante el temor de que se desbordara el invasor torrente de su elocuencia—. Guarda la alhaja, que el ladrón no se quedará sin su merecido. Ya veis todos en qué ha venido a parar el objeto de vuestra veneración y respeto. ¡Y a semejante bandido habéis nombrado *Bach Kiatib*, dándole poder para juzgaros! A mí me ha maldecido e injuriado y por poco me hace víctima de vuestra cólera inconsciente. Exijo por tanto que le pongáis a buen recaudo, y que se dé parte de lo ocurrido al *Makrech* de Salónica.

Todos aplaudieron, y se oyeron muchas voces que exclamaban:

—¡Antes dadle una buena paliza! ¡Deshacedle las plantas de los pies a palos!

—¡Retorcedle el pescuezo! —chillaba Nohuda llena de furor contra el delincuente.

El Mübarek había callado a todo, pero al oír al Guisante gritó también:

—¡No creáis a ese hombre! Es un yaúr, que acababa de meterme el brazalete en el bolsillo para... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!

El látigo de Halef le había cortado el resuello haciéndole retorcerse y gritar de dolor mientras el hachi acompañaba los golpes diciendo:

—¡Granuja! ¡Voy a grabarte en carne viva el parte de nuestra llegada el país! ¡A

mi famoso emir no me lo tachas tú de ladrón, grandísimo pillo! ¡Y para que conste, toma, toma y toma!

La piel de hipopótamo iba dejando visibles señales en el cuerpo del santón, que aullaba como lobo furioso.

—¡Bravo, bravo! —gritaban los espectadores, los mismos que momentos antes se inclinaban a su paso y nos amenazaban por faltarle al respeto.

El *kocha bacha*, que estaba hecho un mar de confusiones, se desplomó exhausto en su sillón de presidente para recuperar al menos su dignidad oficial. Los jurados no rechistaban siquiera y los kavases, al ver que aumentaban mis partidarios y creyendo que debía de hallarme por tanto del mejor humor, fueron asomando de nuevo a la superficie uno tras otro.

—¡Atad a ese hombre! —les ordené con voz de trueno—. ¡Sujetadle bien las manos!

Obedecieron con presteza y ninguno de los jueces se atrevió a desautorizarme con una contraorden.

El Mübarek se dio cuenta entonces de que estaba perdido sin remedio, y después de dejar que le ataran sin oponer resistencia, volvió a acurrucarse en su asiento. Los demás jurados se levantaron en seguida, pues no querían seguir al lado de semejante canalla.

—Y ahora te autorizo para seguir sentenciando —dije al *kocha*—. ¿Conoces las leyes de tu país?

—Claro que sí; he estudiado Derecho.

—Pues no lo parece.

—¿Cómo es eso? —contestó el presidente ofendido—. Conozco todo el Derecho canónico del Corán, de la Sunna y de las decisiones de los cuatro primeros califas.

—¿Conoces también el *Mülteka el buher*, que es vuestro código civil y penal?

—También; lo escribió el jeque Ibrahím Halebi.

—Pues si tan enterado estás de sus preceptos, ¿por qué no los cumples?

—Siempre me he guiado por ellos.

—Faltas a la verdad; pues allí se dice que el juez debe conceder aun al más perverso criminal, el derecho de defenderse, antes de sentenciarlo. En cambio tú y tus consejeros habéis condenado a mi amigo y compañero sin darle tiempo a pronunciar su defensa. Vuestra sentencia es, pues, falsa y nula. Además, durante el juicio deben estar presentes todos los acusados y sus testigos, y tampoco habéis observado ese requisito.

—No es cierto, todos estaban.

—Te equivocas, pues falta el posadero Ibarek. ¿Dónde se halla?

El juez movió la cabeza muy azorado y contestó por último:

—Voy en su busca.

Iba a levantarse, pero yo le sujeté el brazo, receloso acerca del paradero de nuestro amigo. Volviéndome después a los kavases les ordené:

—Traedme a Ibarek enseguida, pero en el mismo estado en que le encontréis.

Dos de los policías se alejaron y volvieron al poco rato con el posadero, que traía las manos atadas a la espalda.

—¿Qué veo? ¿Qué delito ha cometido este hombre para que se le trate en tal forma? ¿Quién ha mandado semejante iniquidad?

La cabeza del *bacha* osciló de mala manera al balbucir:

—Ha sido mandato del Mübarek.

—¿De modo que el *kocha bacha* acata la voluntad del *Bach Kiatib*, y aún alardea de haber estudiado leyes? ¡Ahora se comprende que en tu jurisdicción pasen los mayores picaros por santos milagrosos!

—Estaba en mi derecho —balbució intimidado el *kocha*.

—No lograrás probarlo.

—Ahora mismo si es preciso. A vosotros no os mandé prender porque sois forasteros, pero ese es de mi distrito y está bajo mi poder y autoridad.

—¿Y crees poder abusar de ambos, verdad? ¡Ahí hay unos centenares de súbditos tuyos, a quienes te crees con derecho a oprimir y vejar cuanto te venga en gana! Acaso hayan tenido que sufrir tu despotismo; pero desde ahora les conviene saber que no son tus esclavos, y que pueden exigir que les hagas justicia. Ibarek ha sido víctima de un robo y venía a pedir ayuda contra los que le despojaron. Y tú, en vez de dársela, como era tu obligación, le has mandado prender y encarcelar. ¿Cómo vas a responder de semejante iniquidad? ¡Inmediatamente, lo vas a soltar tú mismo!

—Eso es cosa de los kavases.

—Por tu propia mano has de deshacer sus ligaduras, pues es la única compensación de la injusticia de que le has hecho víctima.

El hombre se hartó de oírme y replicó en voz colérica:

—A todo esto, ¿quién eres tú para venir a imponer tu voluntad con tanta frescura como si fueras el *Makrech* o el *bilad i Kamse Mollatari*?

—Aquí tienes mis documentos —y le alargué desdeñosamente los tres pasaportes. Al ver el viejo el *teskereh*, el *buyuruldu* y el *ferman* cerró los lacrimosos ojillos y su cabeza tomó el movimiento del famoso metronomo, obra del celeberrimo Juan Nepomuceno Mäljl de Ratisbona.

—Señor, te protege la sombra del Padichá —exclamó inclinándose hasta el suelo.

—Pues cuida de que te pueda ceder un poco de esa sombra bienhechora.

—Haré todo lo que ordenes:

Y uniendo la acción a la palabra se acercó a Ibarek y le soltó las cuerdas que le amarraban.

CAPÍTULO 2

En las ruinas

Una vez que dejó libre al posadero, el kocha se volvió a mí y me preguntó humildemente:

—¿Estás contento ya?

—Por ahora sí, pero aún tengo que exigirte otras cosas. Tu kavás Selim te ha dado informes falsos, pues el encuentro que tuvo con nosotros en el bosque fue muy distinto de lo que él dice. El Mübarek le ha debido de obligar a mentir en forma tan descarada para que sus declaraciones nos perjudicaran.

—No lo creo.

—Pues yo sí, pues lo mismo intentó hacer con el barquero.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó entonces el kocha al barquero, que convencido de que el Mübarek ya no podía hacerle daño relató cuanto sabía.

—Ya ves —dije al *bacha*—, que nunca pensé en atentar contra la vida de ese hombre; pero, al observar que el viejo le utilizaba como espía me lo llevé para investigar lo que contra mí tramaba. Eso es lo único que tienes, que reprocharme: y si piensas castigarme por ello, escucharás primero mi defensa.

—Señor, ya no se trata de castigo puesto que no ha habido falta.

—Tampoco mi compañero lo merece por la cuestión del kavás, pues no él sino otro tiene la culpa de lo ocurrido.

—¿A quién te refieres?

—Al *kocha bacha* en persona.

—¿Yo? ¿En qué he faltado?

—Cuando a Ibarek le despojaron esos desalmados vino a darte parte del robo. ¿En qué forma cumpliste tú con tus funciones?

—Hice todo lo que pude.

—¿De veras? ¿Qué hiciste?

—Encargué a Selim que discurriera los pasos que debían darse.

—Y de los demás kavases ¿qué hiciste?

—Nada, porque todo era inútil. No habrían hecho nada.

—Pues así los declaras tontos de capirote e incapaces para su oficio. El robo ha tenido lugar en tu jurisdicción; ¿cómo pudiste encargar de su descubrimiento a Selim, que hace tan poco tiempo que reside en la comarca?

—Porque es el más listo de todos.

—Yo creo que lo hiciste por otros motivos. Un funcionario celoso debe poner en movimiento a todo el mundo para descubrir a los autores de semejante fechoría. En cambio, tu proceder parece indicar a todas luces que quieres dar tiempo a los

bandidos para fugarse y ponerse en salvo.

—*Effendi*, me ofendes con esa suposición.

—Pues se basa únicamente en tu extraña conducta. Lo más natural y lógico habría sido que mandarás buscar a los ladrones en Ostromcha.

—¡Si se fueron hacia Doirán!

—Para creer eso se necesita no tener sentido. ¡Como que los bandidos iban a dejar dicho adonde se dirigían! ¡Un abogado de experiencia como tú, no debiera ignorar esas tretas! ¿Qué dirías si yo descubriera que eres amigo y protector de esos criminales?

La cabeza del *bacha* giraba como una máquina descompuesta.

—¡Señor, no sé qué decir! —acabó por exclamar el hombre.

—Mejor es que te calles, pues no me harás cambiar de opinión. Si te hubieras cuidado del asunto, como era tu deber, los malhechores estarían ya en la cárcel.

—¿Crees que van a venir por su pie a revelarme dónde se alojan?

—No, pero yo creo que se encuentran en Ostromcha.

—¡Imposible! ¡No hay konak ni parador que haya recibido a tres jinetes!

—Ya lo sé; ¡buenos tontos serían si se presentaran públicamente en las cercanías del lugar de sus hazañas! ¡Están bien escondidos!

—¡Con qué seguridad dices lo que yo ignoro!

—Pues yo, con ser forastero, estoy mejor enterado que tú de lo que pasa.

—¿Es posible que conozcas su guarida?

—La conozco muy bien.

—Entonces eres omnisciente...

—No, pero sé pensar y discurrir como es debido. Los pilletes de su calaña se cobijan en casa de gentuza como ellos. ¿Cuál es el sujeto más desalmado de Ostromcha?

—¿Aludes al Mübarek?

—El mismo.

—¿Supones que están en su casa?

—Estoy convencido de ello.

—Sin duda te equivocas.

—¿Quieres que hagamos una apuesta? Para echar el guante a esos granujas basta que subas a la ruina.

El *kocha* miró al santón y éste le devolvió la mirada, lo que me hizo comprender que ambos obraban de acuerdo.

—Sería inútil que me diera esa caminata, señor —observó el *kocha bacha*.

—Yo estoy convencido de lo contrario, y te aseguro que allí hallarás a los ladrones con todo su botín; por eso te propongo que me sigas ahora mismo, escoltado por un piquete de kavases.

—¡A oscuras trepar por el monte! ¡Imposible!

—¿Tienes miedo?

—No, pero como los bandoleros son siempre peligrosos, en cuanto nos vean llegar se aprestarán a la defensa, y habría derramamiento de sangre que es preciso evitar. Esperemos a mañana.

—Hasta entonces pueden haberse escapado, y sobre todo hay por aquí gente, al parecer, capaz de avisar a los bandidos de la que les espera.

—Nadie se atreverá a tanto. Yo mismo cuidaré de que nadie suba a las ruinas esta noche.

—Preferiría que dieras las órdenes convenientes para emprender la excursión ahora mismo. Manda que preparen faroles.

—Señor, no te empeñes en una empresa imposible.

—Insisto en ello. Si no quieres cumplir con tu deber, quédate en casa, qué yo sabré encontrar gente más digna de ocupar el cargo de *kocha bacha*.

Ese golpe decidió la cuestión, y aunque la cabeza seguía en oscilación constante, su dueño acabó por decir:

—No me juzgues por las apariencias. Sólo pienso en tu propia seguridad y quisiera evitarte los riesgos de una expedición tan peligrosa.

—No te ocupes de mi persona, que ya sé yo cuidarme de ella.

—¿Nos llevamos al Mübarek?

—¡Claro que sí! ¡Como que ha de servirnos de guía!

—Pues voy a preparar las armas y faroles que deseas.

Y entró en la casa.

Muchos de los oyentes se fueron, al parecer, en busca de hachones para acompañarnos. Ibarek, que había escuchado el diálogo en el mayor silencio, por fin, me dijo:

—*Effendi*, ¿crees de verdad que esos pilletes caerán en nuestro poder?

—No te quepa la menor duda.

—¿Y que recobraré mi dinero?

—Lo mismo.

—Señor, no te entiendo; parece que lo sabes todo; con gusto te seguiré a las ruinas.

—¿Qué dices ahora del santo, tú que le alababas y temías al mismo tiempo? Verdad es que en cuanto me hablaste de él comprendí que debía de ser un granuja. Los que te despojaron se alojan en su casa.

En esto volvió el *bacha* con unos cuantos faroles y hachas de viento, y poco después, una vez que regresó la gente con iguales medios de iluminación, la procesión se puso en movimiento.

Como tal expedición nocturna, camino de las ruinas y en busca de ladrones, no se había visto jamás, y resultaba un festejo extraordinario para la población, chicos y grandes fueron siguiéndonos monte arriba como el que va de campo.

Por no fiarme del *kocha bacha* ni de sus kavases, encargué a Osco y Omar que vigilaran al Mübarek, colocándose a su lado.

Abriendo la marcha iban unos individuos de la policía; luego iba el *bacha* con el juzgado en pleno, detrás el Mübarek con sus guardias, y por fin, cerrando la marcha, Halef y yo acompañados de los dos posaderos. A retaguardia iban todos los desocupados de la población, chicos y grandes.

Daba risa oír las distintas opiniones, tanto sobre el santo como sobre nuestras personas. Uno decía que yo era un príncipe imperial; otro, que el hijo del rey de Persia; un tercero perjuraba que yo era un hechicero indio y otro, mejor enterado, me titulaba zarevich de todas las Rusias, llegado a conquistar el país por encargo de su padre.

Según íbamos acercándonos a las ruinas iban bajando la voz los más audaces, y al llegar a la cima se hizo un silencio sepulcral. Todos comprendían que había que tomar precauciones para no espantar a aquellos pájaros de cuenta. En cuanto penetramos en el bosque muchos se quedaron atrás atemorizados, aunque asegurando que si no avanzaban era para cerrar el paso a los ladrones en caso de que logran escapársenos de las manos.

Al llegar al claro, reinaba en él la quietud de la tumba y hasta los valientes se intimidaron un tanto, temiendo la repentina aparición de los bandidos detrás de cada árbol. Para no dar lugar a ello caminaban de puntillas, no fueran los bandoleros a espantarse... o más bien a emprenderla a tiros con el primero o la primera que se les acercase. Pues hay que advertir que muchas mujeres habían ido siguiéndonos hasta el claro donde se alzaba la choza.

Aquel silencio opresor fue repentinamente interrumpido por un chillido penetrante de mujer, y al acudir en socorro de la que lo lanzaba me encontré con Nohuda, el "Guisante", que había tenido la desgracia de caer en la fuente donde yo había hallado la florecita silvestre. Dándose un baño de asiento, el Guisante echaba a su amado esposo un discurso de tal naturaleza que me hizo pedir a Dios que bajara la voz todo lo posible. No había medio de que la sacasen del agua, porque decía que se acatarraría sin remedio andando mojada por el bosque con el aire de la noche tan frío. Cuando le expliqué que el agua estaba más fría que el aire contestó:

—*Effendi*, sólo seguiré tu consejo. Tú sabes más que todos y mucho más que este marido que me ha metido en el agua derecha.

La saqué de allí y vi que, afortunadamente, no había más de un pie de líquido en el hoyo. No he llegado a averiguar si aquel baño involuntario perjudicó a su belleza rejuvenecida.

El Mübarek, que estaba con Omar y Osco a la puerta de su cabaña, exigía entrar en ella; pero como yo sabía que se dedicaba a la química y a supuestas artes de hechicería, no quise consentirlo, por si tenía dispuesto algún aparato oculto para el caso de que fuesen a prenderlo.

—¿Para qué quieres entrar? —le pregunté, no obstante. Pero el viejo no rechistó siquiera, pues al parecer no quería tener tratos conmigo.

—Si no me contestas no esperes que acceda a tu ruego —insistí yo.

Entonces replicó malhumorado:

—Tengo animales que necesito cuidar para que no se mueran de hambre.

—Yo mismo les echaré de comer porque desde hoy tú no tendrás más albergue que el calabozo; sin embargo, estoy dispuesto a complacerte con tal que me contestes a algunas preguntas con toda sinceridad.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Tienes huéspedes?

—No.

—¿No hay nadie más que tú en la cabaña ni en las ruinas?

—No.

—¿Sabes si hay alguien en la cabaña a estas horas?

—Nadie, te lo aseguro.

—¿Conoces a un sujeto que se llama Manach el Barcha?

—No sé de quién hablas.

—¿Ni tampoco a un tal Barud el Amasat?

—Tampoco.

—Pues ellos en cambio afirman ser buenos conocidos tuyos.

—¡Mienten!

—Y añaden que les comunicaste mi llegada a este pueblo.

—¡Eso es falso!

—Y que les advertiste que ya darías con mis huesos en la cárcel, donde podrían asesinarme después con la mayor comodidad.

El viejo no pronunció palabra; mi conocimiento del plan le dejó completamente mudo y le hizo sospechar que en las ruinas debían de haber ocurrido sucesos imprevistos durante su ausencia. Le oí carraspear y tragar saliva, como si tuviera un obstáculo en la garganta, y por último balbució:

—Señor, no te entiendo ni sé de lo que me hablas. No he oído nunca los nombres que dices ni tengo nada que ver con esos hombres de que hablas.

—¿Entonces ignorarás igualmente que esperan a dos hermanos que os han de traer la noticia de mi muerte en Menlik?

—¡Alá! No sé palabra de todo eso.

—Tu ignorancia me llena de compasión; y por la lástima que me inspiras te haré ver a la gente peligrosa que se refugiaba cerca de ti. Ven.

Y agarrándole del brazo lo arrastré conmigo, no sin hacer una seña a Halef para que nos precediera con un hachón. Los caballeros pertenecientes al *Kasa* venían detrás, seguidos de Osco, Omar y los dos posaderos; para el resto no había lugar suficiente en las ruinas.

¿Qué pasaría por el Mübarek al ver con qué seguridad me encaminaba yo al escondrijo que él había creído un misterio indescifrable para todos?

En cuanto vio que Halef apartaba el tapiz de hiedra, lanzó una maldición que no pudo reprimir.

—¿Caballos aquí? —exclamó el kocha al penetrar en el departamento que hacía veces de cuadra.

Como era de noche y los animales sueltos se asustaban con la luz de los hachones y el ruido de la gente, nos costó bastante trabajo apaciguarlos.

—Donde hay caballos no están lejos los jinetes —observó el pequeño hachi—. Seguidme y veréis cosas magníficas.

Los tres presos seguían tal como los habíamos dejado. Los desligamos lo bastante para que pudieran hacer uso de los pies y levantarse, y entonces dije al primero de ellos, señalando al Mübarek:

—Manach el Barcha, ¿conoces a ese hombre?

—Alá lo maldiga —contestó con voz bronca el aludido.

—Barud el Amasat, ¿conoces a ese hombre? —pregunté al segundo.

—¡Que caiga del puente de la Muerte a los profundos abismos del infierno! —gruñó el segundo.

Entonces me dirigí al carcelero, diciendo:

—Tú has cometido sólo la falta de libertar a esos dos presos, cuyo castigo será terrible. En cambio el tuyo será muy ligero si das pruebas de no ser pecador empedernido y confiesas toda la verdad. ¿Conoces a ese hombre?

—Sí —contestó el carcelero después de pensarlo un poco.

—¿Quién es?

—El viejo Mübarek.

—¿Conoces su verdadero nombre?

—No.

—¿Se conocían tus compañeros y él?

—Sí, porque Manach el Barcha le visitó con frecuencia.

—¿Tramaban matarme en Menlik?

—Sí.

—Y hoy habían decidido mi asesinato en la cárcel, ¿verdad?

—En efecto, así es.

—Otra cosa. Mientras tú entretenías a Ibarek y a su gente con juegos de manos, éstos robaban al posadero, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Está bien, del robo eres culpable porque con tus habilidades contribuiste a que se realizara. Ya no necesito saber más.

Y volviéndome al *kocha bacha*, observé:

—¿Qué te parece? ¿Decía yo la verdad o no? ¿No están los ladrones en las ruinas?

—Señor, ya los habías descubierto cuando hablaste conmigo del robo.

—En efecto; pero el haber dado con ellos tan pronto y con tanta oportunidad te probará la facilidad con que habrías podido tú cumplir con tu deber. Esos tres hombres serán encarcelados y cuidadosamente vigilados. Mañana mismo enviarás al

Makrech un informe que irá acompañado de otro mío y él decidirá lo que ha de hacerse. Tú, Ibarek, fíjate en lo que hay en el suelo, pues me parece que son los objetos que echabas de menos.

El contenido de los bolsillos de los ladrones había sido colocado en tres montoncitos en el suelo. El rostro de Ibarek resplandeció de gozo al reconocer su propiedad, y ya iba a recogerla cuando el *kocha bacha* observó:

—¡Alto! No te precipites, que todo eso debe quedar depositado en el juzgado para servir de cuerpo del delito en los autos y de norma para la aplicación del castigo que corresponde a los ladrones.

Yo conocía las costumbres de aquella gente. ¡Dios sabía cuándo recuperaría Ibarek lo perdido! Por eso contesté en su lugar:

—No es preciso que figuren como prueba. Bastará un atestado mío y la evaluación aproximada de los objetos. El inventario escrito sirve lo mismo que las piezas.

—Señor, tú no eres funcionario —me dijo.

—Ya te he demostrado hoy que lo soy mejor que tú. Si te niegas a acceder a mi proposición informaré al *Makrech* más detalladamente de lo que acaso te convenga. Conque calla, por la cuenta que te tiene.

Comprendí que me iba a soltar una andanada, pero se contuvo, impulsado por el propio interés. Luego dijo:

—Estoy conforme en que se quede con lo que es suyo; pero lo demás es confiscado por la justicia. —Y se bajó a recoger la bolsa del dinero y otros objetos.

—¡Detente! —exclamé yo—. ¡Todo eso está ya confiscado!

—¿Por quién?

—Por mí.

—¿Con qué derecho?

—Con el que quieras. Haré otro inventario en que figurarás tú como testigo de que no me quedo con nada, y lo mandaré al *Makrech* unido a este botín.

—Ese me pertenece de derecho.

—Y a mí de hecho. Quédate con los caballos y estarás bien recompensado; lo demás queda en mi poder. Halef, recógelo todo.

El pequeño hachi no se hizo repetir la orden y en cosa de dos minutos se lo había embolsado todo.

—¡Ladrones! —gruñó el Mübarek; pero la injuria no dejó de recibir su castigo, pues Halef le cruzó la espalda con un latigazo terrible.

Los presos fueron trasladados de la ruina al claro, donde se estrujaba el público por contemplarlos. Ibarek contaba entretanto, con gran lujo de detalles, que había recuperado lo suyo y se deshacía en alabanzas de todos nosotros.

Los kavases colocaron a los cuatro presos en medio y el cortejo se puso en movimiento, seguido de la multitud, que comentaba entusiasta el resultado de la aventura. Así el descenso del monte fue mucho más bullicioso que la subida.

Las autoridades cerraban la marcha; pero Halef y yo nos quedamos rezagados merced a una señal que el hachi me había hecho.

—*Sidi*, aún me queda medio hachón. Está apagado pero podemos volver a encenderlo. ¿No sería conveniente aprovecharlo para examinar la choza?

—En efecto, es una idea.

—¿Tienes la llave? Vi que te la guardaste al vaciarle los bolsillos al viejo.

—Aquí está; pero ignoramos si será la de la cabaña.

—No te quepa duda. ¿Qué más llaves iba a tener?

Esperamos a que todo quedara en silencio y soledad para meter la llave en la cerradura. Luego encendimos el hacha y penetramos en la vivienda del brujo.

Apoyábase la cabaña, como ya dije anteriormente, en un muro derruido del castillo y desde fuera parecía contener un solo aposento; pero en cuanto nos vimos dentro de él, descubrimos una hilera de habitaciones seguidas, parte de las cuales pertenecían al antiguo castillo, pues la cabaña se había construido adrede para disimular la entrada a aquél.

La primera habitación estaba completamente vacía y por su aspecto debía de ser el recibimiento en que el viejo despachaba a sus visitantes. Al ir a entrar en la contigua observé varios hilos que pasaban por el techo, por el centro y por el suelo. Toqué uno cautelosamente con el mango de mi látigo, y en el mismo momento sonó un tiro, maullaron gatos, ladraron perros, graznaron cuervos y se armó entre todo ello una algarabía indescriptible.

—¡Oh, Alá! —exclamó Halef, riendo—. Por lo visto nos hemos colado en el arca de Noé. Opino, *sidi*, que no avancemos más por ahora y esperemos a que se haga de día.

CAPÍTULO 3

La fuga

A sentí a lo propuesto por Halef porque, si bien no suponía al falso santón con extraordinarios conocimientos en las ciencias naturales, podía poseer los suficientes para armar un tinglado que diera al traste con todo conato de invasión. Cerramos, pues, la casucha, apagamos el hachón, y ya nos dirigíamos al pueblo, cuando nos detuvo una figura de mujer que se deslizó hasta nosotros. Yo no podía distinguir sus facciones; mas ella, cogiéndome repentinamente la mano, se la llevó a los labios antes que yo pudiera evitarlo.

—La luz del hacha me ha revelado tu rostro, *effendi*, y vengo a darte nuevamente las gracias por todo lo que has hecho en mi favor.

Entonces me di cuenta de que era Nebaya, la colectora de plantas medicinales.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. ¿Estabas ya cuando hemos venido por los presos?

—No, me hace daño ver a esos desgraciados; mas he presenciado el juicio en que intentaban ponerte preso. *Sidi*, eres muy valiente, pero te advierto que te has echado un mal enemigo.

—¿A quién te refieres? ¿Al Mübarek?

—No, ese te odia, ya lo sé; me refiero al *kocha*.

—Comprendo que no me tenga gran cariño, pero no considero temible su hostilidad.

—Pues yo te aseguro que es peligroso y te ruego de corazón que estés siempre en guardia.

—¿Tan malo es?

—Perverso; bajo su capa de autoridad apoya y protege en secreto a la gente del Chut.

—¿Cómo sabes eso?

—Ha pasado muchas noches en conciliábulo con el Mübarek.

—¿No te habrás engañado?

—No; le he conocido muy bien a la luz de la luna y en la oscuridad gracias a su voz, que no se confunde con ninguna.

—Entonces, ¿has estado por aquí muchas noches?

—Innumerables, a pesar de la prohibición del Mübarek. A mí me gusta la noche, amiga de los desgraciados, que nos deja a solas con nuestro Dios y no turba los ruegos y lamentos que dirigimos al Padre de todas las criaturas. Además, hay plantas que sólo pueden cogerse de noche.

—¿De veras?

—Así como hay plantas que sólo de noche tienen aroma, hay otras que también velan de noche y duermen de día. Y aquí en el monte hay muchas de esas amigas nocturnas, con quienes converso, y que contestan a mis preguntas. En el último tiempo me fue dificultada la tarea por mi enemigo, pero ya que le has desenmascarado y está preso he aprovechado la ocasión para venir a visitar a mis plantas y escoger un rey en cuanto pase la media noche.

—¿Un rey, dices? ¿Qué es eso? —le pregunté.

—Un rey vegetal, ¿no le conoces?

—No he oído hablar de él en mi vida.

—Pues es un rey con cuya muerte parece también todo su pueblo.

Aquella pobre mujer tenía una sensibilidad extraña y profunda que me sorprendió. La infeliz, que con el sudor de su rostro tenía que procurar el sustento de su familia, perdía la noche en conversar con las plantas y sorprender los misterios de su existencia.

—¿Cómo se llama ese rey vegetal? —la pregunté lleno de curiosidad.

—Hach Marriam. ¡Lástima que no lo conozcas!

—Conozco la familia vegetal, pero ignoraba que tuviera monarca.

—Pocos saben ese detalle y entre ellos es raro el que tiene la suerte de dar con un rey. Hay que profesar gran cariño al Hach Marriam y conocer bien sus costumbres y modo de ser para poder encontrar a su soberano. El pueblo vegetal vive en lugares estériles, en barrancos, montes y ribazos solitarios, y se cría en círculos, a veces grandes y a veces pequeños, en cuyo centro se yergue el rey.

Estos detalles me interesaban profundamente por su novedad.

Hach Marriam quiere decir “Cruz de María” y es la misma planta que el pueblo alemán llama “Cardo Cruz de María”. ¡Qué extraño que en las cimas de los Montes Metálicos llevara el mismo nombre que en las sierras turcas del Bahúna o del Plachkavitza!

La mujer continuó:

—Este cardo que digo es seco y quebradizo; no alcanza gran altura y tiene un tallo muy delgado; en cambio su rey es ancho y aumenta de año en año; su tallo llega a adelgazar hasta parecer la hoja de un cuchillo, pero en cambio alcanza el ancho de dos manos. En la cima tiene una cabeza de cardo, en cuyo fondo oscuro se halla dibujada una serpiente de color claro en ziszás, que resplandece de noche.

—¿Es verdad lo que me cuentas?

—No te engaño, señor; la he visto muy a menudo y cuento con encontrarla esta misma noche. En cuanto se corta al rey perecen todos sus súbditos antes de un mes escaso; pero en caso contrario llegan a ser muy viejos. El rey que voy a coger esta noche, lo menos contará diez años.

—¡Mas si le arrancas perecerá su pueblo!

—No, porque ya ha salido un rey nuevo que permite la falta del otro. La supresión del antiguo ha de hacerse el domingo después de Luna Nueva, en el día

santo de los cristianos, cuya reina celestial es Marriam; en este día es cuando el rey luce más que nunca, y aun después de cortado sigue luciendo varias noches, en que tiene mayor fuerza. Hoy es el día indicado, y por eso vengo al monte. Si te detuvieras aquí verías resplandecer al rey del cardo.

—Me gustaría mucho acompañarte, porque me interesan extraordinariamente todos esos enigmas de la naturaleza; pero desgraciadamente tengo que bajar a la ciudad en seguida.

—Mañana mismo te lo llevaré para que le veas resplandecer.

—Puede que ya no esté en Ostromcha.

—¿Tan pronto piensas dejarnos, señor?

—En efecto, no vine para estar mucho tiempo, pues tengo las horas contadas.

Buena suerte en tu excursión, Nebaya.

La mujer desapareció en la oscuridad, mientras Halef me decía:

—*Sidi*, ¿crees lo del rey de los cardos?

—No lo pongo en duda.

—Nunca oí que los vegetales tuvieran reyes.

—Es decir que lo ignoras. Bueno, mañana, Dios mediante, verás al soberano de los Hach Marriam.

No sospechaba entonces que a aquel rey famoso le había de deber la vida poco después, y que el buscarlo Nebaya aquel día memorable había de ser para mí de una ventaja incalculable. Por lo demás, el rey de los cardos es una realidad, no una ficción poética como podría creerse. Yo mismo encontré entre Scheibenberg y Schwarzenberg, en los Montes Metálicos sajones, en una loma pelada y árida, un pueblo de cardos Cruz de María, y estuve cuatro días seguidos buscando al rey. El terreno en que prosperaban formaba, en efecto, un círculo bastante regular; rodeé la periferia del mismo y formando distintos radios me acerqué al centro varias veces, pero sin resultado. Por fin encontré al rey en un punto por el que había pasado muchas veces sin reparar en la planta, por hallarse ésta rodeada de un mata espesa y seca de hierba, que justificó en absoluto la descripción de Nebaya; lo corté por el pie y aun lo conservo. Cuando al cabo de cuatro meses visité de nuevo el Annaberg, hice, a pesar del escaso tiempo de que disponía, una excursión a pie al lugar del hallazgo y resultó que todos los súbditos habían perecido.

Claro que aún no había hecho yo, cuando estaba en Ostromcha, la referida comprobación, pero a pesar de ello di crédito a las palabras de Nebaya. El gran Linneo confiesa, lleno de gratitud, que sus mejores descubrimientos y observaciones se deben a los datos que le daban gentes sencillas y aun ignorantes; y es que el hijo del pueblo tiene una intuición amorosa para los secretos de la naturaleza de que a veces carece el hombre que se dan a sí mismos el título de distinguidos.

En cuanto llegamos al pueblo nos dirigimos al juzgado, donde hice inventario del botín quitado a los ladrones. Los ojillos del *kocha bacha* brillaban de codicia mientras contábamos las monedas de los tres bolsos; insistió en encargarse él

personalmente del envío, pero yo le declaré en redondo que sería yo el encargado de hacerlo. Pronto hube de ver lo acertado de mi idea. Para molestarme, el *kocha bacha* se empeñó en que los bolsos fueran sellados con su sello, a lo que no me opuse.

Luego hice que me llevaran junto a los presos, que estaban maniatados en una especie de bodega. Advertí que tal precaución resultaba una crueldad inútil, mas el viejo insistió en que tratándose de sujetos de tanto cuidado, toda cautela le parecía poca, y añadió que durante la noche pondría un centinela en la puerta para mayor seguridad.

Del juzgado nos fuimos al Konak, a cenar aunque con harto retraso. Reunidos en la misma habitación de por la mañana, alrededor de la mesa estuvimos hablando con gran vivacidad de los asuntos del día. Así es que ya era pasada la media noche cuando nos acostamos.

El posadero me designó el dormitorio de honor, adonde se llegaba por una escalera, y al cual, por tener dos camas, hice subir a mi hachi, pues sabía la gran alegría que le daba con distinción semejante.

Mi reloj señalaría las dos cuando nos desnudábamos. De pronto oímos llamar a la puerta. Abrí el postigo para ver quién era, pero no logré distinguir al nocturno visitante.

—¿Quién es? —grité por último.

—¡Oh, es él! —oí susurrar a una voz femenina, que acabó por preguntar:

—¿Eres el *effendi* extranjero?

—Sí, y tú eres Nebaya, ¿verdad?

—Sí, baja en seguida, señor, que tengo que hablarte.

—¿Es cosa muy urgente?

—¡Importantísima!

—¡Pues allá voy!

Pocos minutos después nos hallábamos Halef y yo junto a la herbolaria.

—*Effendi* —dijo—, ¿sabes lo que ha pasado...? Pero aguarda, que aún hay tiempo; toma ante todo el rey de los Hach Marriam.

Y me entregó un cardo espinoso de un palmo de ancho, pero delgado como la hoja de un cuchillo. La clara serpiente resplandecía en la estrecha corola, a pesar de la oscuridad y aunque no “lucía” tenía un brillo casi fosforescente.

—¿Me crees ahora? —preguntó Nebaya.

—Nunca he dudado de tu veracidad —le contesté—. Pero aquí está demasiado oscuro; mañana iré a tu casa para contemplar al rey a la luz del sol. Ahora dime lo que te trae a esas horas.

—Una noticia muy mala. ¡Los presos se han escapado!

—¿Es posible? ¿Cómo lo sabes?

—Los he visto e incluso he oído lo que hablaban.

—¿Dónde?

—Arriba, en la choza del Mübarek.

—*Sidi*, entonces hemos de encaminarnos al monte sin pérdida de tiempo, para quitarlos de en medio, pues de lo contrario estamos perdidos.

—No vayas tan de prisa. Primero hay que saber más detalles. ¿Cuántos eran, Nebaya?

—Los tres presos, el Mübarek y el *kocha bacha*.

—¿También el *kocha* estaba con ellos?

—Sí; él mismo les ha abierto la cárcel, a cambio de 5000 piastras que le ha entregado el Mübarek.

—Cuéntamelo todo, pero en pocas palabras, que no tenemos un momento que perder.

—Volvía yo de coger el rey de los cardos, y me disponía a atravesar el claro del bosque, cuando he visto subir por la senda a cuatro hombres que venían de la ciudad. Me he escondido, deslizándome por la sombra que hace el ángulo de la choza del santón. En ella han intentado penetrar los cuatro, pero no han podido por estar echada la llave. Tres me eran desconocidos, pero el cuarto era indudablemente el Mübarek. Se han puesto a hablar de que el juez los había soltado, y acudiría luego por el precio del rescate, tasado en 5000 piastras. En cuanto estuviera pagado se irían, pero tomarían terrible venganza de vosotros. Uno ha dicho que seguramente iríais a Radovich y a Istib, y que en el camino os asaltarían los Alachy.

—¿Quiénes son esos Alachy?

—Lo ignoro; entretanto ha llegado el *kocha bacha*; como les faltaba la llave han hundido la puerta de la choza a patada limpia; una vez dentro, han hecho luz y han abierto el postigo cercano a mi escondite, por donde han empezado a salir pájaros, murciélagos y otros animales a los que el santón daba libertad. Esto me ha asustado y me ha hecho apretar a correr desolada cuesta abajo, hasta llegar a la ciudad y a esta posada para hablarte. Y aquí me tienes.

—Gracias, Nebaya; mañana te recompensaré el favor que me has hecho. Ahora retírate a tu casa, pues tenemos que hacer.

Regresamos a la casa, donde los encontramos a todos despiertos y alarmados por los golpes en la puerta. Dos minutos después nos hallábamos en camino, armados hasta los dientes, Halef, Osco. Omar y yo. Los dos posaderos querían alarmar a sus conciudadanos, mas yo se lo prohibí, pues así habrían puesto en guardia a los fugitivos; sólo les encargué que avisaran en secreto a unos cuantos amigos resueltos y que se apostaran con ellos en la carretera de Radovich para detener a los bandidos, caso de que se nos escaparan.

Subimos cautelosamente por la montaña hasta llegar al bosque, donde nuestro avance era más lento y penoso, pues teníamos que evitar caídas que podrían resultarnos fatales. El terreno era muy fino y estaba sembrado de piedras por haber arrastrado las lluvias la tierra blanda y suelta.

De pronto creí oír un sonido humano penetrante, como cuando el terror nos hace soltar un ¡ih!, breve y agudo; luego se sintió el ¡paff!, ahogado de un cuerpo que cae

de lo alto.

—¡Atención! —cuchicheé al oído de los compañeros—. Tenemos a un hombre delante. ¡No os mováis!

Al poco rato oímos pasos lentos e irregulares, como del que avanza arrastrando un pie tras otro. Cojeaba indudablemente el que fuese, acaso a consecuencia de la caída.

Ya estaba muy cerca de mí. La noche no era clara y bajo los árboles reinaban densas tinieblas. Fue, pues, el instinto más que la vista el que me reveló la presencia de un ser escueto y huesudo como el *kocha*. Estiré el brazo y le agarré por el pecho diciendo con voz bronca:

—¡Calla, o mueres!

—¡Alá! —exclamó aterrado—. ¿Quién eres?

—¿No me conoces ya?

—¡Ah! ¡Eres el forastero! ¿Qué buscas aquí?

Acaso me conociera por la voz o porque mi figura era más visible que la suya.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté—. ¡Seguramente el *kocha bacha* que ha soltado a los presos!

—¡*Ei müchisat!*^[2] Lo sabe todo —gimió el aterrado juez, dando un salto atrás para escabullirse.

Yo le tenía bien sujeto previendo la tentativa, mas su viejo y usado kaftán no resistió el empuje con tanta firmeza como yo. Se oyó un rasgón, y me quedé con la tela en la mano mientras el hombre desaparecía en la espesura, donde su persecución no había de ser posible, mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Salid, salid de la choza! ¡Pronto!

—¡Oh, *sidi*, qué tonto eres! ¡Tienes al bribón cogido y lo dejas escapar como un simple! ¡Si llega a pasarme a mí...!

—Calla —le interrumpí—. ¡No hay tiempo para censuras! Hay que cercar la cabaña, ya que sus gritos indican que están los pájaros dentro.

De pronto sonó en lo alto la pregunta:

—¿*Nichünnedeyi?*^[3]

—¡Los forasteros, los forasteros! ¡Corred, huid! —contestó el fugitivo.

Sus palabras nos espolearon a mayor velocidad, pero el mal camino nos detenía continuamente. Habríamos avanzado poco trecho, cuando sonó un estallido terrible, y vimos surgir un rayo de fuego seguido de mayor oscuridad.

—¡Señor, eso era un cañón con cohetes! —exclamó Halef que me seguía jadeante—. ¡Alá! ¡Aun arde!

En efecto por entre los árboles brillaban llamaradas, y cuando llegamos al claro vimos la choza convertida en una gran hoguera, mientras una voz gritaba:

—¡Ya los veo! ¡Ahí vienen! ¡Fuego a ellos!

Iluminados por los resplandores del fuego ofrecíamos blanco seguro.

—¡Atrás! —grité a mi gente, colocándome detrás del tronco más cercano. Mis

compañeros siguieron la orden al pie de la letra y tan oportunamente, que los tres tiros que siguieron se perdieron en la selva sin tocarnos.

Entretanto me había yo echado el rifle a la cara, pues los disparos me habían de descubrir a los miserables. Solté el tiro en el mismo momento que ellos y debí de hacer blanco, porque sonó un lamento.

—¡Ay de mí! ¡Estoy herido!

—¡A él! —exclamó el valiente Halef, saliendo de detrás de su árbol para precipitarse hacia adelante.

—¡Alto! —le dije agarrándole del brazo—. Puede que tengan rifles de repetición.

—¡Aunque suelten cien tiros seguidos los mato! —gritó Halef; y dando un tirón se plantó en el lugar iluminado por las llamas. No nos quedó otro remedio que seguirle, aunque comprendiendo el riesgo que corríamos. Afortunadamente los bandidos tenían sólo armas de un disparo, y no les habíamos dado tiempo para volverlas a cargar. Sin un rasguño llegamos a la roca desde donde partían los tiros, mas fue éste el único resultado que obtuvimos de nuestro imprudente avance, pues los tiradores habían desaparecido.

—*Sidi*, ¿dónde están? —preguntó el estupefacto Halef—. ¿Tienes idea de su paradero?

—Dónde están, no sé, pero qué son, sí te puedo decir.

—A ver, habla.

—Mucho más listos que nosotros, y sobre todo infinitamente más que tú.

—¿Ya vuelves a censurarme?

—¡Porque te lo mereces! Ya serían nuestros si no te hubieras precipitado. Protegidos por los árboles habríamos llegado hasta ellos.

—Tampoco los habríamos encontrado.

—No podemos asegurarlo. Los bandidos han evitado un ataque franco con muy buen acuerdo; pero acercándonos en secreto y con cautela habrían caído en nuestras manos, sobre todo si uno de nosotros se hubiese quedado aquí soltando tiros al aire para hacerles creer que no nos habíamos movido.

—¿Crees, pues, que ya no los cogemos?

—¡Naturalmente! Fácil es que aun los tengamos cerca, pero ¡cualquiera da con ellos en estas tinieblas! La hoguera sólo alumbra el raso, y aun sabiendo dónde están tendríamos que desistir, pues nos acecharían y recibirían a tiro limpio.

—Tienes razón, hay que evitar ese encuentro, pues me han contado que las balas suelen impedir el crecimiento y yo aún deseo ser más alto. ¿Qué hacemos, pues?

—Escuchar.

Este pequeño diálogo se había sostenido en voz baja, pues era de suponer que los bandidos no estarían lejos, y no convenía indicarles nuestra situación. Además teníamos buen cuidado de mantenernos siempre en la sombra.

Seguimos escuchando buen rato, aunque el crepitar de la choza ardiendo nos molestaba bastante; pero una vez que el oído se me fue acostumbrando, distinguí

perfectamente un fuerte susurro. Osco al observarlo me dijo:

—¿No oyes cómo rompen por entre la hojarasca, *effendi*?

—A juzgar por el ruido no deben de estar a más de cien pasos de nosotros; y como supongo que no hay maleza bajo los pinos, el círculo que forma la arboleda alrededor de la cima no debe de ser muy importante por este lado. Como ellos lo saben se dirigen en la huida en esa dirección.

—¿Cómo van a estar enterados, siendo forasteros como nosotros?

—Manach el Barcha ha estado aquí muchas veces, y el viejo Mübarek los acompaña.

Acerquéme entonces a la choza medio caída, y arranqué una vigueta del tejado semejante a un hachón ardiendo y con ella en la mano seguí tras los fugitivos. Mis compañeros me seguían con los rifles preparados.

El crepitar del fuego me había engañado; el área de bosque no era tan grande como yo me figuraba. Al poco tiempo llegamos a los matorrales en que terminaba, y descubrimos el sitio por donde los bandidos se habían abierto paso.

Seguimos persiguiéndolos, pero al llegar a terreno abierto se me apagó el hachón. A nuestros pies sentimos el galope y relinchos de los caballos, y una voz que gritaba:

—¡Adiós, imbéciles! ¡Pasado mañana os chamuscaréis en los infiernos!

Harto claro era el lenguaje. Si yo no hubiese estado ya convencido de sus planes, esta despedida nos los habría revelado. No se pasaban de listos aquellos criminales.

Mi pequeño Halef rechinó los dientes al oírlos, y colocando ambas manos en la boca gritó con toda su alma:

—¡Idos al diablo, a ser pasto de su suegra! ¡Granujas!

Y excitando más su cólera añadió:

—¡Adiós, ladrones, asesinos, incendiarios, verdugos, carne de horca!

Una risotada estrepitosa contestó a sus injurias. Jadeante por el esfuerzo hecho me preguntó el pequeño:

—Señor, ¿no se lo he dicho bien claro? ¿No he estado muy elocuente?

—Tanto, que se han reído de ti cuanto les ha dado la gana.

—Son gente sin educación, que no tienen modales ni idea de lo que mandan la urbanidad y las buenas costumbres. Hasta al enemigo debe tratarsele con cortesía, y agobiarle con cumplidos y frases bien sonantes.

—Bien lo has demostrado tú, Halef, pues las finezas que les has dicho eran de lo más exquisito y elegante.

—No me culpes a mí, sino a la rabia que me poseía. Si llego a estar sereno los despido cortésmente. Pero ya que están lejos, no hay más que conformarse. ¿Qué hacemos ahora, *sidi*?

—Ya nada, estamos lo mismo que al llegar a Ostromcha. Tenemos al enemigo delante, sano y salvo, y en mayor número. La caza vuelve a empezar y sabe Dios si volverá a presentarse ocasión tan buena como la que acabamos de perder.

—Tienes razón, *sidi*. ¡A ese *kocha bacha* habría que ahorcarle!

—¡Como que les ha dado suelta y medios para escaparse! ¡Hasta les tenía los caballos preparados!

—Verás cómo lo niega.

—Será inútil, porque le he arrancado un pedazo del caftán que será el mejor testigo de su picardía.

—¿Qué vas a hacer con él? Tu poder no llega a castigarle.

—Eso es lo que siento.

—Yo me encargaré de darle su merecido.

—No vuelvas a las andadas, Halef.

—Descuida, señor, que esta vez no me precipitaré, sino que haré las cosas con la mayor calma posible. ¿Hemos de volver a la choza?

—Sí; podría ser que salváramos algo.

—Vamos, pues.

CAPÍTULO 4

El maestro curtidor

Con gran dificultad, a causa de las densas tinieblas, volvimos al punto de partida. La choza del Mübarek debía de contener muchas sustancias combustibles, porque las llamas se reanimaban a intervalos, llegando a gran altura.

Cuando volvimos rodeaba la cabaña gente del llano, atraída por el incendio.

Al salir de la espesura vimos llegar por el lado de la senda al *kocha bacha*, cuyo título, por cierto, es harto peregrino aplicado al juez de paz o al alcalde de una población, pues literalmente significa “cabeza de los maridos”. Al vernos el tal “cabeza” exclamó apuntándonos con el índice:

—¡Cogedlos! ¡Sujetadlos! ¡Son los incendiarios!

Su frescura me produjo más asombro que indignación. Aquel viejo era de un descaro que desconcertaba, y la gente, que había presenciado ya nuestra pelotera anterior, le oyó como quien oye llover.

—¿Habéis oído? —insistió el *kocha* con malos modos—. ¡Prended a esos incendiarios!

Entonces ocurrió una cosa tan inesperada para él como para nosotros. Halef se adelantó y le preguntó con exquisita dulzura:

—¿Cómo nos llamas, alma mía?

—¡Incendiarios! —replicó el *kocha*.

—Te equivocas, *kocha bacha*. Nuestra profesión es muy distinta. Somos curtidores y vamos a curtirte la piel con la mayor limpieza y prontitud; no el pellejo entero, por falta de tiempo, sino esa parte tan útil que sirve de asiento. Por tal servicio nos quedarás profundamente agradecido, pues aumentará en solidez y dureza gracias a la operación. ¡Osco, Omar, manos a la obra!

Los dos compañeros no se hicieron de rogar y me lanzaron una mirada interrogativa para saber qué me parecía la insinuación del *hachi*; mas al ver que yo permanecía neutral, sin declararme en pro ni en contra, agarraron al viejo y lo tumbaron en el suelo.

Al ver que la cosa iba de veras, el *kocha* empezó a chillar como gato escaldado, repitiendo:

—¡Alá! ¡Alá! ¿Qué tramáis contra mi persona? ¿Ignoráis que ofendéis a la autoridad divina y humana? ¡Alá os dará castigo, y el Padichá os encerrará en un calabozo a perpetuidad! ¡Os cortarán la cabeza y expondrán vuestros cuerpos decapitados en las puertas y muros de las ciudades y pueblos!

—¡Basta de lamentos! —respondió Halef—. El Profeta manda a sus creyentes que sufran con paciencia los golpes del destino, decretados de antemano en el libro de

la vida. Ayer mismo leí en sus páginas que te esperaba una azotaina, y como no quiero contravenir las disposiciones divinas, y sé que eres un buen hijo del Profeta, yo mismo quiero cuidar de que se cumpla tan saludable kismet. Ponedlo panza abajo, si es que la tiene, y sujetadlo bien.

Oscó y Omar obedecieron a la letra su mandato; el kocha hacía esfuerzos inauditos para librarse de su destino, pero mis vigorosos compañeros lo tenían sujeto como unas tenazas, y su resistencia era tan inútil como su llanto.

Francoamente, la escena no tenía nada de grata para mí; sobre que el reparto de palos es poco estético, por ser nosotros forasteros, era posible que los espectadores tomaron partido por su conciudadano. Aquéllos habían ido en aumento incesantemente. Por otro lado el venerable “cabeza de maridos” se nos había mostrado tan hostil, y su proceder había sido tan injusto e ilegal, y tan arbitraria su acusación de incendiarios, que aquella solfa le estaba muy bien empleada. Acaso los golpes influyeran en su conciencia y le obligaran a interpretar el código y las leyes, como era debido.

En cuanto a la gente, que se apiñaba a su alrededor, llena de curiosidad, no me inspiraban recelo alguno. Lo más probable era que el kocha no tuviera nadie que sacase por él la cara.

Una vez colocado en la posición conveniente, y mientras Oscó le sujetaba los hombros y Omar se arrodillaba sobre sus extremidades, levantó Halef el látigo en alto; mas entonces sonó una voz que decía:

—¿Vais a consentir que apaleen a vuestra autoridad, cobardes? ¡Defended al *kocha bacha*!

Unos cuantos se separaron del corro y fueron a reunirse con el que los había apostrofado; entre todos formaban un grupo aislado, de donde partía un murmullo amenazador y que se aproximaba lentamente en son de reto.

Yo entonces me adelanté a su encuentro, apoyé la culata del rifle en el suelo, crucé los brazos sobre la boca del cañón, y guardé profundo silencio. Los del grupo retrocedieron poco a poco.

—¡Duro con él, que bien se lo merece! —exclamaban mientras tanto los del corro.

Halef saludó majestuosamente a todos lados y se entregó a su obra humanitaria con un celo digno del mayor encomio. Cuando exhausto y jadeante volvió el látigo a la faja, dijo al castigado con dulzura empalagosa:

—Ya sólo me queda rogarte que en lo sucesivo evites cuidadosamente los asientos duros y rígidos, pues con ello podría disminuir el brillo de tus ojos, la belleza de tu rostro, la armonía de tus facciones y la solemnidad de tus discursos. Te aconsejo que no destruyas los efectos de nuestra noble acción, que bendecirás desde tus tiernos años hasta la vejez más avanzada, recordando, siempre con agradecimiento, a los bondadosos forasteros, cuya presencia te fue tan provechosa y grata. Espero que celebrarás devotamente el aniversario de este día tan venturoso para ti, porque

nosotros lo recordaremos también con igual fruición y alegría. Álzate y dame el ósculo de gratitud que me debes por las pruebas de amistad que acabo de darte.

Una risotada general acogió el discurso de Halef, que lo pronunció con unción y gravedad sacerdotales.

El *kocha bacha*, en cuanto se vio libre de sus sayones, se llevó ambas manos a las posaderas, y al acercársele Halef rugió lleno de rabia:

—¡Perro sarnoso! ¿Qué has hecho? ¡Has puesto tu mano pecadora en la autoridad, y eso es un sacrilegio que merece la horca! Tú y tu gente seréis encadenados y...

—No te excites, *kocha* —le interrumpió el pequeño—. Si veinte azotes solamente te parecen una profanación, inmediatamente repararemos la falta. Ponte en facha...

—¡No, no más! —gritó el “cabeza” loco de terror—. ¡Me voy, me voy ahora mismo!

Y el hombre, con toda la velocidad que le permitían sus fuerzas, se encaminó hacia el sendero; mas yo le agarré del brazo, diciendo:

—¡Un momento! Tengo que hablarte.

—¡No quiero saber nada, nada, nada! —gritó el viejo tratando de desasirse—. ¡No quiero más tratos con vosotros! ¡Déjame, ya estoy harto!

—Eso sí que lo creo; pero como yo necesito enterarme de algunos detalles, es preciso que te aguardes. Quita las manos de ahí, pues cuando habla un *effendi* se toma una actitud respetuosa y correcta.

El *kocha* trató de obedecerme, pero se le hacía tan difícil, que se llevaba atrás alternativamente tan pronto la mano derecha como la izquierda.

—Nos has acusado de incendiarios. ¿Qué motivos tienes para ello? —le pregunté gravemente.

El viejo no sabía qué contestar, pues si insistía en su afirmación podía repetirse el vapuleo, y si se desdecía, quedaba por embustero ante todos; así es que, rascándose el cogote con la izquierda y llevándose la derecha al lugar vapuleado, contestó diplomáticamente:

—Me figuré que habíais incendiado la cabaña.

—¿Y por qué te figuraste eso? Un *kocha bacha* debe darse perfecta cuenta de los hechos.

—Porque llegasteis aquí antes que nosotros. Al observar el resplandor acudimos al monte y nos encontramos la casucha ardiendo por los cuatro costados. ¿No es para sospechar?

—No, puesto que podíamos haber acudido atraídos por el fuego lo mismo que vosotros. Además, piensa bien lo que dices. ¿Quién ha estado aquí antes?

—Naturalmente vosotros, que me habéis visto llegar.

—Pues yo creo que tú estabas antes.

—¡Qué disparate!

—Es la pura verdad. Te hemos visto salir de aquí mucho antes.

—Estás en un error.

—Te conocemos demasiado bien para confundirte.

—Señor, te aseguro que no. Vengo derecho de mi casa y de la cama, donde me han despertado las voces de fuego que daban en la calle. Me he levantado, y al abrir la ventana he visto el incendio en la cima del monte. Inmediatamente me he puesto en camino como es mi deber.

—Tu deber te induce también a soltar a los criminales encarcelados, ¿verdad?

—Señor, no te entiendo.

—¡No mientas! ¿Qué has hecho de los cuatro bandidos que encomendé a tu custodia?

—En la cárcel deben de estar.

—¿Vigilados como es debido?

—Con doble guardia. Un mozo vela delante del calabozo y otro en el portalón.

—¿Cuántos criados tienes?

—Los dos que te digo.

—Pues y éste ¿qué hace aquí? —dije, señalando al que había llevado la voz cantante en favor del kocha y en quien yo había reconocido a uno de los guardianes de los presos.

El “cabeza” fingió encolerizarse con su subordinado, a quien apostrofó rudamente:

—¿Quién te ha mandado venir? ¡Largo de aquí y ojo con volver a abandonar tu puesto!

—Déjalo —le dijo—. Bien sabes que ya no le queda nada que guardar, pues los presos se han fugado.

—¡Qué dices! —exclamó el “cabeza”, simulando un asombro y un susto que estaba muy lejos de sentir.

—¡No finjas! Mejor lo sabes tú que yo, puesto que has abierto la jaula a los pájaros a cambio de una crecida cantidad que te ha dado el Mübarek.

El hombre juntó las manos, gritando como un desesperado:

—¿Oís lo que dice? ¿Quién eres tú para lanzar semejante acusación sobre el *kocha bacha*? ¿Sabes que me llamas criminal? ¿Por dinero voy a faltar yo a mi cargo? Ahora mismo quedas detenido, por injuria a la autoridad, y serás castigado con todo el peso de la ley. ¡Suéltame, que me voy!

Dijo estas últimas palabras tratando de desasirse de Halef, que le tenía agarrotado y que, levantando el látigo, preguntó en tono de amenaza:

—¿Quieres que te curta el resto del pellejo? ¿Aún no te has convencido de que no toleramos esos tratos? Si vuelves a pronunciar una sola palabra que me moleste al oído, mi látigo caerá sobre ti como el granizo que atraviesa los tejados.

Yo me volví hacia los espectadores y les referí lo que me había dicho Nebaya, pero sin nombrarla; añadí que habíamos topado con el kocha y que éste había avisado nuestra llegada a los fugitivos. Entonces salió uno del corro, en quien reconocí a uno

de los jurados, y acercándose a mí dijo:

—Señor, lo que me cuentas me llena de asombro. Todo el pueblo os está agradecido por haber desenmascarado al hombre más perverso y criminal que ha existido en estas tierras. Si realmente ha logrado evadirse con sus camaradas, el que le haya facilitado la fuga sufrirá el castigo que merece. Yo te he estado observando en el juzgado, y estoy convencido de que no hablas sin haber madurado bien las palabras; de modo que la acusación que formulas contra el *bacha* debe de tener su fundamento. Como soy fiscal, y por tanto la autoridad que sigue al *kocha* en jerarquía, ocuparé su puesto si resulta que es indigno del cargo que desempeña. De modo que desde ahora me encargo del asunto, y a mí me harás tus revelaciones.

El hombre parecía pensar rectamente, aunque yo desconfiaba de que tuviera la suficiente energía para llevar a cabo la obra. A pesar de esto me apresuré a contestarle:

—Me alegro mucho de encontrar quien se interese por el bien de sus conciudadanos, y espero que obres con rectitud e imparcialidad.

—Así lo haré; pero para ello es preciso que pruebes la verdad de tus acusaciones.

—Naturalmente.

—De modo que debes empezar por confesar quién te ha dicho que el *kocha* ha estado aquí con los fugitivos y ha cobrado del Mübarek la cantidad estipulada por su liberación.

—No puedo revelarte eso.

—¿Por qué?

—Por no perjudicar a la persona que ha presenciado la entrevista.

—No le parará ningún mal.

—Permite que lo dude. Tú eres un hombre honrado, pero los demás funcionarios no lo son. Os aprecio a todos en lo que valéis, y por eso sé que en cuanto yo dé media vuelta, volverá el *kocha* a hacer y deshacer a su antojo y el infeliz que le haya perjudicado será la primera víctima de su maldad. Ya ves si tengo motivos para no decir su nombre.

—Pues así no puedes probar que dices la verdad.

—Otros medios hay. El dinero con que le sobornaron debe de estar en su bolsillo o en su casa; y que ha estado aquí y se me ha escabullido de entre los dedos, también te lo demostraré, pues precisamente guardo un pedazo de su caftán en el bolsillo.

—¡Miente, miente! —gritó el acusado—. Mira si tengo rasgado el caftán y te convencerás.

Y al decir esto se llevó ambas manos al sitio por donde yo le había agarrado; en efecto, el caftán estaba intacto.

—¿Ves cómo te equivocas? —observó el fiscal mirándome severamente.

—¡Al contrario! —reliqué riendo.

—¿Cómo? —exclamó el hombre asombrado.

—Mirando tu rostro inteligente veo que te has convencido de que el *kocha* se ha

delatado a sí mismo.

—¿Cómo?

—Pues claro. Él, que quiere figurar como “cabeza de los maridos”, comete torpezas dignas de un principiante de criminal. ¿No has reparado dónde se ha llevado las manos?

—Sí, por cierto.

—Dime dónde.

—A la parte izquierda del pecho. ¿Os he revelado el sitio de donde le he arrancado el pedazo de su ropón?

—No.

—Pues bien, te aseguro que ha sido del mismo lugar que él ha señalado. ¿Cómo iba a saberlo si no fuera verdad?

El representante de la ley quedó anonadado y me preguntó:

—*Effendi*, ¿eres acaso jefe de policía?

—¿Por qué lo dices?

—Porque sólo un funcionario así puede tener tal perspicacia.

—Te equivocas. Yo no vivo en tierras del Padichá sino en *Nemche memleketi*, cuyos habitantes cumplen de tal modo las leyes, que cualquier chiquillo habría reparado en el descuido del *kocha* y se habría dado cuenta de su acción.

—Entonces Alá los ha dotado de más inteligencia que a nosotros.

—Pero estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—Sí; cuando se ha llevado las manos al lugar ese, es porque sabía que allí estaba el rasgón. ¿Qué dices de todo esto, *kocha*?

—¡Nada! —contestó el interpelado furioso—. ¡No quiero rebajarme hablando con ese extranjero maldito!

—Pues tu actitud no tiene nada de digna —repliqué riendo—. ¿Qué buscan tus manos en la espalda?

—¡Calla! —rugió el viejo furioso—. Va a caer sobre ti tal raudal de males, que te harán recordar mientras vivas tus calumnias y picardías. ¿No ves, imbécil, que mi caftán no tiene deterioro ni desgarrón alguno?

—Ciertamente; como que no es el que llevabas antes. El que tiene desgarrado el pedazo no está tan nuevo como ese.

—¡Precisamente sólo tengo uno!

—¡Eso ya se verá!

—Os aseguro que no tiene más caftán que el puesto —afirmó en este punto el criado.

—Tú hablarás cuando te pregunten —le dije; y volviéndome al fiscal añadí:

—¿Conoces por ventura la ropa que usa el *kocha*?

—No, *effendi*; nunca me ha preocupado su vestir.

—¿Sabes lo que ha hecho de los caballos de los criminales que yo le había entregado?

—En su cuadra los tiene.

—¿Tiene él también caballos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Cuatro potros, que suelen andar sueltos por el corral.

—¿De qué color son?

—Negros, pues tiene preferencia por ese color; ¿no es verdad, *kocha*?

—¿Qué le importa a esa gentuza mi ganado? —rugió el otro entre dientes.

—Ya sabes que me interesa todo lo tuyo —le contesté yo—. Además, como has procurado a los presos los medios de fuga, a ellos les conviene mudar el colorido de sus jacos y se los habrás cambiado por otros. Por tu bien deseo que te encontremos en posesión de todo tu ganado. Aquí no queda ya nada que salvar. La choza ha quedado reducida a un montón de escombros y dentro de poco estará esto oscuro como boca de lobo. El viejo Mübarek ha tenido el buen acuerdo de incendiarla con el fin de borrar los vestigios de sus infamias. Hasta pólvora tenía almacenada para destruir la cabaña por medio de una explosión. Ya ves si está loco rematado el *kocha* al acusarnos de incendiarios, cuando somos nosotros precisamente los más interesados en su conservación. Vamos, pues, al juzgado para convencemos de que los presos se han evadido efectivamente.

Cuando nos disponíamos a la marcha, vi salir escapado a Halef, y poco después sonó en el sendero su voz amenazadora, que decía:

—¡Alto! ¡No te muevas o te clavo el puñal entre las costillas!

—¡Suéltame! —contestaba otra voz—. ¿Yo qué tengo que ver contigo?

—Nada, pero a mí en cambio me importas tú mucho. ¡Date preso!

—¡Nunca!

—Si no te sometes trabarás conocimiento con mi látigo, pues no has de ser tú menos que tu amo.

¡Vamos! El criado había tratado de escabullirse para llegar al juzgado antes que nosotros, avisar a la familia del *kocha* y tomar las disposiciones convenientes. Pero, una vez cogido, hubo de callar y fue atado y custodiado como su amo.

Y por segunda vez bajó por el monte una procesión extraña que unos cuantos hombres alumbraban con hachones encendidos. Toda la población estaba alerta, y cuando llegamos al juzgado le encontramos rebosando de gente.

El calabozo estaba vacío, y los caballos de los bandidos ocupaban la destartada cuadra del *bacha*; en cambio sus potros no se veían por ninguna parte. Los mozos de cuadra aseguraban que habían desaparecido tan misteriosamente como los bandidos.

—Ahora hay que encontrar el dinero y el caftán del viejo —indiqué al fiscal.

—¿Dónde vas a buscarlo?

—Su mujer nos lo dirá.

—Negará redondamente.

—Eso dependerá del modo de interrogarla. Vamos a hablarle los dos.

Penetramos en el interior de la vivienda sin permiso de nadie, y menos aún del dueño de ella. El fiscal, que conocía la casa, avanzó a tientas por el oscuro corredor, a cuyo final abrió una puerta. Esta daba paso a una habitación que contenía una mesa y unas sillas. A lo largo de la pared había cojines para los que prefirieran sentarse a estilo oriental. Sobre la mesa ardía una lámpara de barro, junto a la cual se hallaba una vieja.

—Esa es su mujer —observó mi acompañante.

El rostro de la anciana se volvió hacia nosotros con expresión de terror. Yo me acerqué a ella, y dejando caer con fuerza la culata del rifle, que hizo retemblar todo el suelo, pregunté del modo más brusco que podía:

—¿Dónde está el *caftán* viejo de tu marido?

El tono amenazador de mi voz le quitó las ganas de fingir. Llena de consternación respondió al punto:

—En el arca, señor.

—Tráemelo.

La vieja salió arrastrando los pies; le oí levantar una tapa y dejarla caer, y reapareció al instante con el ropón requerido. Se lo arranqué de las manos y lo extendí sobre la mesa. En efecto, le faltaba un pedazo del delantero izquierdo. Saqué yo el mío del bolsillo, y pude comprobar que se adaptaba al desgarrón perfectamente. La mujer contemplaba mis manipulaciones con mirada recelosa, y parecía estar enterada de todo.

—Trae el dinero —le ordené en la misma forma amenazadora y con voz tonante.

—¿Qué dinero? —replicó vacilante.

—El que ha dado el Mübarek a tu marido.

—¡Ea, date prisa! —ordenó el fiscal, con igual brusquedad.

La vieja se echó a temblar y balbució:

—Está en el arca también.

—¡Venga!

Volvió a salir la vieja a la habitación contigua, mas esta vez tardó en reaparecer, pues el dinero debía de hallarse envuelto en harapos en el fondo del arcón. El fiscal contó la cantidad, que era en efecto la que me había dicho Nebaya.

—¿Qué se hace de este dinero? —me preguntó.

—Eso tú sabrás —contesté yo.

—Lo confisco.

—Claro está; y lo envías al Tribunal Superior.

—Así se hará en cuanto amanezca el día. Vámonos.

—Aún tengo que hablar con esa mujer, que lo pasará muy mal si me oculta la verdad, pues el apaleo a sus años es peligroso.

CAPÍTULO 5

El caftán desgarrado

Al oír estas palabras, cayó la vieja a mis pies de rodillas, gritando llena de angustia:

—¡El apaleo no, el apaleo no, oh grande y poderoso *effendi*! Ya veo que todo se ha descubierto y es inútil seguir fingiendo.

—Pues levántate, que sólo ante Alá has de doblar la rodilla. Tu esposo ha soltado a los presos, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y les ha dado los potros para que huyan?

—Los cuatro que teníamos.

—¿Adónde se han ido?

—A... a... a Radovich.

Como vacilaba, supuse que no lo decía todo, y por eso ordené de nuevo:

—¡Habla claro! ¿Por qué ocultas los demás pueblos? Si no eres franca mandaré traer el banco y haré que te azoten las criadas.

—¡Señor, todo lo diré! Van derechos a Radovich y de allí a Sbiganzzy.

—¿A avistarse acaso con el carnicero Chunak que vive allí?

—Precisamente.

—¿Y luego a la cabaña de la caverna?

—¿La conoces, señor?

—¡Contesta!

—En efecto, allá van.

—¿Y luego?

—Ya no sé más.

—¿Qué van a hacer a la caverna?

—No me lo han dicho; esos detalles se los calla mi marido.

—¿Tiene relaciones con el Chut?

—Puede, pero yo lo ignoro.

—Tuvo siempre tratos sigilosos con el Mübarek, ¿no es verdad?

—Sí; subía con frecuencia al monte, pero no sé lo que trataban. El Mübarek nos visitaba, por lo general, de noche.

—¿Conoces a los presos?

—Los he visto.

—¿Los conocías anteriormente?

—Sólo a uno, que vino alguna vez a ver a mi marido.

—¿Cuál es? ¿Se llama Manach el Barcha?

—No sé su nombre, pero recuerdo haber oído decir que fue recaudador de contribuciones en Uskub.

—En efecto. ¿Sabes algún dato más relacionado con este asunto?

—Ni una palabra más. Te he dicho todo lo que sabía.

—Ahora que veo que dices la verdad, no quiero molestarte más. Sólo desearía que me dijeras si has oído nombrar a los Alachy.

—Nunca, señor, te lo juro

—*Effendi* —observó el fiscal—, ¿qué hay de esos?

—¿Los conoces?

—Personalmente, no, pero he oído hablar de los dos.

—¡Ah! ¿De modo que son dos? Dame más detalles, que me interesan mucho.

—Son los eskipetaros más sanguinarios que existen; dos hermanos de estatura gigantesca, que donde ponen el ojo ponen la bala, y cuyas navajas nunca yerran el golpe. Sus hachas de haiducos son armas terribles; las arrojan desde lejos con la misma maestría que si dispararan un tiro, y se van a clavar en el cuello de las víctimas, a quienes rematan del golpe, como si arrojara las armas el mismo *Chaitán*. En el uso de la honda no hay quien los iguale tampoco.

—¿Dónde viven esos mozos?

—Donde haya que cometer un robo o un asesinato, allí los encontrarás.

—¿Han estado también en Ostromcha?

—En la ciudad propiamente, no, pero sí en los alrededores; hace poco los vieron cerca de Kochana.

—Pues eso no está lejos de aquí; me parece que a cinco horas a caballo.

—Veo que has estudiado a conciencia la topografía del país.

—No; es que lo supongo por cálculo aproximado. ¿No sabes el origen de los Alachy?

—Se dice que proceden de Kakandelos, allá arriba en los montes del Char Dagh, país de los verdaderos eskipetaros.

—¿Por qué los llaman Alachy?

—Porque montan unos caballos que tienen el demonio en el cuerpo lo mismo que sus amos. La gente asegura que nacieron el 13 del mes de Moharram, que es el día en que los ángeles rebeldes fueron arrojados del paraíso. Sus amos les dan de comer con el pienso una hoja del Corán, con lo cual se hacen invulnerables, adquieren velocidad de rayo y están inmunes contra enfermedades y caídas.

—¡Ay de mí! ¡Entonces me espera buena!

—¿Por qué?

—El Mübarek ha encargado a los Alachy que me acechen y me maten.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La misma persona que me ha revelado lo demás, por habérselo oído decir al santón en su cabaña.

—¿Y lo crees?

—A pie juntillas.

—En parte se puede dar crédito al caso, por haberse visto rondar a esos dos monstruos por las cercanías. *Effendi*, ándate con ojo y no te descuides un momento. Treinta hombres como tú no pueden con dos eskipetaros. Si te cogen estás perdido sin remedio; te lo digo porque te quiero bien.

—Gracias por tu interés, pero esa gente no me asusta.

—Señor, no te envanezcas...

—Nada más lejos de mi ánimo; pero advierte que tengo un protector en quien puedo confiar en absoluto.

—¿Quién es?

—El pequeño hachi que ya conoces.

Al hombre se le alargó la cara y después de enarcar las cejas respondió:

—¿Esa pizca de hombre?

—Ese mismo. ¡Tú no le conoces!

—Ya he visto que maneja el látigo como pocos; pero a monstruos como los Alachy no se les espanta con una fusta.

—Me decías que treinta hombres como yo no pueden con esos hombres; pues bien, yo te aseguro que mi pequeño hachi da cien vueltas a cincuenta mozos como los Alachy. Protegido por Halef no tengo temor a nadie, ni hay enemigo que me venza, créelo.

—Si eso piensas, no hay quien te salve, y ya te doy por muerto.

—No temas. Has de saber que mi hachi no se come una hoja diaria del Corán sino todo un sura completo; así es que no le atraviesa ni una bala de cañón. Es invulnerable contra las balas, los golpes y los cuchillos, Para demostrarlo se ha tragado ya varias veces puñales, bayonetas, pólvora y fósforos, y todo le sienta de maravilla, como si fuera el más exquisito *pilau*.

El fiscal me lanzó una mirada investigadora, y después de pensarlo un rato preguntó:

—¿Hablas en serio, *effendi*?

—Con la misma formalidad que tenía el que te aseguró que son invulnerables los caballos de esos eskipetaros.

—¡Si parece increíble!

—También me lo parece lo que tú cuentas.

—¡Es cosa muy distinta! Una hoja del Corán no puede dañar a un caballo, que la digiere fácilmente; pero eso de tragarse cuchillos y bayonetas, pólvora y fósforos, no hay persona que lo resista sin reventar.

—Claro, ya hubo su pequeña explosión, pero fue interiormente. Y aun esa no habría ocurrido si en vez de un sura se come dos...

—Señor, todo eso me resulta muy oscuro; pero el Profeta está en el séptimo cielo y para su poder no hay nada imposible. Desde ahora voy a examinar a ese hachi maravilloso con el mayor interés del mundo.

—Hazlo, y te convencerás de que no le arredran ni un centenar de eskipetaros.

—¿Me permites que le ponga a prueba?

—¿En qué forma?

—Me acercaré cautelosamente y le dispararé un pistoletazo a boca de jarro.

—Me parece bien —respondí con la misma gravedad con que me hacía tan peligrosa proposición.

—¿Y crees que no se dará cuenta siquiera?

—Claro que se enterará, pues no es cosa que pueda hacerse tan en secreto; y además ha de sentir por fuerza el choque de la bala contra el cráneo.

—En efecto.

—Por lo demás, sólo temo que el experimento te siente mal.

—¿Qué quieres decir?

—Nada; temo que al rebotar resultes herido tú por el plomo.

—¡Calla, pues es verdad!

—Y de no ocurrir eso, podría ser que el hachi enfurecido te clavara el cuchillo y salieras perdiendo más todavía.

—¿Por qué se iba a enfurecer?

—Por tu incredulidad. Además, le disgusta profundamente que se le someta a ciertas pruebas sin pedirle permiso.

—Pues entonces, será mejor dejarlo o preguntarle antes. ¿Crees que consentirá?

—Me parece que, si yo apoyo tu petición, accederá.

—Pues pídele tú el permiso.

—Hablaré con él; pero ahora hay que pensar en cosas más importantes. ¿Estás ya plenamente convencido de la culpabilidad del *kocha bacha*?

—En absoluto.

—Pues entonces en tus manos dejó su castigo. Conviene que te apoderes también de sus criados, que han sido sus cómplices. Por lo demás, yo no quiero ya intervenir en el asunto.

—Señor, yo solo no voy a poder desenredarlo.

—Allá tú, que para eso eres el *Kasa Mufti*. Cuando el Padichá te ha dado semejante cargo, es porque te reconoce condiciones para desempeñarlo; y me figuro que no vas a defraudar las esperanzas que puso en ti.

—Ciertamente que no: seré un juez severo y justo. ¿Debo encarcelar a esa vieja?

—No, pues ha tenido que obedecer a su marido. La mujer carece de alma y no va a los cielos superiores del paraíso; por tanto no debe sufrir el castigo que merece su dueño.

Mis palabras sonaron tan bien en los oídos de la anciana, que se llevó a los labios los flecos colgantes de mi chal. Para librarme de sus manifestaciones de gratitud, me alejé a toda prisa.

El fiscal me siguió con el caftán en la mano y el dinero en el bolsillo. Tengo la absoluta seguridad que desde aquel momento lo consideró suyo; y hasta es posible

que en cuanto volviera yo la espalda declarase abiertamente que yo me lo había apropiado.

En la parte de fuera nos esperaban, pues entretanto habían llegado los héroes que se habían apostado, al mando de los dos posaderos, para cortarle la retirada al enemigo. Yo anhelaba saber cómo habían cumplido el encargo, y al verlos solos comprendí que lo habían hecho mal, puesto que no traían a los pilletes.

Ibarek se acercó a preguntarme, en tono grave para mayor diversión mía:

—*Effendi*, ¿no los habéis capturado?

—Ya te habrán dicho que no.

—Tampoco nosotros.

—¡Vaya! Entonces no tenemos nada que echarnos en cara.

—Todos hemos cumplido como buenos.

—A ver cómo os las habéis arreglado para llevar a cabo vuestra misión.

—Nos hemos puesto en acecho como nos habías mandado.

—Me lo figuro; pero ¿en qué forma lo habéis hecho?

—Hemos salido en busca de los vecinos, y nos hemos dirigido al lugar indicado.

—Muy bien, muy bien; ¿y qué más?

—Luego nos hemos vuelto y aquí nos tienes.

—Ya lo veo. ¿No ha ocurrido nada anormal?

—Nada, absolutamente.

—Mejor, pues habríais podido veros en algún lance apurado. ¿Cuántos erais?

—Doce.

—Está bien; doce contra cuatro.

—Íbamos bien armados, y habríamos podido hacerles pedazos.

—Ya he visto que Ostromcha tiene fama de hombres valientes.

—Y sus alrededores también.

—Claro está, como que tú no eres de la misma ciudad. ¿Y no habéis visto ni oído nada?

—Hemos visto el fuego, y nos hemos alegrado mucho.

—¿Por qué?

—Porque hemos supuesto que habíais chamuscado a los ratones dentro de la ratonera.

—No somos tan valientes como todo eso; además los ladrones ya no estaban.

—Luego hemos visto llegar gente con hachas por entre los árboles.

—Era yo con mis amigos.

—Después hemos oído gritos e insultos.

—¿Habéis conocido las voces?

—Perfectamente. La primera era la del Mübarek a la que ha contestado tu hachi desde arriba.

—¿De modo que habéis conocido que era el Mübarek?

—Todos le hemos conocido.

—¿Y no le habéis detenido con sus compañeros?

—No era hacedero.

—¡Cómo que no! ¡Tan valientes como sois!

—No estábamos autorizados para ello.

—¿Qué dices?

—Habríamos contrariado tus mandatos.

—¿En qué? ¿Cómo?

—Nos mandaste cortarles el camino y eso hemos hecho.

—¿Qué más?

—Ellos, como son listos, no han tomado el camino, sino el barbecho entre el río y la carretera.

—¿Y no les habéis cerrado el paso?

—No. ¿Íbamos a abandonar el puesto? Un hombre valiente no cede el sitio cuya guardia se le ha encomendado, y lo defiende hasta la muerte.

Dijo esto en tono arrogante y desafiándome con la mirada, como si esperase una alabanza especial por su tenacidad y constancia. Es probable que la expresión de mi cara no resultara muy inteligente al oírlo porque Halef me dio un codazo y me dijo al oído:

—*Sidi*, cierra la boca, que parece que te vas a tragar a ese valiente.

En efecto, la extraña lógica de sus palabras me había dejado completamente estupefacto. ¿Qué hacer con semejantes brutos? ¿Censurarlos? ¿Para qué? ¿Alabarlos? ¡Aún menos! Mientras me hallaba en esta perplejidad se presentó el fiscal a sacarme del atolladero. A él, a quien por sus funciones de magistrado debía interesar más que a nadie, el informe del valeroso posadero no le dio frío ni calor, y en vez de escucharle clavó sus ojos ansiosos en el hachi.

De pronto se interpuso entre Halef y yo y me dijo en voz baja:

—*Effendi*, ahora es el momento oportuno.

—¿Para qué?

—Para pedirle al hachi lo que me tienes prometido. ¿Acaso te vuelves atrás?

Yo no sabía si reír o incomodarme. Al buen fiscal le interesaba más la invulnerabilidad de Halef que todo el proceso criminal.

—Por la mañana, cuando hayamos descansado; ahora no es conveniente molestarlo —le dije—. Además, tienes otras cosas que hacer de más importancia.

—¿Qué es ello?

—Mira, allí tienes al *kocha hacha*. Debes comprobar lo del caftán.

—¿Tengo que enseñárselo?

—Claro que sí y el dinero también. Esa gente espera que los convenzas de su culpabilidad. Conque, cumple con tu deber, a lo que te veo un poco reacio.

—Descuida, *effendi*, que ya verás con qué severidad y rectitud llevaré este caso.

—Así lo espero.

Las criadas recibieron orden de encender los hachones, con lo que se hizo regular

claridad en el patio.

El juez gritó, adelantándose:

—¡Hijos del Corán, fieles creyentes de nuestra verdadera fe! Aquí me tenéis en representación del Padichá a quien Alá conceda todos los goces del Paraíso. Tengo que anunciaros que ha quedado demostrada la culpabilidad del *kocha bacha*. Hemos hallado el caftán, al cual le falta el pedazo que le arrancó el *effendi* extranjero. Este se halla dispuesto a pagar el caftán al acusado, según manda la ley, porque es rico y ese dinero entra en la caja del juzgado (con lo cual daba a entender que ingresaría en el propio bolsillo del juez), pero así ha demostrado que el *kocha bacha* estuvo en el monte como él había dicho. También hemos hallado el dinero que ha pagado la libertad de los cuatro bandidos, y además hemos averiguado que el *kocha* les ha cedido sus caballos para facilitarles la fuga. Como no queda la menor duda acerca de su complicidad, te preguntaré ahora, noble *effendi*, cuánto piensas dar por el caftán deteriorado.

—¡Alá es grande! —exclamó Halef junto a mí.

Yo estaba tan sorprendido como el hachi, pues en lugar de presenciar el inmediato encarcelamiento del *bacha*, que era la consecuencia lógica del discurso, salía el juez con aquella exigencia de que indemnizara el mísero ropón. Dominando mi disgusto contesté:

—Con júbilo inmenso veo, *Kasa Mufti*, que tu justicia es igual a tu sorprendente perspicacia. Por eso me atrevo a preguntarte: ¿quién ha sido el que ha desgarrado el caftán?

—Tú, *effendi*.

—Te equivocas.

—¡Señor, me asombras! Está probado y sabido por todos.

—Ruego a tu suma bondad que me atienda un momento.

—Habla.

—¿Es lícito detener a un hombre en el camino del crimen?

—Tal es el deber de todo fiel creyente.

—¿Entonces no merezco castigo por haber sujetado al *bacha*?

—Al contrario.

—Pues eso es lo que he hecho.

—Pero de paso le has rasgado el caftán.

—No es cierto; yo le he invitado a detenerse sujetándole por la ropa; ¿se habría rasgado ésta si el *kocha* me hubiese obedecido?

—¡Claro que no!

—¿Ha parado como yo le mandaba?

—No.

—¿Quién, pues, ha rasgado la ropa?

El fiscal tardó un rato en contestar:

—¡Oh, Alá! Difícil es la respuesta. Necesito pensarlo mucho...

—No tengo tiempo ni ganas de esperar más: concedo que se rasgó el caftán y...

—¡Ah, lo concedes! —me interrumpió muy gozoso—. Con eso basta; lo pagas y en paz.

—Poco a poco; la cuestión es ésta: ¿ha sido arrancado el pedazo del caftán o el caftán del pedazo? Yo me estaba quieto y sujetaba la ropa, y el kocha es el que ha echado a correr y ha tirado del caftán.

El fiscal se quedó cabizbajo un buen rato y acabó por exclamar:

—Escuchad, ciudadanos de Ostromcha, y veréis la justicia y rectitud de vuestros magistrados. Yo declaro en nombre de la ley contenida en el Corán que el caftán se arrancó del pedazo. ¿Opináis lo mismo?

Todos asintieron por unanimidad.

—Ahora, *effendi*, sólo te ruego que me contestes a unas preguntas. Yo creía que debías ser tú el que lo pagara, porque te suponía el autor del deterioro. ¿No crees justo que pague el que lo ha rasgado?

—Ciertamente —le contesté, alegrándome en mi fuero interno del inaudito giro que tomaba el asunto, pues sospeché sus intenciones.

—¿Quién ha rasgado el caftán?

—El *kocha bacha*.

—¿Quién debe pagarlo?

—El mismo.

—¿Dónde ha de ir a parar ese dinero?

—A la caja del juzgado.

—¿Cuánto ha de pagar?

—El valor del caftán antes de su deterioro.

—Perfectamente. Pues tú mismo has de tasarlo. ¿En cuánto lo aprecias?

—Era una prenda ya vieja y sebosa. Yo no daría por ella más de quince piastras.

—*Effendi*, eso es muy poco.

—No valía más en buena venta.

—¿Qué son quince piastras para la caja del Padichá?

—El Padichá se conforma con ingresos aun menores.

—Tienes razón; ¿pero es digno de un kocha bacha llevar un caftán tan mugriento?

—No.

—Eso mismo digo yo también. La dignidad del cargo que ejercía exigía que se arrojara con un caftán nuevo y limpio. ¿Cuánto vale un caftán nuevo, pregunto yo?

—He visto en los bazares de Estambul caftanes de trescientas a quinientas piastras.

—Y no son de los más caros. Un caftán de trescientas piastras está bien para un pobre *Bach Kiatib*; pero un kocha bacha no debe llevarlo de menos de quinientas piastras.

—Estamos conformes.

—Ahora bien, ¿debo tasar y castigar al *kocha bacha* según su categoría o según la

de un *Bach Kiatib*?

—Según su categoría y profesión.

—Siendo así, le amonesto severamente por haber menospreciado sus funciones vistiéndose con un ropón seboso, y le condeno a pagar uno, adecuado a su cargo, de quinientas piastras. Si no tiene el dinero a mano, mandaré que le embarguen bienes por esa cantidad. Así lo ordeno y mando, basado en la ley del Corán Santo, que es norma y regla de todo buen creyente. Y ahora maniatad al kocha y a sus criados, y encerradlos a todos en el calabozo.

CAPÍTULO 6

Plan de campaña

El kocha se irguió chillando. Yo, que estaba ya harto de sesión, hice una seña a mi gente y salí, seguido de los valerosos posaderos. En el portalón me esperaba Nebaya, que se me acercó diciendo:

—Señor, te esperaba con ansia; tenía miedo.

—¿Por mí?

—No; a ti ya sé que no puede pasarte nada malo; temía por mí misma.

—¿Por qué?

—Temo la venganza de los jueces. ¿Les has revelado lo que te dije?

—Ni una palabra.

—¡Gracias, señor! Entonces, ¿puedo estar tranquila?

—En absoluto; ya cuidaré yo de que se acaben todas tus penas. En cuanto amanezca iré a tu casa.

—*Effendi*, serás bien recibido porque tu llegada ha sido para mí como si naciera el sol. Alá te conceda un buen sueño y toda clase de felicidades.

La mujer se alejaba cuando recordé lo que se me había ocurrido en la montaña y la llamé para decirle:

—¿Conoces la planta que llaman *hadad*^[4]?

—Muy bien, señor; es espinosa y tiene bayas amargas, de la forma de la pimienta.

—¿Crece por aquí?

—Aquí mismo no, pero en los alrededores de Bania se da en abundancia.

—Lo siento, pues necesito hojas de *hadad*.

—Las tendrás.

—¿Dónde las encontraré?

—A la botica he llevado yo muchas.

—¿Para qué enfermedades las emplea el boticario?

—Como emplastos contra los tumores. La infusión cura enfermedades del oído y la caries de los dientes.

—Gracias, compraré esas hojas.

—¿Quieres que yo te las lleve?

—No, iré yo por ellas.

La planta surte unos efectos raros que yo quería comprobar en mí mismo; pero no tenía la certeza absoluta de poder confiar en ellos.

Durante el regreso los posaderos no paraban de echar broncas sobre lo que habrían hecho en caso de haberse presentado los cuatro bandidos. Yo no hice caso de su disparatada charla.

Una vez en la posada subí con Halef al dormitorio, pero nos costó mucho conciliar el sueño. El día había sido tan movido que el espíritu, excitado por tan diversos episodios, se resistía a entregarse al descanso.

—*Sidi* —me dijo por último Halef—, ¿cuánto tiempo vamos a seguir aquí?

—No tengo ganas malditas de pasar más de lo absolutamente imprescindible.

—Yo tampoco, *sidi*. Esta gente me da asco y estoy deseando perderla de vista. ¿Quieres que nos vayamos mañana mismo?

—Dirás hoy, pues ya está amaneciendo. Ea; vamos a echar un sueño; hablaré con Nebaya y saldremos andando.

—Con tal que no nos obliguen a quedarnos...

—A mí no hay quien me retenga.

—¿No he hecho bien en darle a probar al kocha mi exquisita piel de hipopótamo?

—¡Hum!

—¿Preferías tragarte sus insultos sin rechistar?

—Eso nunca, y por ese lado me alegro de que haya trabado conocimiento con tu látigo, pues bien merecido se lo tenía.

—¡Y el otro también!

—¿A quién te refieres?

—A ese *Kasa Mufti*, que es tan granuja como el otro. ¡Cuánto me alegraría si me permitieras darle una solfa como a su antecesor!

—Querido Halef, ese látigo se está convirtiendo para ti en verdadera monomanía, y no consideras los peligros que puede acarrear.

—Señor, ¿somos tú y yo de los que se arredran por riesgo más o menos?

—Es verdad; pero porque hasta ahora siempre hemos salido con bien.

—Y seguiremos lo mismo.

—¿Aun cuando estemos separados? Hasta ahora he logrado sacarte de los atolladeros en que te ha metido tu látigo; pero ¿quién sabe lo que ocurrirá más adelante?

—*Sidi*, no quiero pensar en ello. Cuando tú me faltes, ya pueden venir a azotarme todos, que no he de exhalar una queja.

—Pues has de ir acostumbrándote a la idea. Tu tierra te reclama, y a mí me llama la mía; y ambas están tan alejadas una de otra, que la separación es forzosa.

—¿Para siempre?

—Es lo más probable.

—¿Y no volverás nunca a la Arabia?

—¿Qué es la voluntad del hombre? Un breve soplo al lado de la divina.

—Pues yo rogaré y suplicaré a Alá que te obligue a volver. ¿Qué te espera en tu tierra? Nada absolutamente; ni tienes desierto, ni camellos, ni siquiera dátiles y miseras coluquintidas, de las que desdeñan hasta los chacales.

—Pero tengo algo que vale más que todo eso... padres y hermanos.

—¡Ah! Yo también tengo a mi Hanneh, la joya de casadas y doncellas. Pero

¿dónde vas a encontrar allí una Hanneh parecida? ¿Qué doncella te darán en tu tierra, donde ya nadie te conoce? Los Beni Arab en cambio te darán a escoger entre las más bellas, y para ti será la más hermosa, después de mi Hanneh, se entiende. Tu patria será muy bonita, pero no es el desierto. Piensa que te está prohibido castigar con el látigo al que te ofenda, pues se va derecho al *kadí*, que te encierra y te hace pagar cincuenta piastras de multa. Yo en mi tribu azotaría encima al *kadí* si fuera preciso. Luego acuérdate de las cosas que te darán de comer. Sólo de pensarlo me estremezco. ¡Oh, Alá!

—¡Qué sabes tú!

—¡Ya lo creo! ¡En parte por lo que tú me has contado y en parte por lo que he averiguado en Estambul respecto de las cosas de tu tierra! Allí coméis patatas acompañadas de un pececillo que sólo debieran devorar los que han bebido demasiado raki. Además coméis raíces rojas^[5] y hongos cuyo veneno os corroe las entrañas; ostras, que se parecen a los caracoles. ¿Y qué ser humano come caracoles? También me dijeron que os gustan los cangrejos, que viven de sapos muertos. ¡Qué vida más horrible te espera, *effendi*! Cuando viajáis, por lo que llamáis ferrocarriles, vais metidos en unas jaulas, en las que no podrás estar de pie, y cuando alguno te mire tendrás que arrancarte el sombrero de la cabeza, injuriando tu cabellera. Cuando un europeo necesita vivir en casa de otro, tiene que pagarle un elevado alquiler y al que siguiendo el mandato de Alá trabaja mucho para mantener a su familia le imponen una contribución industrial. Cuando hace frío os obligan a amordazar a vuestros perros, y si hace calor tenéis que llevarlos además con cadena. ¡Como si eso preservara a los animales de asarse en verano o de helarse en invierno! Si a una de vuestras mujeres se le cae el pañuelo, tenéis los hombres que precipitaros a recogerlo; y si a un varón se le ocurre fumar una pipa, ha de pedir antes permiso a las mujeres. Vuestras mujeres llevan ropas demasiado largas por abajo y demasiado cortas por arriba, y vuestros mancebos se ponen anillos en los dedos como las mujeres, y se hacen una raya por el pelo como si tuvieran un corte en el cráneo. Cuando los europeos quieren saber la hora que es, se quedan mirando a los campanarios, y si los sacerdotes les dicen que cumplan con los mandatos de Alá los llamáis clerigalla. A los niños los mecéis en la cuna hasta que los entontecen mientras la madre les canta la nana y vuestras doncellas se suicidan lentamente y muy gustosas dándose el tormento del corsé. Los jóvenes en cambio se ponen un cristal en las narices, y vuestros hombres en lugar del Corán estudian los naipes de día y de noche. El que tiene ganas de pasar un día alegre lleva las ropas y colchones a la casa de préstamos y luego se va a dar brincos como un poseído al salón de baile. Después de todo eso, ¿quién se atreverá a llamar hermoso a semejante país? Dime si es posible que tengas realmente ganas de volver allá; sé franco, *sidi*, y háblame con el corazón en la mano.

El pequeño hachi tenía formado un concepto muy malo de la vida en Occidente. Pero ¿qué iba yo a contestarle? Aunque exagerara algo y hubiera interpretado mal otro poco, en gran parte no decía más que la verdad.

—Vaya, ¿qué me respondes? —insistió al ver que yo callaba.

—En todo lo que has dicho, hay gran parte de error. Además podrá decirse lo mismo de todos los países de Occidente; pero de mi patria menos que de ninguno. La civilización trae consigo muchas cosas que no merecen alabanza y que...

—Pues yo no quiero nada con una civilización que no produce el bien. Mi civilización consiste en obedecer a Alá, en quererte a ti, porque eres mi amigo y señor, y en zurrar a todo pillete que me salga al paso. En cuanto llegue a la frontera de la región en que reinan la cultura y el aguardiente, doy media vuelta.

—¿De modo que no me seguirías adonde yo fuera?

—¿A ti? ¡Ejem! Si pudieras llevarme a mí y a mi Hanneh para no separarnos, acaso me decidiera y no pensaría en lo demás. ¿Cuánto tiempo tenemos que andar aún para llegar a esa tierra?

—Sin hacer parada ni tomar descanso llegaríamos al mar dentro de una semana.

—¿Y luego?

—Luego tendríamos que separarnos.

—*Sidi*, ¿tan pronto?

—Desgraciadamente, tú tomarías allí el barco que te llevara a Estambul y Egipto, y de allí volverías a la tribu de Hanneh, mientras que yo me dirigiría al Norte, a esa tierra cuyas condiciones te son tan antipáticas, pero que llegarías a querer si la conocieras.

—No creí que fuera tan pronta tu marcha; pero me queda un consuelo.

—¿Cuál?

—Que aquí no podremos avanzar mucho, pues los cuatro mozos que llevamos delante aun nos han de dar mucho que hacer.

—Eso mismo creo yo, sobre todo si se les agregan esos temibles Alachy.

—¿Los píos? ¿Has oído algo nuevo sobre esos granujas?

Le referí todos los detalles que me había dado el famoso representante de la ley, y añadí que había hecho creer a éste que Halef era invulnerable a las balas y a las cuchilladas.

—*Sidi* —contestó el hachi—, esa fama puede resultarme harto peligrosa.

—No tengas cuidado.

—Vaya, mira que si el hombre, por convencerse, me mete una bala dentro del cuerpo, ¡estoy aviado!

—Se guardará muy bien, porque le he dado miedo con tus arranques y tus cuchilladas.

—Has hecho perfectamente. Gracias que estaremos ya poco en este pueblo, pero aun así me andaré con tiento; en medio de todo me haría mucha gracia engañarle.

—Eso mismo he pensado yo, por la ventaja que nos reportaría.

—¿De veras?

—Sería magnífico. Nuestros enemigos deben de tener quien nos espíe y les produciría gran efecto el creer a alguno de nosotros inmune a los golpes que piensan

asestarnos.

—¿No hay medio de conseguirlo, *effendi*? —replicó Halef incorporándose en el lecho como electrizado.

—¡Hum! ¡Quién sabe!

—¡No digas quién sabe, que yo te conozco. Cuando hablas así es porque ya tienes decidido algo! ¿No habría algún juego de manos que pudiéramos hacerles?

—No uno, sino muchos. Podríamos cargar el rifle con un cartucho especial, pero eso no sirve, pues infundiría sospechas.

—¿Y qué más?

—Al ir a cargar el rifle se enseña la bala y luego se la hace desaparecer en la bocamanga. Pero puede ocurrir que caiga la bala al suelo y quede descubierta la superchería.

—Más vale no exponerse. No, no; no conviene que cargue el arma el que haga de blanco, sino el incrédulo; así tanto él como los espectadores quedarán convencidos de que se tira con bala; y bala ha de haber en el cañón para que resulte el experimento. ¿No opinas igual?

—En efecto.

—Será cuestión de ponerse una coraza y aguantar el golpe.

—Se descubriría por el sonido al chocar los dos metales. Además puede darse el caso de que la coraza esté mal hecha y entonces...

—¡Oh, Alá! ¡Entonces habría acabado para siempre tu buen Halef, pobrecito!

—Claro está; y hay que evitar eso por todos los medios.

—No obstante tus negativas estoy seguro de que tienes algún plan; te lo conozco en la cara.

—Sí que lo tengo, pero no sé si podré realizarlo, por falta de ingredientes.

—¿Cuáles son?

—Dos metales que mezclados en proporción adecuada dan una bala dura y fuerte, de aspecto idéntico a una de plomo y casi de igual peso. Al disparar se deshace en átomos a dos pies próximamente de la boca del cañón.

—¿Qué metales son esos? —me preguntó.

—Mercurio y bismuto; este último no lo conoces tú; es muy caro y será difícil encontrarlo aquí.

—¿Dónde se podrían comprar?

—En la farmacia; en cuanto sea de día voy por él.

—¿Estás absolutamente seguro de que la bala se desmenuza? De lo contrario, ¡pobre Halef!

—Descuida, que haremos un ensayo antes. Yo leí el experimento en un libro de hechizos, y lo probé en seguida con excelente éxito.

—¿No nos delatarán las partículas de la bala?

—No, porque el metal se deshace en fracciones atómicas casi invisibles. El efecto sería aún más sorprendente si ocultases una bala de plomo en la mano, y al disparar

hicieras como que cogías al vuelo la del tiro, y la enseñarás o tirarás al suelo a la vista del público.

—Así lo haré, *sidi*.

—Eso si logro encontrar bismuto, pues si no hay que renunciar al experimento.

—¿Crees tú que se enterarán los eskipetaros de que no puede herirme ninguna bala?

—Estoy convencido de que tendrán aquí alguno que nos cele, y que les lleve noticias de nuestro paradero.

—Entonces convendría hacerles creer que tú también eres invulnerable.

—Sería magnífico.

—Haz tú de blanco también.

—No hay inconveniente, siempre que consigamos las municiones necesarias para dos. Sobre todo hay que usar de mucha astucia con gente tan feroz y sanguinaria. También pienso darles un buen chasco respecto de mi persona.

—¿Vas a disfrazarte?

—En parte; mañana me presentaré con el pelo y la barba rubios como panochas...

—¿Cómo te las vas a arreglar, *sidi*?

—Hay una planta cuyas hojas, hervidas en lejía de jabón, dan a los cabellos negros durante una temporada un color rubio muy claro, y esas hojas se encontrarán en la farmacia.

—¿Será la planta de que hablabais ayer Nebaya y tú, *sidi*?

—Justamente; de modo que voy a engañar a esos individuos, que cuentan con un pelinegro y que no me conocerán convertido en albino. Además, me adelantaré yo solo a reconocer el terreno.

—De todos modos te conocerán por el caballo, pues ya saben que montas un árabe de pura sangre, de pelo negro y ollares rojos.

—Pues no lo montaré.

—¿Cuál montarás, entonces?

—El tuyo, y tú, en cambio, tomarás a Rih.

Apenas hube dicho esto sonó un estrépito en la cama de Halef, a quien pronto encontré sentado al borde de la mía.

—¿Qué haces, criatura? —exclamé, asombrado.

—He dado un salto mortal desde mi lecho al tuyo —replicó el hachi jadeando—. ¿Hablas en serio al decirme que monte a Rih?

—Con toda formalidad.

—¡Oh, *Allah n' Allah, l' Allah!* ¡Yo encima de Rih! ¡Qué suerte, qué encanto! Hace tantas lunas que viajo contigo, y sólo he tenido la dicha de montarlo dos veces. ¿Sabes cuándo?

—Claro, esas son cosas que no se olvidan.

—Mañana será la tercera. ¿Entonces me confías gustoso esa joya?

—Gustosísimo; eres tú el único que sabe tratar al potro como se merece.

Si llega a saber entonces que yo tenía proyectado regalarle el hermoso animal el día de nuestra separación, habría desvencijado la cama a fuerza de saltos, exponiéndose a atravesar el ligero tabique de cañizo que separaba nuestra habitación de la contigua.

—¡Tienes razón, muchísima razón, excelente, bondadoso *effendi*! He aprendido de ti el manejo del caballo, y a la letra imito tus enseñanzas. Rih tiene más talento, más inteligencia que muchos hombres; entiende las palabras, los sonidos y hasta las señas mejor que nadie, además de ser más agradecido que los racionales por el bien que se le hace. Le trataré como a un amigo, como a un hermano querido...

—Bien lo sé.

—Descuida. ¿Cuánto tiempo me dejarás montar? ¿Más de una hora?

—Más, muchísimo más; acaso todo un día; y hasta puede que se extienda a varios.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡*Effendi*, amigo y dueño de mi alma! Mi corazón rebosa de gozo hasta el punto que parece que me estalla el pecho... Soy un pobre, un mísero, un humilde Beni Arab, y tú en cambio eres el más digno entre los dignos; pero no obstante has de permitir que mis labios besen tu rostro. ¡Si no te beso estallaré de alegría!

—Vaya, Halef, no estalles por tan poca cosa, pues que tampoco estallaste cuando te tragaste cuchillos, polvo, bayonetas y fósforos.

—Es verdad, pero hubo un pequeño estallido interno —me contestó riéndose a carcajadas. Luego sentí que su barba, y seis pelos a la derecha y siete a la izquierda pasaban ligeramente sobre las guías de mi bigote. El profundo respeto que me tenía no le permitió llegar a besarme de veras. Entonces estreché al leal y honrado amigo fuertemente entre mis brazos y le apliqué sobre la mejilla un ruidoso ósculo, que en lugar de hacerle estallar en manifestaciones de alegría le dejó callado y confuso ante mí, hasta que le pregunté:

—¿Qué hay, Halef? ¿Se te ha cortado el habla?

—¡Oh, *sidi*! —replicó el bueno del hachi—. ¿Tú sabes lo que has hecho? ¡Me has dado un beso, todo un beso!

Luego dio unos pasos hacia adelante y vi que estaba revolviendo entre sus cosas.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté.

—Nada, nada; mañana lo sabrás.

Pasó un buen rato hasta que volví a verle sentado en su cama: desde ella me preguntó:

—¿De modo que todo un día o más iré a lomos de Rih? ¿Por qué tanto? ¿Piensas alejarte de nosotros?

—No puedo decirlo porque yo mismo no sé aún lo que voy a hacer. Trataré de variar mi aspecto exterior todo lo posible para...

—A pesar de eso te conocerán.

—Lo dudo, puesto que los Alachy sólo me conocen de oídas, y yo haré que mi

persona no concuerde con la descripción que les hayan hecho de mí.

—Entonces acaso logres chasquearlos. A ver si no penetran en Ostromcha para enterarse.

—No es probable.

—¿Por qué no? ¿Crees que no se creen seguros en el pueblo?

—Nada de eso; por lo que dicen de ellos son capaces de atemorizar a toda la población; pero no les conviene que los veamos, pues cuentan con asaltarnos por el camino. Incluso pienso dejaros las armas que llevo, para que no me delaten. Saldré solo, a caballo, fingiendo ser un pobre viandante del país. Sólo así lograré fácilmente echarles la vista encima.

—¿Aunque estén escondidos?

—Aun así, en cuanto me acerque a un lugar a propósito para una sorpresa, iré buscando sus huellas y las encontraré indudablemente. Lo que ocurra después... ¡eso Dios lo sabe!

—Pero nosotros también necesitamos saberlo.

—Naturalmente. Vosotros saldréis de aquí tranquilamente carretera arriba hacia Radovich. Al cabo de dos horas pasaréis el río, y tres horas después habréis llegado. Si en el trayecto no os ha ocurrido nada, ni observáis nada anormal, os alojaréis en la primera posada que encontréis, a mano derecha. Pueden darse tres casos: primero que esté yo allí...

—¡Ojalá! ¡Así sea, *sidi*!

—O que ya me haya vuelto a marchar.

—En tal caso nos dejarías recado.

—O que no haya llegado todavía; entonces me esperaréis.

—¿Y si no llegas?

—Llegaré sin falta.

—Eres hombre y no infalible. Puede ocurrirte algo, puedes necesitar nuestro auxilio.

—En ese caso te volverás tú solo, al día siguiente; pero no salgas antes del mediodía ni montado en el potro, que dejarás en el jan, custodiado por Omar y Osco. No quiero exponer a mi Rih a ningún peligro. A la vuelta fíjate bien y hallarás señales mías, sobre las que quiero hablar contigo antes de ponerme en camino. Por ahora no hay más que decir, y conviene suspender la conversación. Necesitamos descanso y hay que tratar de echar un sueño.

—Estoy tan desvelado que no podré pegar los ojos; la bala de mercurio y Rih me quitan el sueño. Duerme tú, *sidi*, si puedes.

—Buenas noches.

No me costaba trabajo creer en el insomnio de mi buen compañero, cuya excitación era realmente muy grande. Había tres seres entre quienes repartía el afecto de su noble corazón. Yo iba a la cabeza; luego venía Hanneh, “el ornato de las casadas y doncellas”, y por último Rih, el precioso potro de piel negra y lustrosa

como la seda. El ir a montar el noble bruto era para Halef un acontecimiento memorable y extraordinario, que le volvía loco de alegría y orgullo. Yo estaba seguro de que no se dormiría.

Y así ocurrió en efecto.

CAPÍTULO 7

La farmacia modelo

Al despertar y abrir el postigo, vino el sol a buscarme a la cama. El reloj me confirmó que había dormido tres horas y media. Halef ya estaba fuera y me lo encontré en la cuadra, limpiando a Rih con tal afán que ni se enteró de mi presencia. Al verme por fin dijo:

—¿Ya estás en pie? Todos duermen aún, pero me alegro de que estés ya listo, pues tienes muchas cosas precisas que hacer.

—¿De veras? ¿Qué es ello? —pregunté, echándomelas de olvidadizo.

—Primeramente tienes que ir a la botica.

—Eso no corre prisa.

—Al contrario, *sidi*; se necesita mucho tiempo para hacer esas balas.

—¿Tú qué sabes?

—No soy tan bobo para no figurármelo, *sidi*.

—Puede que tengas razón; además, hay que hervir esas hojas; pero no sé dónde está la botica; y a estas horas puede que no encuentre nadie que me lo indique.

—¿Tan hábil buscador de huellas no va saber dar con una farmacia?

—Lo intentaré.

Abrí el portalón y salí afuera, suponiendo que la botica no estaría en ninguna calleja, sino en el centro del pueblo, y aun en la misma plaza. Recorriendo casa por casa me encontré con una barraca vieja y ruinosa, en cuya puerta, una muestra blanca, sujeta por dos clavos roñosos, decía en caracteres verdes:

“*Hachi Omrak Doktor hakemi ve bazar bahari*”, lo cual quiere decir: “El peregrino de la Meca Omrak, doctor en medicina y vendedor de remedios farmacéuticos”. Este hachi era médico y tenía el título de doctor, o se lo apropiaba tranquilamente.

La puerta estaba cerrada, pero un vigoroso empujón mío habría bastado para abrirla. No se veía campanilla ni llamador; sólo en dos extremos de la cuerda había sendos pedazos de madera al alcance de personas mayores. Suponiendo que el aparato hacía de campanilla, agarré el pedazo de madera y golpeé con él el otro, lo que produjo un estrépito capaz de despertar a un difunto.

Tuve que pasar buen rato repitiendo el ruido antes que acudiera nadie. De pronto se abrió un postigo, sólo en parte, pues las tablas se iban cada una por su lado, y apareció una calva tremenda, una frente arrugada como una pasa, dos ojillos adormilados, una nariz parecida al canuto de esas colosales cafeteras oscuras y brillantes de barro cocido que se estilan en los pueblos, una boca inmensa sin labios y una barbilla picuda, más estrecha que la nariz. El dueño de todo aquello gruñó desde

lo alto:

—¿Quién llama?

—Un paciente —le contesté.

—¿Qué mal tiene?

—Fracturado el estómago —repliqué por decir algo.

—Voy en seguida —contestó el señor “doctor”, con voz que denotaba que era la primera vez que se le presentaba caso tan extraordinario. La cabeza desapareció como por ensalmo y al tener yo la osadía de levantar la mía para mirarle, sufrí tal lluvia de tablas del postigo, que si no me retiro con prontitud, me descalabran.

Poco después sonó un estrépito en la puerta como si se acercara un terremoto. Ladraron perros, maullaron gatos, se volcaron unas ollas, todo ello acompañado de una voz chillona de mujer. Contra la puerta voló como un ariete algo que debía de ser la misma persona del farmacéutico, pues se abrió de par en par, y el sabio me invitó a que entrase con gran lujo de reverencias y zalemas.

Mas ¡qué facha tenía el buen hombre! Aquel “doctor y boticario”, todo en una pieza, habría hecho gran papel en un sembrado, pues no habría jilguero, alondra, petirrojo ni gorrión que volviera a acercarse después de echarle la vista encima.

Su rostro, visto de cerca, aun resultaba más prehistórico; tan cruzado y labrado estaba por las arrugas que no quedaba en todo él un sitio liso y llano. La bata era un ropaje en forma de camisa que le llegaba hasta los tobillos, pero que, a pesar de esto, no le cubría, pues tenía innumerables boquetes y agujeros. Llevaba un pie metido en una chancleta roja y el otro en una bota de fieltro negro, pero tan agujereada y rota que los dedos asomaban por la punta con entera libertad. Habíase cubierto la calva marfileña con una cofia femenina, pero con la prisa se la había colocado al revés, exceso de celo, digno de alabanza, que se debía a aquel fenómeno anatómico que se le presentaba.

—Acércate, señor —observó el sabio—; penetra sin cuidado en la fábrica sanitaria de tu humilde siervo.

E inclinándose profundamente fue retrocediendo de espaldas, hasta que le detuvo un chillido agudo y penetrante que le decía:

—Animal, me has pisado los callos.

El infeliz, aterrado, dio un salto de carnero, dejando a la vista a la deliciosa autora de tan suave reconvención.

La tal autora consistía en una carátula, una alfombra apolillada, y dos pies negros de porquería, pero que aun así resultaban más atractivos que el rostro. El dueño y señor de la “tienda de específicos” era un Apolo en comparación con su cara mitad. Pero mejor será que me abstenga de describir aquel dechado de fealdad femenina.

La boticaria se acercó y me hizo una reverencia tan profunda como su marido, diciendo:

—Bien venido, gran señor. Nos deleitamos con la aurora de tu rostro. ¿Qué deseas? El torrente de nuestra complacencia se derramará sobre tu persona.

—Tú serás la ninfa encantadora de tan deliciosa cascada —contesté galantemente con otra reverencia.

Entonces la bella boticaria volviéndose a su marido, levantó el índice y dijo:

—¿Ves? Me llama ninfa encantadora. Tiene mejor gusto que tú.

Y mirándome graciosamente observó en tono mimoso y dulce:

—De tus labios brota la elocuencia, y tus ojos penetrantes descubren las buenas cualidades ajenas. Sólo de ti puede esperarse tanto bueno...

—Pues, qué, ¿me conoces?

—Admirablemente. Conversaste en la fuente con mi amiga íntima Nohuda, y también con Nebaya, la que nos vende las plantas medicinales. Ambas me han hablado mucho de ti. Además, te vi en casa del *bacha*. Todo el pueblo se hace lenguas de tu persona; y mi corazón anhelaba derramar el aroma de la admiración que le inspiras. Lloramos lágrimas amargas al pensar que sólo la enfermedad pudo traerte a esta casa, pero hemos estudiado las *iki bin bir Hachar*^[6] y te libraremos de tu padecimiento. No ha salido nadie de aquí sin que se le cure. Así, pues, puedes entregarte en nuestras manos con entera fe y confianza.

Estas palabras eran altamente consoladoras, sobre todo cuando el aspecto de la boticaria indicaba no sólo haber estudiado sino haber ensayado las mil y una medicinas, y estar laborando bajo sus efectos. A aquel sabio matrimonio habría deseado yo entregarme en caso de enfermedad, y así le dije:

—Perdona, *günech ech chifa*^[7] que no te moleste; yo también soy *hekim bacha*^[8] en mi tierra, y conozco mi temperamento, que necesita de remedios muy distintos de los que curan a la gente de aquí. Sólo he venido a comprar los ingredientes que necesito para mi enfermedad.

—Lo siento, lo siento muchísimo —contestó la boticaria—. Habríamos examinado la ruptura de tu estómago, calculándola y midiéndola exactamente. Fabricamos un *midemelhemi*^[9] que extendido sobre un ángulo del turbante y colocado sobre la boca del estómago, te lo habría cicatrizado en pocas horas.

—Acaso vuestro emplasto sea igual al mío, puesto que cura con idéntica rapidez; pero permitid que me lo prepare yo mismo.

—Tu voluntad es la nuestra. Entra en la cámara de las pomadas prodigiosas y escoge lo que necesites.

Y abriendo una puerta lateral me invitó a pasar. Yo seguí a aquella ninfa Egeria, y tras mí vino el afortunado dueño de la botica y de la boticaria.

Lo que vi entonces me produjo esa extraña sensación de ánimo que se denomina “horror”. La habitación merecía más bien el nombre de pocilga que de laboratorio. Con la cabeza llegaba yo al techo; el suelo era la propia madre tierra, y las paredes estaban formadas por tablones sin desbastar. De clavos enmohecidos pendía una serie de saquitos de hilo, y de un gancho central una enorme jeringa. Sobre una tabla que hacía de mesa, había toda clase de tijeras de extraña figura, ventosas, bacías, llaves y tenazas. En el suelo yacía un revoltijo de cacharros sanos y desportillados y en todo

el ámbito reinaba un olor nauseabundo e indescriptible.

—¡Pasa! —exclamó la ninfa—. Este es nuestro depósito; sólo falta que digas los ingredientes que necesitas para tu emplasto.

El farmacéutico se acercó a mí, mirándome fijamente y deseoso de enterarse de la receta.

—¿Hay “*sadar*” en alguno de esos saquitos? —le pregunté.

—Aquí estará —contestó la bella volviéndose hacia la pared.

—¿*Sadar*? —repitió él—. *Um lotos komar*, la ciencia lo llama *lotos*.

El gran médico y doctor quería así demostrar que conocía las denominaciones latinas de la planta, mas como éstas eran ya anticuadas y fuera de uso respondí:

—*Tanam ilm celtis australis komar*; la verdadera ciencia lo llama *Celtis australis*.

El viejo abrió la boca como un buzón y se quedó mirándome lleno de estupor; luego preguntó:

—¿Por ventura existen dos ciencias distintas?

—Hay un centenar o más.

—¡Alá! ¡Yo que sólo conozco una! ¿Cuánto *sadar* quieres, señor?

—Un puñado.

—Bien, te llenaré este cucurucho. ¿Qué más necesitas?

En el suelo había un papel y apostaría quinientas piastras que había sido recogido del arroyo; la boticaria lo enrolló y pasó la lengua por el borde para pegarlo, echando en la bolsa un puñado de *Celtis australis*. Como su empleo iba a ser solamente externo no protesté contra tanta familiaridad de la buena mujer.

—¿Tienes álcali? —le pregunté.

La boticaria me miró asombrada, aunque el vocablo era conocido en árabe, mientras que su esposo sonreía placenteramente y preguntaba:

—¿De cuál quieres?

—Me es indiferente.

—Señor, sabemos que tu tierra está en Occidente, de donde procede el buen álcali que tengo y que te daré si lo deseas.

—¿Cómo se llama?

—*Chavel suyu*.

—Enséñamelo.

El viejo sacó un frasquito con un rótulo: *Eau de Javelle, fabrique de Charles Gautier, París*.

—¿Quién te ha procurado esto?

—Compré varios frascos a un viajante que pasó por aquí y que venía de la capital de Francia, que se llama Praga.

—Te equivocas. Praga es la capital de Bohemia; la de Francia es París.

—¡*Effendi*, eres un pozo de ciencia!

Su esposa le cortó el resuello, diciendo:

—¡*Sus!*, ¡silencio! Hace tiempo que yo sé eso. ¡Tú eres tonto de capirote y no

médico ni farmacéutico! Señor, ¿qué más necesitas?

—¿Tienes mercurio?

—¡Ya lo creo! Lo usamos para hacer termómetros y barómetros.

—¡Ah! ¿De modo que fabricáis esos instrumentos?

—¿No nos crees capacidad suficiente para ello?

—Y para mucho más. El que ha estudiado tantas medicinas, lo sabe y puede todo.

—¿Verdad que sí? Bien se ve que eres hombre muy ilustrado y muy listo, como dice la gente. Acabamos de recibir un envío de mercurio de Salónica; pero cuando nos falta echamos en los tubos leche de cabra, que indica el tiempo tan bien como el mercurio.

—¿Es posible?

—¿Pues qué, lo ignorabas?

—En absoluto.

—Eso te demostrará que somos más inteligentes aquí que en Occidente. Las cabras conocen muy bien el cambio de tiempo, y cuando amenaza lluvia se van derechas al establo; de modo que su leche puede sustituir ventajosamente al mercurio.

—Eres una mujer de gran talento, como me lo has parecido en cuanto te he echado la vista encima.

—Gracias; ¿cuánto mercurio quieres?

—Unos quinientos gramos, ¿los tienes?

—Y aun más, si quieres.

—Espera un momento, que antes necesito saber si tenéis otro ingrediente que me hace falta.

—A ver ¿cuál es?

—*Kül kurchuni*^[10].

—De eso no tenemos, pero *Kül kalayi*^[11] sí, porque lo necesitamos para hacer un blanquete muy hermoso.

—También me sirve; si te queda un *vikiey* dámelo, y además dos *vikieys* de mercurio.

—¿Te lo echo todo en el cucurucho?

—¡Dios te libre! ¡Se nos marcharía el mercurio!

—En efecto; pero lo mismo ocurre con el amor de los hombres, que también se va cuando... cuando...

—¿Cuando se echa en un cucurucho? —pregunté yo.

—Sí, pero el cucurucho es el corazón, que no sabe retener el amor. ¡Oh, el amor, el amor! ¡A cuántas mujeres no ha hecho desgraciadas!

Y lanzando una mirada furiosa a su marido le arrancó la cofia de la cabeza, y se la colocó ella gruñendo:

—¡Miserable! ¿Cómo te atreves a profanar mi *zinet müenneslükün*^[12]? ¿Quieres inferir aún más agravio al alma de tu esposa?

El viejo se llevó las manos a la calva al responder:

—Mujer, has llevado tus manos pecadoras a la alta dignidad masculina. ¿No sabes que a un creyente le está prohibido descubrir lo más santo de su cuerpo?

La ingeniosa boticaria supo salir del apuro y contestar:

—¡Toma, cúbrete con esto!

Al decir lo cual agarró una caja de cartón en que guardaba harina y se la volcó a su marido sobre la cabeza, dejándole blanco como un molinero. El farmacéutico no se atrevió a protestar y siguió con su gorro de cartón, contento como buen islamita de tener oculto, como manda la ley, aquel “asiento de sabiduría”, sin preocuparse del efecto que en mí producía tan extraño tocado. El boticario se arrodilló en el suelo y comenzó a revolver en la cacharrería desportillada.

—¿Qué estás buscando ahí? —le preguntó con aspereza su cara mitad.

—Un frasco donde echar el mercurio que pide el *effendi*; ya he dado con uno.

Y alargó a su mujer un botellón de cristal en que podía acomodarse toda la provisión de mercurio que hubiera en la tienda, y aun en la provincia. La mujer lo miró al trasluz y dijo:

—Es de barniz.

—¿Qué importa eso?

—Mucho; va a la fuente y límpialo.

El viejo obedeció sin chistar. Al cabo de un rato, durante el cual conversé con aquella ninfa de flores cordiales, volvió el boticario con la botella encendido y sudando, y dijo desesperado:

—No logro dejarla limpia; prueba tú.

—¡Eres muy torpe! ¡Los hombres no servís para nada! —respondió su cara mitad arrancándole el frasco de las manos, y desapareció a su vez. Entretanto, el infeliz consorte me refirió en la mayor confianza unos cuantos episodios de su venturosa existencia conyugal, mas se calló como un muerto al ver volver a su mujer, con la cara como un pimiento morrón, y lamentándose con voz quejumbrosa:

—*Effendi*, este frasco está embrujado, y no consigo quitarle el barniz.

—Ya lo sabía yo.

—¿Cómo? ¿Es posible?

—¡Claro! Porque el barniz sólo se va con trementina, y no admite agua.

—Ya nos lo podías haber dicho antes.

—No quería ofenderos.

—¿Cómo es eso?

—No hay farmacéutico que lo ignore, y hasta lo saben los que no entienden una palabra de química; habría sido, pues, una ofensa suponer que lo ignorabais, porque expresaba la duda de que hubierais estudiado las mil y una medicinas.

—Tienes razón; eres muy cortés y altamente considerado; por consiguiente te daré el barniz de la botella gratis y echaré encima el mercurio. ¿Dónde están las balanzas?

—En el corral; me las llevé para pesar el conejo que maté ayer tarde.

—Ve por ellas.

¡Ay de mí! ¡Bonitas balanzas farmacéuticas serían! Cuando las vi me convencí de que eran de confección casera, pues tenían de madera el eje, el fiel de un trozo de alambre, que se movía entre los dientes de un tenedor, y los platillos unas cajitas de madera con sus tapas. He de confesar, sin embargo, que la extraña balanza se mantenía en regular equilibrio.

Pesamos, pues, los ingredientes, cuyo precio no fue exagerado, y después de proveerme de plomo suficiente, salí de la estrambótica farmacia acompañado de los buenos deseos de sus dueños y me dirigí a casa de Nebaya, que me recibió con grandes demostraciones de júbilo.

CAPÍTULO 8

Invulnerables

La buena viuda me enseñó el rey de los cardos que yo examiné detalladamente y con gran interés, y se empeñó en dármelo; pero yo lo rehusé y lleno de gratitud le hice ver el gran favor que nos había hecho con su oportuno aviso.

El rostro de la mujer se iluminó de gozo.

La infeliz me inspiraba un interés grandísimo, haciendo que cavilara en el modo de mejorar y aliviar en lo futuro su triste suerte.

Aun me quedaba la cantidad que habíamos encontrado encima a los ladrones, y que en realidad yo debía entregar a las autoridades, que por cierto me inspiraban escasa confianza. Dejársela al alcalde de Ostromcha significaba que se la embolsara tranquilamente. ¿Debía enviársela a sus superiores? No tenía tiempo de ir en persona a llevarla y de los mensajeros me fiaba poco, convencido de que cuando volviera la espalda me harían una jugada. Tampoco tenía el propósito de devolvérsela a sus dueños, los cuales habrían adquirido de mala manera aquel dinero, de modo que el mejor empleo que podía dársele era aliviar con él a la gente necesitada, a la que también pertenecía Nebaya.

Claro que no le diría la procedencia, que la habría aterrado, y dándole sólo parte de la cantidad, pues aun hallaría en mi camino muchos menesterosos, y con lo que le diera quedaría remediada la infeliz viuda.

Al hacerle entrega de la cantidad que había calculado, la mujer se quedó petrificada de asombro, sin poder imaginarse que aquella riqueza fuera suya; luego estalló en sollozos, sobre todo al advertirle que ahora podría pagar un médico que curara al hijo enfermo. Hube de huir para sustraerme a sus manifestaciones de gratitud y afecto.

Halef me esperaba lleno de impaciencia en el portalón, y al divisarme exclamó:

—¡Por fin, *sidi*! ¡Tanta prisa por salir de aquí y tú sin aparecer! ¿Qué hay del juego de manos?

—Todo está listo. ¿Se ha levantado el posadero?

—Todo el mundo está en pie.

—Vamos a la cocina, porque necesito del fuego para preparar la bala.

—Quiero presenciar la operación y que me la expliques para hacer uso de ella cuando haga falta.

—No, amigo; esos plagios no resultan. Para hacer estas combinaciones se necesitan conocimientos de que tú careces; y aun teniéndolos se expone uno a matar a un hombre al menor descuido. A nadie revelaré nunca los ingredientes que se necesitan ni la combinación y cantidad de la mezcla; conque es inútil que te molestes

en acompañarme. Busca a Osco y pídele el molde para hacer balas, pues el tuyo tiene el calibre de las armas de esta tierra.

Los preparativos me ocuparon media hora escasa. Herví las hojas de *sadar* en agua de *Javelle* diluida, y pasé la lejía por un paño. El metal dio de sí ocho balas idénticas a las de plomo, y además hice unas cuantas de verdad que señalé ligeramente con la punta del cuchillo. Luego me dirigí con la escopeta de Osco a la parte trasera de la casa, sin consentir que me acompañara nadie. Cargué el rifle con una bala de mercurio y disparé contra una tabla a pie y medio de distancia. El tiro partió con el mismo estrépito que de costumbre, pero la tabla permaneció intacta, sin que por el suelo ni en el blanco quedase el menor vestigio de metal.

La prueba me satisfizo, pues me convencía de que no podía haber accidente; tanto más cuanto que no había posibilidad de traición, por ser sabedores del secreto únicamente Halef, Omar y Osco, que hartas pruebas me habían dado de su discreción y lealtad.

Todo se hizo en tiempo oportuno, pues en el momento en que volvía a la casa vi llegar al *Kasa Mufti* con el *Naib* y el *Ajak Naib*, seguidos de numerosa escolta. Al verme se acercó el primero, que me llevó aparte y me dijo:

—*Effendi*, ¿sabes a qué vengo?

—Supongo que a decirme lo que hay del *kocha bacha*.

—No, no es nada de eso. Vengo a preguntarte si has pedido permiso al hachi para que se deje pegar un tiro.

—¿Tanto te interesa eso?

—Muchísimo, pues es un prodigio que no me cabe en la cabeza. ¿Se ha comido ya su ración de Corán diaria?

—Pregúntaselo a él.

—No me atrevo, no vaya a molestarle, y me dé a probar su cuchillo. Luego, es tan listo de manos con ese látigo, que hay que andarse con ojo.

—En efecto, es un valiente de altura aunque sea corto de talla.

—Pero respóndeme: ¿consiente en la prueba?

—Sí, se lo dije cuando nos acostábamos.

—¿Y qué respondió?

—Puso cara de perro, porque no tiene ganas de hacer de blanco; pero yo logré convencerle.

—¡Qué gusto! ¿Cuándo empezamos?

—Paciencia, amigo, que no es cosa tan llana como te figuras. Mi protector tiene sus rarezas como cada cual. Además, se me olvidó decirte ayer que los cuatro gozamos de la misma propiedad y no hay bala que nos toque.

—¿De veras? ¿También tú eres invulnerable?

—Lo que oyes.

—¿Y te desayunas con hojas del Corán?

—No quieras saberlo todo; hay secretos que no pueden ni deben divulgarse.

—¿Entonces podemos disparar sin miedo de heriros?

—Siempre que no aprecies la propia vida, o tengáis ganas de suicidaros.

—¿Cómo es eso? Yo no tengo maldita la gana de morirme por ahora.

—Pues entonces ten cuidado y no se te ocurra disparar sobre nosotros antes de pedirnos licencia.

—No entiendo qué quieres decir con eso.

—Si consentimos en hacer de blanco, no tenéis nada que temer; pero si disparáis a traición o sin nuestra venia, la bala de rechazo se os alojará en la misma parte del cuerpo en que pensabais herirnos a nosotros.

—Es decir, que si apunto a la cabeza del hachi o a la tuya, ¿se me clavará el plomo en la propia sesera?

—No te quepa duda. ¿Quieres que hagamos la prueba?

—No, *effendi*, gracias. ¿Por qué lo habéis dispuesto así? Podríais haberlo hecho de otro modo.

—Tu natural penetración te hará comprender que ha sido para resguardarnos de ocultos enemigos, y además para castigar a los que intenten hacernos daño, pues no nos basta que sus balas no puedan herirnos, sino que deseamos que padezcan en el mismo sitio en que querían hacernos padecer a nosotros. Nos regimos hoy por la antigua y justa ley de las compensaciones.

—Ya la conozco; su lema es ojo por ojo y diente por diente. Ahora veo que no conviene ser vuestro enemigo. ¿Cuándo os vais?

—¡Parece que estás deseando vernos lejos!

—¡Al contrario! Desearía que os estuvierais aquí siempre y eso que has armado una completa revolución en nuestra ciudad.

—Pero ha sido para vuestro bien.

—En efecto, y te lo agradecemos, aunque vale más dejar las cosas como Alá las ha dispuesto.

—¿Era voluntad de Alá que el Mübarek os engañara y que el *kocha bacha* soltara a los bandidos?

—No lo creo.

—¿Qué hace el *kocha*?

—En su calabozo está.

—Espero que no harás nada para librarle del castigo que tiene tan merecido.

—¡No me ofendas! Soy un fiel servidor del Padichá y cumpliré con mi deber; a cambio de eso te pido que logres del hachi lo que deseo.

—Ya le recordaré su promesa.

—¿Permites que avise a la gente?

—No me opongo.

—Vuelvo en seguida, voy a avisar al buen Toma, que está deseando presenciar esa maravilla.

—¿Quién es ese Toma?

—El recadero y peatón de aquí a Radovich.

—¿Es hombre honrado?

—Mucho; cuando te fuiste ayer te alabó sobremanera, y al referirle yo que el hachí comía hojas del Corán y era invulnerable, expresó el deseo de presenciar la tirada; es un entusiasta admirador vuestro. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Sí, tráelo.

El hombre desapareció corriendo. ¡Los buenos habitantes de Ostromcha eran de una transparencia cristalina! En el acto surgió en mí la sospecha de que a aquel recadero le habían dado los Alachy el encargo de observarnos y de comunicarles el resultado de su espionaje. Pronto hubimos de ver los efectos de las exageraciones del *Kasi Mufti*, pues apareció en la entrada una multitud de gente deseosa de admirarnos, y para huir de tan molesta contemplación hubimos de retirarnos al interior de la casa. Poco después fue allí a buscarnos el fiscal, acompañado de un hombre de piernas torcidas, a quien nos presentó diciendo:

—Aquí tienes al recadero, *effendi*.

Yo miré al individuo de hito en hito y le dije:

—¿De modo que tú haces la ruta entre este pueblo y Radovich?

—Sí, señor, pero no a pie, sino a caballo.

—¿Cuándo sales para allá?

—Pasado mañana.

—¿Antes no?

El hombre movió la cabeza negativamente y yo añadí entonces:

—Tanto mejor para ti.

—¿Por qué?

—Porque pudiera resultarte peligroso el camino.

—*Effendi*, ¿por qué motivo?

—El motivo es lo de menos; si salieras hoy te aconsejaría que estuvieras alerta.

—Pues ¿no sales tú?

Hasta entonces su fisonomía era franca y abierta, mas en cuanto oyó mi advertencia desvió los ojos, cuya mirada se volvió torva y falsa.

—En efecto —le contesté tranquilamente.

—¿A qué hora, *effendi*?

—A las doce en punto, Dios mediante.

—No es hora muy adecuada; te convendría mejor partir dos horas antes de la puesta del sol, al toque de la oración de la tarde.

—Eso es bueno en el desierto, pero aquí no molesta el sol. Además, no me gusta atravesar bosques desconocidos por la noche, sobre todo cuando vagan los Alachy por sus cercanías.

—¿Les tienes miedo? —me preguntó con bien fingido asombro.

—¿Los conoces tú? —repliqué yo a mi vez.

El hombre hizo una señal negativa.

—Pero habrás oído hablar de ellos —insistí yo.

—Poca cosa; el *Kasa Mufti* me dijo que proyectan asaltarte.

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un buen amigo; pero te aseguro que si son tan listos como dicen, no se meterán conmigo, porque tengo malas pulgas.

—Ya estoy enterado —respondió con una sonrisa sarcástica—. A ti y a tu gente no hay bala que os mate.

—Eso es lo de menos.

—También me han contado que el tiro que os disparen va de rechazo al tirador —agregó, guiñando un ojo con picardía, como si quisiera decirme: “Ya veo que no tienes pelo de tonto, como yo; de modo que no me vengas con embustes”.

Era indudable que el recadero tenía bastante más sagacidad que el fiscal del juzgado, el cual, al observar su sonrisilla e interpretándola debidamente le preguntó:

—¿Qué, no lo crees, Toma?

—¡Vaya! Diciéndolo el *effendi* lo creo a pie juntillas.

—Mejor para ti, pues la simple duda es una ofensa; y te creo un hombre harto bien educado para querer ofenderme.

—En efecto, Alá sabe lo que pienso, y por lo mismo tengo un concepto tan alto del *effendi* que nos hará la merced de demostrar su invulnerabilidad.

Halef nos observaba alternativamente a ambos, pues tenía por costumbre estudiar en mi rostro la impresión que me producía el encuentro con un nuevo sujeto. En el acto se convenció de que el recadero no me inspiraba confianza, pues echando mano al látigo dijo en tono amenazador:

—¿Por ventura se atreve ese sujeto a dar lecciones de urbanidad a mi señor? Si así fuera pronto le señalaría en las espaldas el tratado de buena educación que se estila por aquí. A sapos como tú no les aguantamos que nos vengán con salmodias.

Y uniendo la acción a la palabra, avanzó unos pasos en dirección al recadero, el cual emprendió una hábil retirada hacia la puerta respondiendo:

—Estate quieto, hachi, y no te acerques a mí, pues no me ha pasado por la cabeza molestaros lo más mínimo. Suelta el látigo, que no tengo el menor deseo de trabar conocimiento con tu correa.

—Pues pórtate de manera que no me disguste. Somos hijos del Profeta Único e Indivisible y súbditos del Padichá, y no estamos dispuestos a tolerar majaderías de un individuo que sólo se llama Toma, nombre propio únicamente del infiel condenado a comer las cortezas de las sandías que arroja el verdadero creyente. Además, deseamos probaros la veracidad de nuestras afirmaciones, para convenceros de nuestras fuerzas prodigiosas, que os dejarán boquiabiertos y confundidos. *Effendi*, ¿hacemos la prueba?

—Por mí no hay inconveniente.

—Pues a ello. Salgamos al patio.

Cuando salimos fuera encontramos el corral de bote en bote; una multitud innumerable esperaba ansiosa a que se hiciera el milagro que les había anunciado el *Kasa Mufti*. Al entrar en el corral los más próximos se quedaron mirándonos como si fuéramos bichos raros, mientras los de atrás se empinaban y estiraban el cuello para que no se les escapara el menor detalle.

El pequeño hachi, látigo en ristre, nos abrió paso, repartiendo golpes a diestro y siniestro, hasta llegar a un pequeño cobertizo donde me preguntó en voz baja:

—*Sidi*, ¿me das las balas?

—No; quiero andar sobre seguro para evitar un accidente. Primero usaremos una bala de plomo verdadera. Comenzarás por echarle un discurso a esa gente, pues tienes el talento oratorio más desarrollado que yo.

Esta lisonja halagó extraordinariamente al buen Halef, que, estirando lo que pudo su exigua figura, comenzó con voz sonora y campanuda:

—¡Ciudadanos de Ostromcha y atentos oyentes en general! Vais a tener la inmerecida honra de contemplar a cuatro valientes cuyos cuerpos resisten a la pólvora y al plomo enemigos. ¡Abrid los ojos, incautos! ¡Esforzad vuestro perezoso entendimiento, para que no se le escape un detalle del prodigio asombroso que vais a presenciar, y para que podáis perpetuar tan extraordinario hecho entre vuestros hijos, nietos, bisnietos y tataranietos, hasta las últimas generaciones, si hasta entonces Dios os concede vida y salud! ¡Cuidad del orden y compostura en este lugar augusto! Evitad atropellos e interrupciones en tan solemnes momentos, y elegid al mejor tirador de la ciudad para que se nos acerque con el arma de fuego al hombro.

Un murmullo acogió estas palabras, producido por la dificultad de la elección; por fin, se adelantó un hombre con la escopeta en la mano, y yo le pregunté:

—¿Traes el arma cargada?

—Sí.

—¿Tienes más cartuchos que los cargados?

—No, señor.

—No importa, yo te daré de los míos; pero antes has de demostrar que eres buen tirador. ¿Ves aquel tablón clavado en el cobertizo? Tiene un nudo y es preciso que lo atravieses.

El hombre dio un paso atrás, apuntó y disparó; examinado el tiro resultó que le faltaba sólo media pulgada para haber hecho blanco.

—No has estado acertado —le dije—; prueba otra vez. —Y le alargué una de las balas hechas por Osco.

El segundo tiro se acercó más porque el hombre afinó la puntería. Le di entonces tres de las otras balas, y después de esconderme furtivamente una de plomo en la mano derecha, añadí:

—Ahora trata de dar en el agujero que acabas de hacer en el tablón. Mas antes enseña a la gente las balas, para que se convenzan de que cargas como es debido.

Las balas pasaron de mano en mano, en lo que se perdió algún tiempo, porque

todos querían verlas y palparlas a su gusto; cuando volvieron por fin a manos del tirador, éste cargó su escopeta con ellas.

—Acércate más —le dije empujándole hacia el blanco—. ¡Ahora, dispara!

Dije estas palabras mientras rápidamente me colocaba delante del tablón.

El hombre inclinó el arma, que tenía ya levantada, y me dijo azorado:

—Señor, ¿cómo quieres que dé en el blanco si te pones tú delante?

—¿Por qué no?

—No puede ser; tú me lo impides.

—¿Eso qué importa?

—Tu pecho me tapa el agujero.

—Tira al través de mí.

—Señor, no quiero matarte.

—No temas; así os convenceréis de que soy invulnerable.

El hombre se rascó detrás de las orejas lleno de perplejidad.

—Corro un gran riesgo.

—¿Por qué?

—Si de rechazo me da la bala y me atraviesa, soy hombre muerto.

—No tengas miedo, que yo cogeré la bala con la mano para que no suceda.

Un murmullo de admiración recorrió las apretadas filas de los espectadores.

—¿Estás seguro de conseguirlo, *effendi*? Soy el único sostén de mi familia, que si muero yo no tiene donde volver los ojos.

—No morirás; te lo juro por las barbas del Profeta.

—Con esa promesa, me arriesgo, señor.

—¡Tira sin miedo!

Durante este diálogo observaba yo disimuladamente a Toma, que había ido aproximándose y tenía los ojos de lince clavados en mí. El tirador me apuntó, a diez pasos de distancia poco más o menos, pero antes de apretar el gatillo volvió a inclinar el arma y me dijo:

—En mi vida he tirado contra un semejante. Señor, ¿me perdonarás si, por desgracia, te hiero?

—No será necesario, porque no me tocarás.

—Pero ¿y si te diera?

—No tendría nada que reprocharte, pues has obrado por orden mía.

Levanté el brazo, y lentamente hice rodar hasta dentro de la manga la bala que tenía escondida; enseñé después las manos vacías y dije:

—Con la derecha cogeré la bala que me tires. Voy a contar; a las tres sueltas el tiro.

Volví a bajar el brazo y a coger la bala en el hueco de la mano. Todos los ojos estaban clavados en mí.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —conté y sonó el tiro.

Llevé la mano hacia adelante, en dirección a la boca del cañón del tirador, como

si cogiera el proyectil, y levanté el que tenía en la mano en alto para que todos lo vieran, diciendo:

—Aquí tienes la bala; cógela, Toma, y obsérvala bien, para que puedas atestiguar que es la misma que acaba de salir de la escopeta.

En efecto, ambas eran idénticas. El recadero se quedó como quien ve visiones, y el efecto no fue menor en el resto de la concurrencia, que debió de abrigar sus dudas hasta entonces y tenía que darse por vencida. La bala volvió a pasar de mano en mano, y cuando llegó a las del tirador dije a éste en voz alta para que todos se enteraran:

—Vuelve a cargarla y dispara al tablón.

El hombre obedeció y de nuevo hizo un agujero en el blanco.

—¿Ves? —observé enseñándoselo—. Ese mismo agujero tendría yo ahora en el pecho si no fuera invulnerable. Ahora si gustas puedes tirar sobre mis compañeros.

El que la bala surtiese en el segundo disparo los efectos naturales, no observados en el primero, puso en verdadera conmoción a la gente, que acudió en masa a contemplar la mano con que había cogido yo el plomo, sin hallar palabras con que expresar su asombro, al verla intacta y sin el menor vestigio de deterioro.

—¡Alá está con él! —decían algunos, atónitos y suspensos.

—¡O el demonio! —observaban otros.

—¿Cómo va a protegerle el Malo cuando se alimenta con el Corán? ¡Alá es grande!

Como las opiniones eran a cual más contradictoria, se originaron violentas discusiones, mientras yo daba al tirador otras tres balas y colocaba ante el tablón a mis amigos.

Estos no las habían tenido todas consigo; pero al verme salir sano y salvo del experimento, se prestaron gustosos a servir de blanco, mientras yo me encargaba ostensiblemente de recoger las balas por temor a que con ellos resultara la operación un fracaso. Para ello me coloqué a su lado y extendí la mano al sonar cada disparo, devolviendo cada vez una de las balas de plomo que llevaba a prevención, y con las cuales hice después agujerear el tablón para mayor seguridad.

En cuanto mis tres compañeros hubieron demostrado a su vez su invulnerabilidad, sonaron aplausos y vivas, que terminaron en una delirante manifestación de entusiasmo.

CAPÍTULO 9

Un descendiente de Mahoma

La gente nos rodeaba, ansiosa de tocarnos, de mirarnos y de interrogarnos como a seres sobrenaturales. Habríamos necesitado muchos días para satisfacer su curiosidad; y para librarnos de tanto importuno no nos quedó más recurso que retirarnos al interior de la casa. Desde la ventana pude observar a Toma, que, arrepentido de su incredulidad, con grandes aspavientos y manoteos explicaba el procedimiento a los más alejados del cobertizo. Yo hice una seña a Halef y le dije al oído:

—¿Ves a aquel charlatán? No me lo pierdas de vista un momento, y cuando se vaya síguelo sin que él se dé cuenta.

—¿Por qué, *sidi*?

—Sospecho que es un espía de los Alachy, encargado de vigilarnos.

—¡Ya! ¡Por eso guiñabas el ojo después de observarlo! En seguida he comprendido que no te merecía confianza. Pero ¿qué puede hacernos?

—Avisará a los eskipetaros que salimos de aquí al mediodía.

—Dijo que no se iba.

—Mintió como un bellaco. Cuando se vaya sal a las afueras y ocúltate en la carretera de Radovich, por donde lo verás pasar; y en seguida ven a decírmelo.

—¿Y si no saliera como dice?

—Te estás acechando dos horas y te vuelves, pues será señal de que ha desistido del viaje.

Fui después en busca de una peluquería para que me arreglaran el pelo y la barba. El dueño del establecimiento había presenciado también nuestro prodigio y como en los países orientales suelen ser las barberías punto de reunión de los chismosos del pueblo, no extrañé hallar el local repleto de curiosos que observaban en el mayor silencio el proceso de hacerme la barba y de cortarme el pelo. Uno de los que tenía detrás extendió de pronto la mano para recoger el cabello que caía de las tijeras del peluquero, hasta que éste, viendo que sus miradas furiosas no asustaban al importuno, le largó un vigoroso puntapié diciendo:

—¡Ladrón! ¡Todo lo que cae aquí es de mi exclusiva propiedad! ¡Conque no me lo robes!

Al regresar a casa entré en una mercería, y después en una tienda de óptica, donde respectivamente compré un par de medias tan largas que me llegaban hasta más de medio muslo y unos anteojos azules. En un comercio de telas que visité después me agencié un paño de turbante verde, color que sólo pueden usar los descendientes del Profeta; y hechas todas estas compras, en que invertí más de una hora, tuve todo lo

que necesitaba para mi viaje.

En el mesón hacía un rato que me esperaba el bueno de Halef, el cual me dijo:

—*Sidi*, ¡qué razón tenías! El recadero se ha ido.

—¿Cuándo?

—Pocos minutos después de nuestro triunfo.

—¿De modo que ya lo tenía todo preparado para ponerse en camino?

—Así parece, pues hasta la recua estaba ya lista.

—¿Qué animales lleva?

—Va montado en un mulo, pero lleva cuatro asnos cargados detrás y sujetos entre sí por los rabos, y el primero al mulo.

—¿Qué paso lleva?

—Muy vivo; se conoce que tiene prisa.

—Por llevar cuanto antes el soplo a esos demonios de Alachy; pero no importa. Yo salgo ahora mismo detrás de él y vosotros me seguiréis al mediodía, como hemos convenido.

—¿Sigo las instrucciones que me diste al acostarnos?

—Al pie de la letra.

—¿Conque yo monto en Rih?

—Justamente, y yo tu caballo; va a ensillarlo, y después sal a espiar por las afueras de la ciudad, sin olvidar tus zapatillas de oración.

—¿Para qué las necesito, *sidi*?

—Para prestármelas, pues yo voy a dejarte en cambio mis botas altas de montar.

—¿Tengo que ponérmelas, *sidi*?

—No, Halef, pues desaparecerías en ellas como un ratón en su madriguera. Voy a hacerte entrega de todo lo que te dejo en depósito, sobre todo mis armas; y después me voy a escape.

La salida fue más difícil de lo que yo creía. El mesonero Ibarek, que también iba a emprender el regreso a su pueblo, me prometió dar a sus dos huéspedes una buena paliza en cuanto llegara, pero no creo que el hombre tuviera agallas para tanto.

Por fin me vi en la silla; ambos posaderos se asombraron mucho de que no montara mi propio caballo; pero yo, sin explicarles el motivo de ese cambio, salí galopando.

Fuera de la ciudad me esperaba Halef en compañía de Nebaya, que al verme dijo:

—Señor, acabo de saber que nos dejas, y he venido a darte de nuevo las gracias por todo el bien que me has hecho. Mientras viva te recordaré, y lo mismo harán mis hijos.

Conmovido le estreché la mano y salí trotando. Me dolía ver su rostro bañado en lágrimas.

Halef me siguió un buen trecho, hasta pasar un bosquecillo, donde me apeé del caballo y me oculté entre la espesura. El pequeño hachi llegó con la olla en que tenía el cocimiento de *sadar*, con el cual fue humedeciéndome cuidadosamente el cabello y

bigote, con un trapito que llevaba a prevención.

—*Sidi*, ¿para qué te untas la cabeza con esta salsa? —me preguntó el pequeño.

—Pronto lo verás.

—¿Variará el color de tu pelo, como dices?

—De un modo que te dejará atónito.

—Pues estoy deseando verlo. ¿Qué vas a hacer con esas calzas de punto tan largas?

—Ponérmelas, y encima calzarme tus zapatillas de oración.

El hachi siempre llevaba consigo este aditamento para poder entrar en las mezquitas que le salieran al paso, en las cuales no se puede penetrar con el calzado ordinario.

En cuanto hube terminado de ungirme la cabeza, me quité las botas de montar y me calcé las largas medias; las zapatillas eran algo exiguas, pero a falta de otras me las puse como pude. Al ver Halef de pronto mi cabeza levantó los brazos en alto y exclamó:

—¡Oh, Alá! ¡Qué milagro! Tu cabello se está quedando dorado como las mieses.

—¿Es posible? ¿Tan pronto? —le pregunté.

—Sólo por algunos lados.

—Pues hay que repetir la operación. Pásame el peine para repartir bien el unto.

Halef obedeció, y cuando por fin me contemplé en el espejito de bolsillo me encontré transformado en un semialbino. Entonces me coloqué el fez, que Halef rodeó con el paño verde, de modo que los flecos me cayeran por el lado derecho, mientras mascullaba entre dientes:

—¡La verdad es que estoy cometiendo un verdadero sacrilegio, pues sólo a los descendientes directos del Sultán les está permitido este distintivo, y tú ni siquiera eres un creyente del Corán sino del *Kitab el mukaddas*^[13]!. No sé cómo voy a responder ante el Profeta de semejante profanación el día que me toque pasar el “puente de la muerte”, angosto y afilado como la hoja de un cuchillo.

—Responderás perfectamente; no tengas el menor cuidado. Yo te doy mi palabra. Si se tratara de un mahometano, claro está que pecaría; pero como yo soy cristiano, esas reglas no rezan conmigo; los partidarios de la Biblia pueden vestirse del color que quieran sin faltar a ninguna ley divina ni humana.

—Pues entonces estáis mejor que nosotros. De todos modos algo pecho, por ser yo el que te coloco el paño; yo, que soy un fiel hijo del Profeta, me hago así reo de culpa.

Para dar remate a la transformación me calé los anteojos y me eché sobre los hombros la manta.

—¡Alá es grande! —exclamó Halef al verme—. *Sidi*, eres otro completamente.

—¿Es de veras?

—Yo mismo no te conocería si pasaras a mi lado; sólo por tu porte descubriría a mi *effendi*.

—Ese ya lo variaré como todo lo demás, aunque no lo creo preciso, porque los Alachy no me han visto en su vida. Sólo me conocen por señas, y así me resultará muy fácil darles esquinazo.

—El recadero en cambio te conoce muy bien.

—Es que a ese no pienso volverle a ver.

—Pues yo me temo que esté con los Alachy.

—No lo creas; ellos cuentan con acecharnos en la carretera de Ostromcha a Radovich. El recadero lleva su recua bien cargada, y como deseará entregar el género cuanto antes, su propósito será llegar pronto a su destino; hay que suponer, pues, que sólo se entretendrá en el camino para dar aviso a los hermanos y que seguirá adelante sin vacilar.

—¿Y crees poder tú solo con los dos?

—Sin duda alguna.

—Acuérdate de que esos mozos tienen una fama terrible de gente sanguinaria y cruel. Sería mejor que te acompañara yo, ya que soy tu amigo y protector natural.

—Ahora te toca proteger a Osco y Omar, que confío yo a tu guardia y vigilancia.

Estas últimas palabras consolaron a Halef, y reanimando su amor propio le hicieron responder precipitadamente:

—Tienes mucha razón, *sidi*. ¿Qué sería de esos cuitados sin el valiente hachi Halef Omar? No quiero ni pensarlo. Además tengo que cuidar de Rih, a quien me consagré con toda mi alma. ¡Es grande mi responsabilidad!

—Pues muéstrate digno de la confianza que deposito en ti. ¿Recuerdas todas las instrucciones que te he dado?

—Palabra por palabra; ya sabes que mi memoria se asemeja a las fauces del león, que retienen todo lo que penetra en ellas.

—Tanto mejor; así puedo marchar tranquilo. Conque adiós, y que no cometas ninguna torpeza.

—*Sidi*, con esas palabras hieres mi alma; yo soy todo un hombre, mejor dicho, un héroe, y sé lo que me incumbe hacer en estos casos.

Lanzó hábilmente la olla del unto entre la espesura, se echó mis botas de montar al hombro y se encaminó a la ciudad mientras yo me dirigía al Nordeste, en busca de un encuentro peligroso y repleto de asechanzas.

Por de pronto podía caminar descuidado, pues de haberme conocido los Alachy estaba expuesto a un ataque por la espalda o a una bala traicionera; mas siéndoles desconocido sólo tenía que prepararme a una lucha abierta, como cualquier otro viajero, y mi aspecto no era propio para despertar la codicia de los salteadores. En efecto, de los pies a la cabeza podía confundírseme con un mísero descendiente directo del Profeta, cuyo escaso caudal consistía en el abigarrado indumento que llevaba encima. Como había tenido que dejar a Halef los fusiles, iba provisto de los dos revólveres, ocultos en lo más hondo del bolsillo, pero más que suficientes para defenderme de mis dos enemigos en caso extremo. A la vista llevaba el puñal, para

hacer creer a los Alachy que no llevaba otras armas. Esto les inspiraría una confianza que podía resultarles harto peligrosa.

La comarca entre Ostromcha y Radovich es muy fértil y productiva: los sembrados y huertos alternan con bosques y praderas, por ser el río Strumitza el hada bienhechora que con sus aguas fertiliza y embellece aquel terreno.

A la izquierda tenía los montes del Velitza Dagh, y a la derecha caían las alturas del Plasch-Ravitza Planina. No encontré por el camino a alma viviente hasta pasada una hora larga, en que topé con un pobre búlgaro, a juzgar por su ropa característica.

Al ver mi turbante verde se paró en seco y me cedió el paso con una respetuosa reverencia, pues aun el muslime más poderoso y acaudalado honra al jerife donde lo encuentre, aunque lo vea cubierto de harapos y miseria: en él venera al descendiente del Profeta, que ya en vida goza la suerte de penetrar en los paraísos de Alá.

Paré mi caballo delante del búlgaro, contesté a su zalema y le dije:

—Alá bendiga la salida y el término de tu viaje. ¿De dónde vienes, hermano?

—De Radovich, señor.

—¿Adónde te encaminas?

—A Ostromcha, adonde llegaré con felicidad, si no me niegas tu bendición.

—Te la concederé abundantemente, hermano. ¿Has encontrado a otros caminantes?

—No, señor; el camino es tan solitario que he podido entregarme por completo a meditar en los beneficios de Alá.

—Entonces ¿no has visto a nadie?

—Sólo al recadero Toma, que venía de Ostromcha, al salir del pueblo.

—¿Conoces a ese sujeto?

—Todos los del pueblo lo tratamos, pues es el que nos trae y lleva los recados de un sitio a otro.

—¿Le has hablado?

—Sólo hemos cruzado unas cuantas palabras. Se halla hospedado en el lugarejo que encontrarás en cuanto pases el río.

—¿También tú te hospedas allí?

—No tengo tiempo para detenerme.

—Acaso sepas dónde se hospeda cuando llega a Radovich.

—¿Tienes interés en hablarle?

—Pudiera ser.

—No se aloja en ninguna hospedería, sino en casa de un pariente a quien no hallarías por ti solo aunque te dijera el nombre, porque no lograría explicarte bien las calles y callejas del pueblo. Por eso te aconsejo que hagas tus averiguaciones en el mismo Radovich.

—Gracias por tu buena voluntad. ¡Alá te guíe!

—¡Y a ti te abra los cielos!

Siguió adelante y yo continué mi camino con igual parsimonia, sabiendo

aproximadamente lo que necesitaba. En Radovich no hallaría a los Alachy, pues era terreno peligroso para ellos; prueba evidente de que esperaban al recadero en el caserío, para tomar sus decisiones ulteriores en vista de las noticias que aquél les llevara. Era casi seguro que desistirían de un ataque franco, como también de enviarnos una lluvia de plomo a traición, puesto que nos creían invulnerables.

Aun no era mediodía y yo contaba con encontrarlos aún en el caserío, puesto que Toma les habría advertido que a esa hora emprendíamos la marcha, y tendrían tiempo de buscar el escondrijo. Interiormente iba yo gozando con el chasco que les iba a dar al pasar por su lado, sin que me conocieran.

Al cabo de media hora llegué al poblado, compuesto sólo de escaso número de chozas. El camino se doblaba allí en ángulo recto en dirección al puente y permitía así ver la parte posterior de la casa más próxima a aquél; allí divisé paciendo a dos vacas, unos borregos, varias cabras y tres caballos, dos de los cuales estaban ensillados y tenían manchas de color castaño oscuro y blanco.

En seguida comprendí que eran animales de sangre y debían de tener por madre a una yegua de Mecherdi; tales caballos suelen ser muy duros y sobrios, de cuello vigoroso y bien plantado y de fuertes patas traseras, a la vez que rápidos y resistentes. Un buen jinete puede sacar gran partido de ellos. ¿Serían los caballos de los Alachy? ¿Estarían sus dueños en la casa acechando nuestro paso?

De ser así me interesaba mucho ponerme al habla con ellos, pero iniciando la conversación en forma tan sencilla y natural que no les llamara la atención ni despertara sus recelos.

Cuando hube dejado atrás el recodo, sólo podía ver la parte anterior de la casa, compuesta de un cobertizo saliente que descansaba sobre cuatro pilares, y debajo del cual había mesas y bancos rústicos, todos vacíos menos uno en que vi a dos hombres charlando. Al verme cambiaron de actitud, pues vigilaban atentamente ambos ramales del camino, como gente que necesita estar siempre alerta y en guardia. Observé en seguida que me examinaban con ojos recelosos y penetrantes; pero al ver que yo hacía ademán de pasar adelante se pusieron en pie y se me acercaron diciendo entono autoritario y levantando la mano:

—¡Para y acepta un trago de raki!

CAPÍTULO 10

Los Alachy

De una ojeada vi que eran los Alachy, los cuales, por el parecido, debían de ser hijos de la misma madre, pues ambos eran hombres corpulentos, mucho más altos y vigorosos que yo. Sus largos y colgantes bigotes, sus caras tostadas y renegridas les daban aspecto feroz y guerrero. Los rifles estaban apoyados en la mesa y por sus cintos asomaban mangos de cuchillos, pistolas y puñales, mientras que a cada lado llevaban un hacha de haiduco, como si fuera un sable.

Me arreglé los anteojos y me quedé mirando a ambos hermanos como un dominical escolar travieso a quien pillan in fraganti, y por fin dije:

—¿Quiénes sois, para atreveros a turbar la piadosa meditación de un nieto del Profeta?

—Somos tan buenos creyentes como tú, y deseamos honrarte ofreciéndote este refresco.

—¿Al raki le llamáis refresco? ¿No conocéis la ley del Corán que lo prohíbe?

—Yo no sé palabra de la ley.

—Pues ve a ver a un comentador de los santos suras para que te instruya.

—No tengo tiempo para eso; pero ya que estás tú aquí, aprovecharé tus enseñanzas.

—Estoy dispuesto a instruirte, pues el Profeta dice: El que salva un alma del infierno entrará a su muerte en el tercer cielo, y el que salva dos en el quinto.

—Pues gánate el quinto, ya que te se ofrece ocasión, porque estamos los dos dispuestos a contribuir a ello. Apéate, venerable varón, y haznos santos como tú.

Y uniendo la acción a la palabra me sostuvo el estribo mientras el otro hermano me tiraba del brazo, adelantándose así a mis negativas.

En cuanto me vi en el suelo me acerqué cojeando a la mesa, donde tomamos asiento.

—Parece que arrastras la pierna —observó uno de ellos con una risotada—. ¿Dónde te has quedado cojo?

—En ninguna parte, es mi *kismet*^[14].

—¿Entonces eres cojo de nacimiento? Se ve que eres hijo predilecto de Alá, que castiga a los que bien ama. ¿Te dignarás decir a estos indignos pecadores tu venerable nombre?

—Repasando las listas de los Nakyb-el-Echraf, que hay en toda ciudad mahometana, hallaréis mi nombre.

—Ya lo sabemos; pero como no tenemos a mano esas listas, nos harás la merced de decirnos tú cómo te llamas.

—Pues bien; soy el jerife hachi Cheab Eddin, Abd el Kader Ben hachi Gazali al Farabi, ben Tabit Ureván Avul Achmev Abu Bachar Chatid ech Chonahar.

Ambos salteadores se llevaron las manos a los oídos y estallaron en una ruidosa carcajada, dispuestos al parecer a no dejarse alucinar por mi calidad de jerife y descendiente del Profeta. Si hubieran sido eskipetaros griego-católicos, no me habría llamado la atención; pero como sus ropas los delataban como musulimes, hube de convencerme de que las leyes y doctrinas de su fe les tenían perfectamente sin cuidado.

—¿De dónde vienes con esa retahíla de nombres que no hay memoria que recuerde? —insistió el primero.

Yo le eché una larga mirada de reproche, por cima de mis espejuelos y contesté:

—¿Que la memoria no puede retenerlos, dices? ¿Pues no acabo de decírtelos yo?

—En efecto.

—Pues ya ves como los retengo.

—¡Claro que tú lo sabes! ¡Lástima fuera que no supieras tu propio nombre! Pero seguramente serás el único en el mundo.

—Mi nombre será eterno, porque está inscrito en el libro de la vida.

—Es verdad, eres jerife y los de tu casta tienen asegurada la gloria; de modo que bueno es que nos libres del infierno a los demás, explicándonos cómo está prohibido beber raki.

—Con prohibición severa y absoluta.

—¿Lo dice el Corán?

—Con todas sus letras.

—¿Pero fabricaban ya el raki cuando el Profeta andaba por el mundo?

—No, pues no lo dice ninguna historia universal ni natural.

—Entonces no estará prohibido como dices.

—¡Ya lo creo! ¡Y de un modo terminante, puesto que dice textualmente: “todo lo que embriaga está vedado, prohibido y maldito”. El raki, pues, está maldito; ya lo sabéis!

—Pues a nosotros no nos embriaga.

—Entonces no os está prohibido.

—Tampoco nos emborracha el vino.

—Usadlo con moderación y humildad.

—Así me gusta; eso es ponerse en razón. Se ve que eres un comentarista entendido. Y a ti, ¿te embriaga el raki?

—Cuando bebo poco, no.

—¿A qué llamas poco?

—Un dedalito de licor, diluido en una botella de agua, como ésa —contesté señalando a la de aguardiente que estaba sobre la mesa.

—Si es así, difícil es que te haga efecto. Voy por el agua, y echarás un trago con nosotros.

El hombrón se levantó y no tardó en volver con un jarro y una copa, que llenó con tres partes de agua y una de raki; empujándola hacia mí observó:

—Ea, bebe que ya está bien aguado, y no faltas a la ley del Corán en lo más mínimo. ¡Alá te colme de bendiciones!

Dicho esto se llevó el frasco del aguardiente a la boca, echó un largo trago y se lo alargó a su hermano, que no le fue en zaga. Yo sólo me mojé los labios modestamente.

El que me obsequiaba parecía llevar la voz cantante; el otro no decía palabra, pero observaba atentamente todo lo que pasaba. Cuando terminaron preguntó de nuevo el primero:

—Ahora cuéntanos de dónde vienes.

—En realidad vengo de Avret Hissar.

—¿Y ahora adónde vas?

—A Skopia, a instruir a los fieles en las leyes y reglas del Corán.

—¿A Skopia, dices? Pocos triunfos obtendrás allí.

—¿Por qué? —pregunté con tímida extrañeza.

—¿Ignoras que allí se ríen de los beatos?

—Por eso mismo voy a convertirlos.

—Pues se te caerá la campanilla a fuerza de predicar sin lograr convertir a ninguno.

—Lo que ha de suceder sucede. Estaría escrito en el libro de la vida.

—Parece que estás muy enterado de lo que pone ese libro.

—Alá lo escribe y Él solo lo lee. Deseo que estén inscritos en él algunos moradores de Skopia.

—Lo dudo mucho, pues son eskipetaros en su mayor parte, y esa es mala gente.

—Ya me lo han dicho.

—¿Que es mala gente te han dicho?

—En efecto. Dicen que están poseídos del *Chaitán*. Yo no los conozco, pero la verdad es que tienen fama de ladrones, salteadores y asesinos. El mismo infierno es poco para semejantes malhechores.

—¿Y dices que aún no has visto a ningún eskipetaro?

—Aún no he tenido la malaventura de tropezar con ningún pecador de su calaña —contesté suspirando y poniendo una cara estúpida, muy adecuada al caso.

Los salteadores se dieron con el pie y parecían disfrutar mucho con mi necedad a toda prueba.

—Pero ¿no les tienes miedo? —insistió de nuevo el hablador.

—¿Por qué los voy a temer? ¿Acaso pueden hacerme algo que no me esté destinado de antemano?

—¡Hum! Ya sabes que andas por la tierra de los eskipetaros. ¿Y si te asalta algún bandolero?

—Lo sentiría por el chasco que se iba a llevar. Aquí traigo toda mi fortuna —dije

echando seis piastras sobre la mesa.

Y no les decía mentira; aquello era todo lo que llevaba encima, por haber dejado a Halef el dinero.

—Realmente no valdría la pena molestarse en darte un susto. Pero bien necesitarás dinero para el viaje.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Para comer y vivir.

—No me hace falta. El Profeta ha mandado que se ejerza la hospitalidad.

—¿Ah! ¿Conque vives de limosna?

—¿Mendigar yo? ¿Pretendes insultar a un jerife? Nadie niega el sustento ni un lecho al descendiente del Profeta.

—¿Dónde te alojaste la noche pasada?

—En Ostromcha.

—¿Ah, sí? Eso me interesa.

Y los salteadores se lanzaron una mirada de inteligencia que no me pasó inadvertida.

—¿Por qué? ¿Sois de allí?

—No, pero nos dijeron que había habido un gran incendio.

—¿Qué exageración! No lo creáis.

—Corren rumores de que media población ha quedado reducida a cenizas.

—¡Valiente embustero seria el que lo refirió! Es verdad que hubo fuego, pero insignificante, y además no fue dentro de la ciudad.

—¿Pues dónde fue?

—En la cima del monte.

—¿Pero si allí no hay casas!

—Una triste choza fue todo lo que se quemó.

—¿La vivienda del viejo Mübarek, según dicen?

—La misma.

—¿Quién la incendió?

—El santón en persona.

—¿Qué disparate! ¡Un hombre tan bueno iba a convertirse en incendiario!

—No era tan santo como parecía.

—¿Entonces ha resultado verdad lo que se murmura por ahí?

—¿Qué os han dicho?

—Que en realidad es un bribón de siete suelas.

—El que os contó eso no era embustero.

—¿Tan de fijo lo sabes?

—Como que presencié su arresto, y vi el fuego y otras peripecias.

—Entonces acaso vieras también a cuatro forasteros, que son los que han armado toda esa trapisonda.

—Claro que sí; nos hospedamos en la misma posada.

—¿Es de veras? ¿Y les hablaste?

—A los cuatro, muchas veces.

—¿Los conocerías, si se te presentaran de nuevo?

—Al momento.

—Me alegro, me alegro. Te advierto que los estamos esperando, pues tenemos que tratar con ellos un asunto muy importante; pero como no los hemos visto nunca, podríamos confundirlos y te agradeceríamos mucho que nos advirtieras cuando pasen.

—Con mucho gusto, si es que no tardan demasiado.

—¿Llevas prisa?

—Mucha; pasado mañana he de estar en Skopia.

—Sólo tres horas de espera te quedan hasta que lleguen.

—Eso es mucho.

—Te pagaremos el retraso.

—Eso ya es otra cosa. ¿Cuánto me dais?

—Cinco piastras.

—¿Y si no vienen o vienen más tarde y se hace noche y no puedo continuar el viaje?

—Entonces te abonamos el gasto de cena y alojamiento.

—En ese caso, acepto el trato, pero me habéis de dar las cinco piastras por adelantado.

—Jerife, ¿te figuras que no tenemos dinero?

—Lo que sé es que no lo tengo yo y estoy deseando tenerlo.

—Bueno, te daremos esa pequeñez en el acto. ¡Toma!

Dicho esto me arrojó diez piastras a los pies, y al ver mi mirada de asombro añadió:

—Cógelas, que eso no nos hace mella.

En efecto debían de nadar en la abundancia, pues el hombre llevaba un bolso grande que por el sonido estaba lleno de oro.

Luego me exigieron más detalles, obligándome a describirles con toda exactitud nuestras personas, y acabando por preguntarme si había visto el experimento de nuestra invulnerabilidad.

Yo se lo referí con gran lujo de pormenores, y lleno de curiosidad insistió el eskipetaro:

—¿No oíste por casualidad a qué hora pensaban emprender el viaje?

—Precisamente estaba yo con ellos cuando uno dijo que saldrían al mediodía.

—Eso mismo nos han dicho a nosotros; pero recelamos que no vengan.

—¿Por qué no?

—Por temor.

—Esa gente no parece tenerle miedo a nadie. Además, ¿qué motivos de temor tienen?

—Les aterran los eskipetaros.

—Yo lo creo; a mí que no me tengo por valiente, no me asustan lo más mínimo, conque a esos cuatro ¿qué será? ¡Habíais de ver las armas que gasta uno de ellos!

—Sí, ya nos han contado que son de primera. Pero deben de haberle dicho que los acechan eskipetaros.

—Eso no sé, aunque sí he oído hablar mucho de dos bandoleros de estas cercanías.

—¿Sí, eh? ¿Y qué te han dicho?

—Que el viejo Mübarek los había contratado para matar a los forasteros por el camino.

—¿Cómo se ha averiguado?

—Por una conversación que oyeron.

—¡Demonios! ¡Qué imprudencia! ¿Se sabe el nombre de los bandoleros?

—No, y yo creo que tampoco los conoce nadie.

—¿Qué les pareció a los forasteros ese rumor?

—Al oírlo soltaron la carcajada.

—¡Allah n' Allah! ¡Aun tienen ganas de reírse! —rugió airado el hombre—. ¿De modo que se burlan de los que les van a apretar el gaznate?

—Claro está.

—Pues yo les aseguro que como sean eskipetaros los que los aguarden ya se les atragantará la risa.

—No lo creas.

—¿Cómo que no? ¿Te figuras que los eskipetaros son niños de teta?

—Por mí, pueden ser gigantes, si tú te empeñas; a esa gente poco le importa; no hay bala que los atraviese ni arma que los hiera; son invulnerables.

—¡Maldición! ¿Tú también crees eso? A mí me parecía un cuento fantástico. ¿Lo has visto tú?

—Con estos mismos ojos. Estuve muy cerca del blanco para que se me escapara nada.

—¿Y es verdad que las balas no les tocaron, y que uno las cogía con la mano como si fueran confites?

—En el aire y sin tocarle una sola; en cambio cuando el tirador disparaba contra el tablón, lo agujereaba de parte a parte.

—¡No se explica!

—Éramos más de quinientas personas, y todos se convencieron lo mismo que yo. Además tuvimos las balas en la mano.

—Entonces no hay más remedio que creerlo. Por lograr yo esa cualidad, era capaz de tragarme un Corán todos los días.

—No creo que en eso estribe todo; me parece que hay por medio otras fuerzas misteriosas que sólo poseen los iniciados.

—Es indudable. ¡Quién me diera descubrir ese secreto!

—Se guardarán muy bien de revelarlo.

—¡Quién sabe! Yo conozco a dos personas que lograrían arrancárselo.

—¿Quiénes son?

—Los bandidos que los acechan.

—Esos menos que ninguno.

—Tú, aunque eres jerife, no entiendes de estas cosas. Supongamos que los eskipetaros les perdonan la vida a condición de que les revelen el secreto.

—Te olvidas de lo esencial en este caso —repliqué yo con frialdad desdeñosa.

—¿De qué? —me preguntó él ansioso.

—De que esa gente no tiene por qué temer a los bandidos, ya que son invulnerables, como vosotros mismos habéis declarado.

—Después de oírlo de tu boca y de la de otros testigos oculares, por fuerza hemos de concederles esa cualidad. Pero ahora pregunto yo: y a los golpes y puñaladas, ¿son invulnerables también?

—Eso sí que no lo sé.

—Yo aseguraría que no. Si lo fueran lo habrían cacareado bastante; ya tenemos, pues, por donde atacarlos. ¿O acaso te figuras que, si fuéramos esos bandidos que los acechan, nos asustaría ese extranjero que monta el soberbio potro árabe?

—En la lucha cuerpo a cuerpo creo que llevaríais la mejor parte.

—Pues entonces, ya los tenemos seguros. Además, no les pasará nada si nosotros los protegemos.

—¿Seríais capaz de auxiliarlos en un apuro?

—¿Por qué lo pones en duda? Les hemos salido al encuentro desde Radovich a fin de sorprenderlos y saludarlos, pues queremos ofrecerles alojamiento en nuestra propia casa. Nos gusta ejercer la hospitalidad con los caminantes; y ¡ay del que se atreva a tocarles al pelo de la ropa!

—Eso está muy bien; pero figuraos que los atacan antes de llegar aquí.

—No es fácil, pues no ofrece el camino lugar a propósito para un asalto.

—¿Entiendes tú de eso? —pregunté con una cara de tonto que daba gozo.

—¡Ya lo creo! He sido soldado. Más arriba hacia Radovich, en el bosque, hay un sitio que ni pintado para una sorpresa, pues el sendero pasa por entre rocas y peñas, y el arbolado es tan espeso que no hay medio de huir por ningún lado. Si los asaltan allí, ya pueden darse por perdidos irremisiblemente.

Durante la pausa que siguió a esta descripción topográfica, por haberse quedado el bandido pensativo mirando al suelo, oí de pronto gemidos ahogados en el interior de la casa. Ya me había parecido percibirlos antes, pero no tan persistentes y claros: era la voz de un niño. La cosa empezaba a darme mala espina, pero supuse que los eskipetaros no se atreverían a ejecutar sus fechorías en lugar habitado y a esperar tan tranquilos sus posibles consecuencias.

—¿Quién gime ahí dentro? —pregunté algo escamado.

—No lo sabemos.

—Esa casa es una posada, ¿verdad?

—Sólo una ínfima posada.

—¿Dónde está el posadero?

—Dentro.

—Voy a ver lo que ocurre —dije poniéndome en pie de un salto y acercándome a la puerta.

—¡Alto ahí! ¿Qué quieres?

—Hablar con el posadero.

—Basta que te acerques a la ventana y lo verás.

En seguida comprendí que tenían empeño en evitar que me viera con el posadero a solas. Sin duda el hombre los conocía y les tenía miedo, y me habría revelado el pelaje de mis anfitriones. Llegué cojeando al hueco indicado, por donde metí la cabeza gritando:

—¡Konachy! ¡Posadero!

—¡Va! —contestó una voz masculina.

—¿Quién es el que se queja ahí dentro?

—Es mi hija.

—¿Qué le pasa?

—Tiene dolor de muelas.

—¿Qué edad tiene?

—Doce años.

—¿Has consultado a un *berber* o *hekim*?

—No tengo dinero para ello.

—Pues yo la aliviaré, déjame entrar.

A los dos Alachy no se les escapaba una sola palabra del diálogo; y al ver que yo me dirigía resueltamente a la puerta, se levantaron también y me siguieron.

CAPÍTULO II

Preparando el ataque

La habitación en que penetré era pobre y mísera, aun para los mismos orientales, y no se hallaban en ella sino la niña y el posadero, el cual, acurrucado en un banquillo, apoyaba la cabeza en ambas manos y no nos miró siquiera.

—¿Conque tú eres el amo de la casa? —le pregunté—. ¿Dónde está la dueña?

—¡Muerta! —me respondió con hosco acento, sin levantar la cabeza.

—Te compadezco. ¿Tienes más hijos que esta niña?

—Otros tres más pequeños.

—¿Dónde están?

—En el río.

—¡Qué imprudencia! ¿Tan pequeños los dejas ir solos al río? ¿Y si te ocurre una desgracia?

El posadero levantó la cabeza y me miró, sorprendido por mi interés.

—¿Por qué no vas por ellos? —insistí.

—No puedo. Me está prohibido salir de casa.

—¿Quién te lo impide?

El hombre lanzó una mirada sombría a los Alachy, y yo observé que éstos le amenazaban con el puño disimuladamente. Sin darme por enterado, me acerqué al rincón donde yacía la pequeña, a la que animé con unas cuantas palabras consoladoras; luego me la llevé hasta el hueco de la ventana, donde le dije con la mayor blandura:

—No tengas miedo. Verás cómo yo te curo en seguida. Ea, abre la boca y señálame la muela que te atormenta.

La niña obedeció sin vacilar; como la muela estaba perfectamente sana, pensé que tal vez fuera el dolor de naturaleza reumática, caso en el cual no tenía yo alivio a mano. Por otro lado, yo sabía el saludable influjo que ejerce la fantasía en los niños, para lo cual era menester empezar por secar el llanto.

—Bueno; ahora cierra la boca y contéstame sólo por señas. ¿Tienes aún dolor?

La niña afirmó, con la cabeza.

—Ahora, fíjate bien; te voy a poner un rato la mano en la mejilla, y en el acto desaparecerán los dolores.

Apoyé la cabecita de la pequeña sobre mi pecho, y coloqué la palma en hueco sobre la mejilla dolorida acariciándola suavemente. Yo entiendo poco de magnetismo, pero confiaba en cambio en la fuerza imaginativa de la chiquilla y en la sensación bienhechora de una mano suave y cálida en la parte atacada.

Al cabo de un rato le pregunté:

—¿Estás mejor?

La pequeña asintió.

Seguí otro poco el ligero masaje y pregunté de nuevo:

—¿Se han ido ya los dolores? ¿Del todo?

—Del todo —contestó con la carita resplandeciente de satisfacción y los ojos brillantes de gratitud.

—No hables ahora; respira un rato por la nariz, y el dolor no volverá a molestarte.

Aunque el procedimiento era tan sencillo y natural, que no merecía comentarios, al salir de la habitación me cogió el posadero la mano, diciendo:

—Señor, desde ayer estaba quejándose, y no se la podía oír, y por eso mandé a los demás fuera de casa. ¡Sabes hacer milagros, señor!

—No tiene nada de extraordinario, es un remedio sencillísimo y eficaz si obligas a la niña a guardarse del aire. Yo mismo iré por tus pequeños para tranquilizarte.

—¿Te vas a molestar tanto, señor?

—Ya que tú no puedes...

Los dos Alachy le echaron una mirada furiosa, pero él, inclinándose al suelo como para recoger algo que había dejado caer, se acercó mucho a mí y me dijo en voz muy baja:

—Ten mucho cuidado; son los Alachy.

—¿Qué cuchicheas? —gritó uno de los bandidos, que debió de percibir algo—. ¿Qué le has dicho?

—¿Yo? Nada —contestó el posadero impertérrito.

—Me ha parecido oírte...

—Me habrás oído jadear al agacharme, si acaso.

—¡Perro, no mientas porque te reviento! —rugió el eskipetaro acercándose al hombre con el puño levantado; pero no logró descargar el golpe, porque yo le agarré por detrás diciendo suavemente:

—¿Qué haces, mi buen amigo? ¿Olvidas que el Profeta ha prohibido a los fieles dejarse dominar por la cólera?

—¿Y a mi qué me importa el Profeta?

—¡No te comprendo, amigo! Te portas ahora como un mal hombre, y sin embargo acabas de declararte hace un momento amigo y defensor de cuatro caminantes desconocidos, incapaces de hacer daño a nadie.

El eskipetaro dejó caer el puño, echó al posadero una larga mirada de interrogación y contestó:

—Tienes razón, jerife; hay que ser manso como manda el Profeta; es tanto lo que amo la verdad y odio la mentira, que un embuste me saca de quicio. Salgamos fuera.

Yo le seguí como un cordero, y moviéndome con entera libertad, como la cosa más natural del mundo me dirigí al río. No había duda de que los Alachy me consideraban como prisionero, pues no me podían dejar volver atrás ni seguir adelante, pues de lo contrario podía yo hacerles traición, a pesar de suponer ellos que

no los conocía y que no era mi propósito perjudicarlos. De ahí que no me perdieran de vista ni un solo momento.

A orillas del río, divisé a tres pequeños, que debían de ser los del posadero, a quienes di diez piastras encargándoles que volvieran a su casa, pues la hermanita ya estaba curada. Saltando y brincando de gozo se encaramaron por el talud y entraron en la posada. Cuando yo volví a ocupar mi sitio a la mesa de los Alachy, vi que éstos habían tomado una determinación, durante mi ausencia.

Allí no estaban seguros de no tener algún encuentro peligroso, y como se acercaba la hora de nuestra llegada, se hallaban resueltos a dejar su actual observatorio. En efecto, el que llevaba la voz cantante dijo:

—Ya te he explicado antes que sólo hay un sitio a propósito para un asalto en estos contornos, y deseáramos que nos dijeras con toda franqueza si eres hostil a esos forasteros que esperamos.

—¿Por qué voy a serlo, cuando no me han hecho el menor daño?

—¿Entonces eres amigo de ellos?

—No tengo motivo para otra cosa.

—Me alegro mucho de saberlo, pues así nos ayudarás gustoso a cuidar de su seguridad personal, y de la tuya a la vez.

—No hay inconveniente. Dime en qué puedo servirlos, pues aunque realmente no veo en peligro la mía, estoy dispuesto a ayudarlos.

—Tú sabes que esos forasteros van a ser atacados, ¿no es eso?

—Lo dan por seguro en Ostromcha.

—Pues siendo así, los eskipetaros estarán acechándolos en el lugar indicado. Mi hermano opina, pues, y yo estoy conforme con él, que los tres nos ocultemos allí mismo para acudir en socorro de las víctimas cuando sea preciso. ¿Te parece bien?

—Bueno; y eso que a mí no me importa.

—Sí que te importa. Si los eskipetaros se esconden en el bosque, te atacarán a ti, en cuanto sigas adelante. Además, deseamos que presencies una hazaña real y verdadera de los eskipetaros, que podrás referir luego en Skopia y por doquiera que vayas.

—Ya me está entrando curiosidad. Vamos.

—Pues monta a caballo inmediatamente.

—¿Habéis pagado el raki consumido?

—No, el posadero nos lo da de balde.

A la fuerza ahorcan, dije para mis adentros; y por el hueco abierto arrojé unas monedas dentro de la habitación, cosa que provocó la hilaridad de los bandidos.

Uno de éstos se fue riendo al prado, en busca de sus caballos, mientras el otro quedaba guardándome.

Cuando pasamos el puente me volví hacia atrás y vi en la puerta al posadero que me hizo una seña poniéndome en guardia. No creí entonces que volviera a verle en mi vida.

Pasado el puente se abría la senda por entre campos y sembrados, luego cruzaba dehesas y prados, y por fin penetraba en el bosque espeso.

Ninguno decíamos una palabra. Los eskipetaros debían de tenerme por hombre de cortos alcances, porque entre lo que decían y lo que hacían había tal número de contradicciones que habrían escamado al hombre más simple e ingenuo; si realmente el enemigo acechaba a los caminantes en la espesura, era el mayor de los disparates intentar salvar a los amenazados, escondiéndonos también y saliendo en su auxilio una vez iniciado el combate. Lo natural en tal caso habría sido espiar a los ladrones en su guarida, y una vez seguros de su presencia, avisar a los caminantes del riesgo que corrían; pues era fácil que rodearan el lugar peligroso, y si la espesura del bosque lo permitía, podíamos todos juntos sorprender a los bandidos por la espalda y darles su merecido.

En medio del bosque se hundía el camino formando una especie de torrentera y un brusco recodo. A derecha e izquierda cerraban el sendero enormes peñascos, que podían servir de guarida desde donde precipitarse a lo hondo del camino. El sitio parecía hecho de intento para semejante asalto, y en él hicieron alto los dos bandoleros.

—¡Bravo! Este es el punto donde debemos escondernos. Subamos por el talud de la izquierda —dijo en voz baja uno de los hermanos para hacerme creer que suponía a los eskipetaros en acecho por las cercanías. En tal caso serían ellos los que nos vieran y oyesen, en lugar de ser nosotros.

Me hube de convencer de que la madre naturaleza debía de haberme dotado de una cara poco inteligente, pues era imposible que mi escasa práctica en disimular pudiera darme un aspecto de simple tan completo que consiguiera engañar a aquellos dos pilletes. ¡Era preciso ser tonto de capirote para no penetrar sus designios!

En el borde superior del camino el bosque era menos espeso, así es que pudimos avanzar a caballo un buen trecho; mas luego hubimos de apearnos y llevar a los animales de las riendas.

Por fin hicimos alto y mandaron que los caballos quedaran atados juntos, circunstancia que me desagradó, puesto que tenía el propósito de largarme furtivamente a la primera contingencia que se presentara, y para ello debía alejar mi jaco todo lo posible de los demás, para que no estuviera a la vista de los eskipetaros.

Llevaba yo en el bolsillo un botón de cuello puntiagudo y largo, que saqué disimuladamente; y fingiendo que aflojaba la cincha de mi caballo para su comodidad, introduje el botón entre ella y la piel y apreté la cincha más que antes, produciendo así al animal una sensación dolorosa que había de dar sus frutos.

Entretanto se habían acomodado los Alachy tras un peñasco, desde el cual dominaban sin ser vistos toda la revuelta que formaba el camino. Tenían los rifles sobre las rodillas y las hachas de tiro a mano. Comprendí en seguida su proyecto; en vista de que el plomo no nos hacía mella querían abrirnos la cabeza con el hacha.

Esa gente tiene una habilidad y seguridad extraordinarias para lanzar sus terribles

armas; pero yo creía no irles en zaga por mi práctica en el lanzamiento del *tomahawk* adquirida entre los indios. Me acurruqué a su lado y dimos comienzo a una conversación en voz baja, insistiendo ellos en afirmar que sólo pretendían auxiliar y defender a los desconocidos caminantes contra las tretas de los eskipetaros. Es decir, que la hazaña que me prometían consistía en asegurarse mi colaboración, aunque fuesen ellos los asesinos. De ello me había yo de convencer en el momento del ataque, presa del mayor espanto, y dando lugar con ello a que se rieran de mi estupidez y del ingenio de los salteadores dondequiera que refiriese yo el lance.

El botoncito, entretanto, iba surtiendo el efecto apetecido; el caballo de Halef daba señales evidentes de desasosiego y malestar, pues resoplaba fuertemente y pateaba sin tregua.

—¿Qué le pasa a tu caballo? —me preguntó uno de ellos.

—Nada —contesté indiferente.

—¿Cómo que nada? Ese animal va a delatarnos.

—No entiendo...

—Si sigue pateando y moviéndose de esa manera, revelará nuestra presencia a los eskipetaros que están ocultos y entonces estamos perdidos.

Lo que él temía era que el animal diera la voz de alarma a los viajeros, que al oírlo se pondrían en guardia.

—Pues temo que aún se ponga peor, porque mi jaco no puede sufrir la proximidad de otros caballos. Es una maña que no he logrado quitarle todavía; siempre tengo que ponerle a gran distancia de sus semejantes para que no se alborote.

—Pues aléjalo en seguida.

Me levanté a obedecer, mas el bandido añadió:

—Déjate aquí el puñal y la manta y quítate el turbante.

—¿A qué viene eso? —pregunté lo más inocentemente que pude.

—Para que estemos seguros de tu vuelta. Ea, suelta lo que te digo, que aquí lo volverás a encontrar.

¡Bonita proposición! Al descubrirme habrían visto que yo no llevaba el cráneo rapado, como es obligación de todo buen musulme y más aún siendo jerife. Así, pues, dominando mi rabia, contesté con energía:

—¡Qué disparate! Un jerife no descubre su cabeza sin faltar a todas las leyes del Profeta. Yo soy comentador del *Mukteka el Ebhur*^[15] y de los célebres *Fetavi de Alem Ghiri y del Hamadam*^[16] y sé lo que está prohibido terminantemente a los fieles creyentes de Mahoma; de modo que no consentiré entregar mi alma a los aires para que éstos se apoderen de ella y se la lleven por esos mundos de Dios.

—¡Bueno, pues deja sólo el cuchillo y la manta, pero vete pronto!

Me acerqué a los caballos, solté el mío, que me llevé a regular distancia de los demás y lo até descuidadamente a un arbusto. Luego corrí como un gamo, tan pronto saltando malezas y peñas como arrastrándome como un reptil por la espesura, hasta la entrada del recodo del camino, sin ser visto de los salteadores. Allí arranqué una hoja

del libro de apuntes y escribí:

“Pasad uno a uno. Osco y Omar al paso, Halef a galope tendido a unos dos mil pasos del camino, aproximadamente”.

Sujeté el papel, por medio de una cuñita de madera, que hice con la navaja, a una rama del árbol más próximo al sendero, de modo que llamara la atención en seguida. Claro es que podía no ser mi gente la que pasara primero, pero no era posible evitarlo y podía ser que otros no tocaran el papel. Además, la llegada de Halef no podía retrasarse y así no corríamos ese riesgo.

Esto habría durado escasamente dos minutos. Volví desalado al punto de partida para atar al caballo más fuerte y quitarle el botón que lo atormentaba; y aún estaba en esta ocupación cuando sentí pasos y vi llegar en mi busca a uno de los eskipetaros, que me preguntó severamente:

—¿Qué haces que tardas tanto?

—Aquí estoy arreglando al caballo —contesté ingenuamente y mirándole como embobado.

—¡Ya lo creo; pero cuánto tiempo necesitas!

—¿No soy dueño de estarme con él el tiempo que haga falta?

—No, señor; tú ahora eres de los nuestros y has de amoldarte a nuestras costumbres.

—¿Me habéis indicado acaso el tiempo que podía estar aquí?

—No hagas esas preguntas estúpidas, y vuelve a donde estábamos, animal.

—Eso será, si me da la gana —contesté picado, pues su conducta se me hacía insoportable, a pesar de mi papel de jerife.

—Te dé o no, harás lo que te mando sin rechistar; y si no yo sabré obligarte...

Entonces me acerqué a él diciendo:

—No tolero ese trato, ni que me insultes. Si no te inspira respeto mi dignidad de jerife, ténselo al menos a mi persona; porque si me lo niegas ya sabré yo imponértelo.

El hombre, que no esperaba tal cosa, exclamó:

—¡Qué frescura! ¿Crees que tu tipo ridículo puede inspirarme más que desprecio? En cuanto te toque caerás al suelo del susto...

Y agarrándome por el brazo lo apretó con toda su fuerza, hasta tal punto que a otro menos resistente que yo le habría hecho gritar de dolor. Mas yo me quedé mirándole y sonriendo como si fuera insensible, y acabé por decirle:

—Para hacerme daño es preciso agarrar de otra manera, por ejemplo, así...

Y le eché mano al hombro, de modo que el pulgar quedara bajo la clavícula y los cuatro dedos restantes sobre la parte saliente de la paletilla, en el punto en que se articula con el húmero formando la axila. El que conoce esta maña y la sabe emplear puede dar en tierra con el atleta más forzado. Rápidamente encogí la mano en una presión vigorosa y fuerte; el bandido soltó un rugido e intentó deshacerse de mi zarpa, pero no pudo conseguirlo porque el dolor era tan intenso y tan general que se le doblaron las piernas y cayó al suelo.

Al oírle acudió su hermano preguntando:

—Sandar, ¿qué te ha pasado?

—A fe que no me lo explico —replicó el otro levantándose del suelo—; lo cierto es que este hombre me ha vencido con una sola mano y debo de tener el hombro descoyuntado.

—¿Pero habéis luchado? ¿Por qué?

—Porque le reprendía su tardanza.

—¡Demonios! ¿Qué mal bicho te ha picado? ¿Quieres que le pulverice? —replicó el otro echándome la mano al pecho para sacudirme como un saco.

Mi papel de jerife me prohibía defenderme, pero yo no estaba dispuesto a que me zarandearan como un chiquillo; así fue que agarrándole a mi vez por las solapas, lo atraje a mí y luego de un empujón le eché hacia atrás tan violentamente que hubo de soltarme. Luego me agaché un poco y le pasé el antebrazo por debajo del cuerpo, pero sin soltar la mano, y en seguida levanté al granuja de un fuerte estirón y le arrojé a cierta distancia.

El bandido se quedó un segundo inmóvil, estupefacto de asombro; de pronto se puso en pie de un salto y estiró los brazos para cogerme.

—¿Quieres que lo haga otra vez? —le dije, poniéndome fuera del alcance de sus garras.

Yo me había encorajinado de veras y en mis ojos debieron leer los Alachy algo muy distinto de la expresión seráfica del manso jerife, pues retrocedieron espantados mientras exclamaban:

—¡Eres un atleta! ¡Un gigante! Yo incliné la cabeza y contesté en tono humilde:

—Así estará consignado en el libro de la vida; yo no tengo la culpa.

Al oír esta salida los dos soltaron una risotada mientras Sandar decía a su hermano:

—¿Sabes, Bibar? Este babioca ignora las fuerzas que posee.

Bibar, receloso y desconfiado, me contempló un rato de pies a cabeza y acabó por confesar:

—No sólo tiene el vigor de un gigante, sino la práctica de un luchador de profesión. Esa maña no hay quien se la copie fácilmente y si acaso después de ejercitarse mucho tiempo. Dime, jerife, ¿quién te enseñó ese golpe?

—Lo aprendí entre los derviches llorones de Estambul, donde hacíamos ejercicios de lucha en las horas de recreo.

—Ahora comprendo. Ya me escamaba tu habilidad, y empezaba a tomarte por otro. Has escapado de buena con tu manifestación, pues si intentas engañarnos ya puedes prepararte a morir. Desde ahora te sentarás entre nosotros dos. Hay que tratarte con ciertas precauciones, pues eres un hombre de cuidado.

Volvimos a nuestro lugar anterior, donde me colocaron en medio de los dos, pues su desconfianza era un hecho. Aunque así mi situación había empeorado mucho, no sentía zozobra alguna, convencido de que con los revólveres sabría abrirme paso para

libertarme cuando fuera menester.

Ya no se habló una palabra, pues los dos héroes del bandolerismo debían de creer que el silencio era lo más conveniente en aquellas circunstancias; y yo también sentía pocas ganas de hablar, preocupado como estaba con el cambio de situación, no tanto por mí como por mis compañeros; pensaba que podían pasar de largo sin fijarse en el aviso o bien que éste podía caer en manos extrañas, y ser destruido por el azar antes que lo vieran los míos. De todos modos, no me quedaba más recurso que esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

FIN DE «EN BUSCA DEL PELIGRO»

**VEASE EL EPISODIO SIGUIENTE
«LA CABAÑA MISTERIOSA»**

COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

Por Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892).

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*).
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistan*, 1893).

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).

13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 – 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachi Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

NOTAS

[1] “Botón” en turco. <<

[2] ¡Oh, prodigio! <<

[3] ¿Por qué motivo? <<

[4] Astrágalo. <<

[5] Zanahorias. <<

[6] Las mil y una medicinas. <<

[7] Astro de curación. <<

[8] Médico jefe. <<

[9] Emplasto estomacal. <<

[10] Plomo ceniciento: bismuto. <<

[11] Cinc ceniciento: también bismuto. <<

[12] Adorno de la mujer. <<

[13] Libro santo, biblia. <<

[14] Sino, fatalidad. <<

[15] Confluencia de los mares, famosa obra jurídica. <<

[16] Comentarios teológicos en 24 tomos. <<